

ALFAGUARA

Carme Riera

Las últimas palabras



Narrativa Hispánica

ALEAGUARA

Carme Riera

Las últimas palabras



Narrativa Hispánica

Carme Riera

Las últimas palabras

ALFAGUARA



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A quien lo sabe

No escucharé ninguna voz que me perturbe.

LLORENÇ VILLALONGA

Primera parte

Por una serie de circunstancias que no vienen al caso, con motivo de cumplirse en el año 2015 el centenario de la muerte del archiduque Luis Salvador de Habsburgo Lorena (1847, palacio Pitti, Florencia-1915, castillo de Brandýs, Chequia), en 2014 recibí el encargo de comisariar una exposición sobre sus vínculos con las islas Baleares y más concretamente con Mallorca. La figura del Archiduque, que desde pequeña me era familiar, porque pasé muchos veranos en tierras que le habían pertenecido, se convirtió desde aquel momento en casi obsesiva y sentí la necesidad de conocerla aún más. Por eso leí y releí todo cuanto los biógrafos de Luis Salvador habían escrito, y me di cuenta de que los libros de los principales —Bartolomé Ferrá, Juan March, Gaspar Sabater, Helga Schwendinger— tienden a resaltar solo un aspecto de los muchos de su personalidad poliédrica.

Para unos, lo más destacable fue su nomadismo; para otros, su sexualidad desenfadada; para unos terceros, el interés por la ciencia. Hay quien le ha considerado un *hippy* antes de los *hippies* e incluso un perfecto vividor, a pesar de que fuera capaz de trabajar sin descanso más de diez horas diarias.

En mi opinión, fue, por encima de todo y de todos, un hombre libre que tuvo la fortuna de poder vivir según sus deseos y amar sin prejuicios rodeándose de las personas que más le interesaron, desde científicos a artistas, pasando por una pequeña corte estrafalaria y cosmopolita, integrada, mayoritariamente, por gentes de condición humilde.

Con el deseo de obtener información fidedigna sobre el personaje, contacté con diversos descendientes de algunos de los integrantes de su corte, pero casi nada de lo que me dijeron era nuevo, formaba parte de la enorme cantidad de anécdotas que ya había oído contar en la infancia: vestía de manera descuidada, le encantaba que lo confundiesen con cualquiera de sus servidores, no permitía que se talara un solo árbol de sus fincas, amaba a los animales, en especial a los caballos y a los perros que criaba. Esas anécdotas

todavía hoy nutren el imaginario popular isleño y pasan a la Literatura con mayúscula.

Mario Verdaguer lo convierte en protagonista de *La isla de oro*. Llorenç Villalonga, en personaje secundario de *Mort de dama*. Ernest Gaubert le dedica un capítulo de su novela *La majorquine* y es el referente fundamental de *La dama de les boires* de Gabriel Janer Manila.

También Rubén Darío habla de él en sus dos libros sobre Mallorca, además de citarlo en la «Epístola a la señora Lugones». Santiago Rusiñol en *La isla de la calma* se refiere al Archiduque con elogio, igual que en *Las islas olvidadas* Gaston Vuillier, que acabó por convertirse en uno de sus colaboradores más cercanos y vivió largas temporadas en Valldemossa.

Charles W. Wood, Miquel dels Sants Oliver, Azorín, Miguel de Unamuno, Josep Pla, José M. Salaverría, Mary Stuart Boyd y un largo etcétera escriben igualmente sobre Luis Salvador de Habsburgo. Todos alaban su sencillez, el interés por preservar el paisaje, el patrimonio isleño y su labor de mecenazgo.

Martel —el gran espeleólogo francés, descubridor del lago que lleva su nombre en las famosas Coves del Drac de Manacor— va aún más lejos cuando asegura que el Archiduque «es el soberano moral de Mallorca».

Me entretuve en analizar todos esos textos, a los que añadí cuantas noticias pude encontrar en la prensa local en torno al personaje, en especial sobre sus idas y venidas a las Baleares y sobre la edición de sus obras.

Las abundantes interpretaciones literarias y periodísticas de su figura me interesaron bastante, a pesar de que a veces consistían en un mero apunte, una acertada nota; otras, en una adulación mayúscula para obtener algún beneficio. Sin embargo, en ninguna encontré lo que buscaba, lo que para mí era fundamental: la clave que me permitiría abrir la puerta del misterio, conocer la cara oculta del Archiduque, la cara escondida y secreta, aquella de la que no hablan los biógrafos ni los descendientes de sus herederos. Me obstinaba en desentrañar el enigma que, durante una época, también magnetizaba a la mayoría de los visitantes que llegaban a Mallorca para dar cuenta escrita de su viaje, entre finales del siglo XIX y la primera quincena del XX. Todos quieren conocer a Luis Salvador o cuando él no está, porque navega en su yate, permanece en Ramleh, la finca que se ha comprado en Alejandría, se encuentra en Trieste o en Brandýs —no siempre vivió en Mallorca, a veces pasó casi diez años sin volver—, peregrinan a sus tierras de Miramar, entre

Valldemossa y Deià, consideradas la maravilla oficial de la isla, como señala Unamuno.

Pocos se hurtan a la fascinación que su figura ejerce, quizá porque intuyen, como yo misma, que detrás de una imagen bastante conocida, la más difundida y celebrada de mecenas, ecologista *avant la lettre*, existe otra misteriosa, casi clandestina y, en consecuencia, más atractiva y sugerente.

Como a menudo sucede con los personajes que nos atraen, mucho de lo que queríamos saber sobre sus vidas continúa oculto. Es el reclamo de su misterio lo que nos lleva a seguir preguntándonos sobre su vida. Porque, en realidad, ¿qué sabemos de Luis Salvador? Las respuestas a las muchas preguntas son escasas y los interrogantes siguen abiertos. ¿Por qué nunca se casó? ¿Tuvo amantes de ambos sexos? ¿Sedujo o se dejó seducir, sin evitar la tentación de la promiscuidad? No reconoció nunca a ningún hijo, pero ¿los tuvo? ¿Era impotente? ¿Contagió la sífilis a algunas de sus amantes? ¿Por qué, a pesar de que detestaba la corte, viajaba a menudo a Viena para entrevistarse con el Emperador? ¿Por qué razón dejó toda su herencia a su secretario y a los hijos de su secretario? ¿Por qué escogió viajar a las Baleares? ¿Por qué pasó buena parte de su vida navegando? ¿Qué interés lo movía a comprar casas en lugares estratégicos del Mediterráneo? ¿Por qué huía y de qué?

Mientras preparaba la exposición intentaba cerrar todos estos interrogantes, que muchas noches me mantenían desvelada, y muchos días, obsesionada, tan desazonada y molesta como si los llevara clavados igual que garfios sobre la piel.

Ninguna de las respuestas posibles, algunas también contestadas por sus biógrafos con argumentos parecidos a los que yo utilizaba, tenía una base objetiva fundamentada en datos comprobables. Tampoco los había encontrado en su obra, que me había dedicado a leer con gran atención, escrita en francés, italiano, castellano y catalán o traducida del alemán a estas dos últimas lenguas, como los volúmenes de *Die Balearen*, *Las Baleares descritas por la palabra y la imagen* o *Canciones de los árboles: ensueños de invierno en mi jardín de Ramleh*.

Necesitaba, en consecuencia, cambiar de estrategia y buscar de manera directa las fuentes documentales que se conservan en los archivos de Praga y de Mallorca, perfectamente catalogadas. Empecé por ahí. Durante el verano de 2014 pasé muchas horas leyendo la correspondencia depositada en el Archivo del Consell de Mallorca.

La obsesión del Archiduque por guardarlo todo, almacenándolo cuidadosamente, hizo posible, por ejemplo, que al morir su madre reuniera y enviara a Mallorca las cartas que él le escribió a lo largo de su vida, que son una fuente extraordinaria para conocer sus relaciones familiares e incluso las sentimentales. Además permiten observar que las cartas más largas, cariñosas y halagadoras son aquellas en las que le pide dinero. Un dinero que María Antonieta de Borbón-Dos Sicilias acaba por regalarle o prestarle a veces con intereses, que casi siempre le son condonados.

También pude consultar otro tipo de correspondencia, en especial la que le dirigían los colaboradores de sus obras, sus administradores, algunos amigos y parientes, escrita en varios idiomas (italiano, alemán, francés, catalán, castellano, checo), y unas pocas cartas en escritura cifrada.

Pero la correspondencia con sus amantes, o presuntos amantes, con excepción de la de Catalina Homar, no está en los archivos. Nunca ha sido depositada allí. Cuando todavía la guardaban los descendientes de sus herederos, algunos de sus biógrafos, como Juan March, tuvieron acceso a ella.

Tal vez la escabrosidad de algunas cartas, en especial las de Francesco Spongia, publicadas en parte por March, influyó para esconderlas bajo siete mil llaves o para hacerlas desaparecer, o un alma piadosa las quemó una noche de invierno en la chimenea de alguna finca heredada del Archiduque. O quién sabe si fueron vendidas con otros papeles archiduciales y quienes las compraron lo hicieron a la espera de que en algún momento su valor, pretendidamente morboso, subiera de precio. Otras se volatilizaron de manera misteriosa, como las de su secretario mallorquín, Antonio Vives, que durante más de cuarenta años estuvo al servicio de Su Alteza y se casó con quien el Archiduque le mandó que se casara la primera vez y, después de quedarse viudo, le dio, al parecer, un gran disgusto cuando decidió contraer matrimonio con una de las mujeres del séquito archiducal, con la que mantenía una relación amorosa sin que Luis Salvador lo supiera.

Tengo que confesar que mi curiosidad por leer la correspondencia del Archiduque con las y los amantes o presuntos amantes era enorme. Su vida sentimental se me escapaba y en cuanto a la erótica, documentada en la biografía de March, tal vez con un exceso de pus y de genitalidad, suponía que las cartas ayudarían a clarificarla.

Por el contrario, la correspondencia que trata de las cuestiones científicas, que tiene que ver con el trabajo del Archiduque como antropólogo, geógrafo, zoólogo, botánico, etcétera, permanece a disposición de cualquier persona interesada en los archivos de Praga y de Mallorca, perfectamente conservada y catalogada. Intentando localizar la que faltaba de carácter privado —que algunos de los actuales herederos, nietos o bisnietos del secretario, consideraban desaparecida, tal vez vendida o quién sabe si hurtada—, visité las pocas librerías de viejo que quedan en Palma, por si en alguna de las que también antes vendían ese tipo de documentos tuvieran todavía algún papel de interés. Pero no encontré nada relacionado con el Archiduque, con la excepción de algunos volúmenes sueltos de *Die Balearen* y ejemplares de las diversas reediciones modernas de Olañeta, que yo ya había comprado hacía mucho tiempo. No obstante, en una de las librerías había un montón de cajas llenas de postales que un amable librero puso a mi disposición por si quería entretenerme en buscar algo que pudiera ser de utilidad para mi pesquisa.

Me quedé tres tardes revolviendo las cartulinas, que, en general, reproducían viejas fotografías de vistas y monumentos de ciudades europeas, dirigidas, casi siempre, por amigos y parientes viajeros a compatriotas mallorquines. Pasé varias horas entretenida y un poco melancólica —la letra de los muertos me empuja inevitablemente a ese estado—, pero no encontré nada de lo que buscaba.

El tercer día, un atardecer luminoso de primavera en el que pude contemplar las primeras bandadas de vencejos trazando círculos sobre el cielo de la ciudad, presagio del verano que tanto me gusta, y por eso lo recuerdo bien, tuve más suerte. Di con dos postales con vistas de Viena y matasellos de una estafeta de la misma ciudad sobre un color rojo desvaído que enmarcaba el perfil barbado del emperador Francisco José, dirigidas a Ludwig Graf Neudorf, Miramar, Mallorca. El texto de ambas, escrito en alemán, con letra regular y pulcra, era breve, amable y circunstancial. Un texto que, en la época en la que la gente escribía postales y no *WhatsApps*, cualquiera hubiera podido dirigir a un pariente, amigo o conocido porque, menos el destinatario, el resto era de lo más corriente, doméstico, trivial, según me tradujo el librero: «Alteza, le envío un cordial recuerdo desde Viena, deseándole, como siempre, lo mejor». «Alteza, aprovecho para enviarle un muy cordial saludo también de parte de mi familia.»

Las postales no llevaban fecha y la del matasellos estaba demasiado

borrosa para poder acertar el año exacto, pero las dos primeras cifras (un 1 y un 9) indicaban que pertenecían al siglo XX y, presumiblemente, a antes de 1913 y no después de 1915, y de ningún modo de 1916, ya que el Archiduque se ausentó definitivamente de Mallorca en 1913, murió en octubre de 1915 y el Emperador, en noviembre de 1916. Quien las firmaba lo hacía solo con una inicial: E. ¿Quién era E? E podía ser cualquiera de las personas que habían tenido tratos con Luis Salvador, probablemente alguno de sus colaboradores o editores, puesto que la letra parecía la de una persona culta, cosa que la mayoría de integrantes de su séquito no era.

Tal vez, porque la inicial coincidía con la de su nombre, se tratara de Erwin Hubert: copista, amanuense, primero, y más adelante, secretario de Su Alteza Imperial.

Compré en seguida las postales, pese a que su precio me pareció excesivo dado su contenido intrascendente. No obstante, le pedí al librero que, si encontraba otras dirigidas al Archiduque, me las guardara, aunque me daba cuenta de que mi interés las haría subir de valor. Naturalmente, aproveché para preguntarle si sabía quién más podía tener correspondencia venal.

Frente a una taza de café —puesto que, además de estantes atiborrados de volúmenes, en la librería hay una barra de bar un tanto clandestina, pero abierta al público—, el librero me demostró que conocía la vida y milagros, según su parecer muchos y de diversa laya, de Luis Salvador. Corroboré una vez más que el personaje del Archiduque era y es todavía, por lo menos para algunos mallorquines, una especie de tótem cuyas atribuciones consideran familiares. Algo que también sucede con otros aspectos de la cultura local, como por ejemplo la tan paradójicamente mallorquina cruz de Malta. Pero no quiero entrar en disquisiciones de ese tipo, que están fuera de lugar.

Lo que más me interesó de la conversación de aquella tarde el librero lo soltó al final, cuando él iba a cerrar el local y yo a despedirme. No sé si para demostrarme hasta qué punto era capaz de dosificar la información que yo buscaba con tanto afán, o como premio a que le hubiera permitido exhibir, sin apenas interrumpirle, sus conocimientos archiduciales durante más de una hora. Lo que me dijo —no de manera directa, sino empleando circunloquios y subterfugios que no merece la pena transcribir— fue que, aunque nunca había traficado con correspondencia, suponía quién podía tenerla y además a la venta, a pesar de que probablemente sería cara. Sin embargo, le pedí, casi le

supliqué, que me dijera de quién se trataba y dónde podía encontrarle, pero no quiso añadir nada que pudiera servirme para llegar hasta él ni me proporcionó la más mínima pista.

Se ofreció, eso sí, con la amabilidad que me había demostrado durante aquellos días, a hacer la gestión que me permitiera contactar con el incógnito poseedor de los papeles, siempre, claro está, que este se aviniera. Me pidió el teléfono y quedó en llamarme en cuanto tuviera noticias.

Como conozco bien la idiosincrasia mallorquina —no en balde lo soy, por más tiempo que haga que vivo fuera de la isla—, supuse que pasarían un par de días antes de recibir llamada alguna.

Quizá vale la pena que mencione que para nosotros, los mallorquines, un par no son exactamente dos, como pasa en cualquier otro lugar de la Península, sino una cantidad indeterminada, entre dos y doce, más o menos. Pero esta vez me equivoqué porque veinticuatro horas después de nuestro encuentro el librero me telefoneó. Su conocido —cuyo nombre no me dijo, solo que era chamarilero y que había vivido en Valldemossa, lo que, en cierto modo, explicaba la proximidad con los herederos del Archiduque— no tenía cartas pero sí podía ofrecerme algo relacionado con lo que yo buscaba, unos papeles que, estaba seguro, habrían de interesarme todavía más que cualquier correspondencia.

¿A qué venía tanto misterio? Supuse que guardándose la información pretendía mostrarse poderoso, con la sartén por el mango. O tal vez lo hacía porque de este modo nos podría cobrar a ambos una comisión como intermediario, puesto que solo gracias a él habríamos podido entablar relación. Fuera lo que fuese, le pedí que me pusiera en contacto con su amigo lo antes posible. Me moría por conocer de qué tipo de papeles se trataba. El librero, instantáneamente corto de palabras y absolutamente desganado de curiosidad, me aseguró que no lo sabía, que no se lo había preguntado. Pensé que no me lo quería decir. Suponía que con la intención de azuzar todavía más mi expectación y sacar el mejor partido si, en efecto, yo acababa por comprar los papeles.

Con la ambigüedad y la falta de concreción que a menudo nos caracteriza a los mallorquines —un amigo mío dice que no ponemos el intermitente cuando conducimos porque así evitamos que se sepa si vamos hacia la derecha o

hacia la izquierda—, el librero se limitó a despedirse de mí con un usual «ya le diré cosas», cuya significación en mi isla es casi siempre vaga, inconsistente e incluso a veces funciona como una muletilla vacía de contenido. A estas palabras añadió un «*no passi pena*» (no se preocupe), expresión no menos característica, frase hecha autóctona que siempre he sostenido que es de origen ancestral, tal vez del talayótico. Herencia muy preciada que ninguna de las invasiones sufridas, y han sido muchas, y algunas, como la última, quizá la más destructiva; ha echado a pique o como decimos en Mallorca han mandado a Liorna —que no es otro lugar que Livorno, el puerto mediceo—, donde el que va no vuelve.

Justo es decir que, en este caso, yo no «pasaba pena». Pasaba una curiosidad infinita que estaba segura iría en aumento a medida que la hora de «decirme cosas» se fuera posponiendo y los días se convirtieran en semanas o quizás en meses. Quién sabe si el chamarilero o anticuario, de ambos modos lo llamó el librero, con estimulante desconocimiento sobre la diferencia entre los trastos viejos y las antigüedades, tendría otras ocupaciones más urgentes que quedar conmigo para enseñarme los papeles, como a menudo sucede en Mallorca cuando se trata de concretar algo, cerrar un trato o, sencillamente, «decir cosas» en firme y no en un indeterminado futuro.

Pero el librero «me dijo cosas» muy pronto. Me dijo que la persona que guardaba los papeles del Archiduque —ni más ni menos que unas memorias, puntualizó, de una gran importancia, según le había asegurado— estaba dispuesta a venderlas a un precio justo, a pesar de que tal vez pudiera parecerme elevado, porque también él las había comprado muy caras hacía tiempo en Madrid a un librero de viejo de los que todavía quedan en la cuesta de Moyano. Entonces tenía la intención de publicarlas, cosa que ahora ya no le interesaba, dedicado como estaba a otras ocupaciones alejadas del mundo de las antigüedades y los libros de viejo, un mundo que le había decepcionado profundamente, según me transmitió el librero, sin añadir en qué consistía el motivo de tal desengaño.

Me ponía, no obstante, una condición: en el supuesto de que yo editara por mi cuenta el manuscrito, no quería que revelara quién me lo había vendido, si acaso llegaba a averiguarlo. Eso de ninguna manera. Y para estar seguro, si por fin lo compraba, tendría que firmarle un documento en el que quedara muy claro, con todo tipo de pormenores, el requisito impuesto.

También le dijo al librero, con el propósito de que al comunicármelo yo

mordiese el anzuelo todavía con mayor rapidez, que el manuscrito tendría pronto otros pretendientes. El centenario de Luis Salvador se acercaba y era un buen momento para vendérselo a cualquier institución. Si lo quería comprar, teníamos que cerrar el trato cuanto antes.

Accedí a todo cuanto el librero me pedía en nombre del incógnito poseedor de las presuntas memorias que me moría de ganas de leer, pero antes puse yo también mis condiciones:

Primero, que me permitieran ver el manuscrito y leerlo, si no todo, por lo menos una muestra. Además, como el Archiduque era políglota y publicaba en francés, italiano, catalán y alemán, en el caso de que estuviera escrito en esta última lengua, que desgraciadamente desconozco, que me dejaran dar a traducir algunos párrafos, antes de tomar cualquier decisión.

Segundo, que me permitieran verificar su autenticidad, a pesar de que me aseguraron que el propietario la tenía por cierta.

El librero me dijo que lo consultaría y me avisaría en seguida. Ahora parecía que las tornas habían cambiado y que eran ellos los que tenían mucha prisa, porque dos horas después de la conversación me telefoneó para decirme que ambas peticiones habían sido aceptadas.

Un abogado en representación y con poderes del propietario del texto, con las pertinentes directrices, esperaba mi visita en un importante bufete de Madrid, donde el manuscrito había sido depositado.

La pelota había pasado del tejado subsidiario del entonces ya amigo mío Jeroni Pujadas, el librero de viejo que con tanto acierto había representado el papel de mediador —*gratis et amore*, debo dejar constancia de ello, solo porque el Archiduque se lo merecía—, a otro tejado también subsidiario, el de Santiago Muñoz Machado, que, en representación del incógnito vendedor, me reiteró de antemano por teléfono que su cliente no quería de ninguna forma que yo conociera su identidad y, por lo tanto, no íbamos a tener trato directo. Por eso había delegado cualquier negociación en su persona mediante poder notarial.

Quedamos en que viajaría a Madrid de inmediato. Santiago Muñoz Machado me dijo que el asunto del manuscrito lo llevaba directamente un colaborador suyo al que consideraba su mano derecha y que, pese a tener mucho trabajo, me recibiría en cuanto llegara, lo que me pareció

extraordinario y de una profesionalidad desacostumbrada, comparándolo con lo que suele suceder en mi isla con respecto a cualquier negociación.

Me ilusionaba pensar que, pese al secreto profesional, que no dudaba que el abogado mantendría, quizá podría deducir de sus palabras el motivo por el que se escondía su cliente. ¿Tal vez era un descendiente de Su Alteza Imperial y no quería que se supiera? O cuando menos, ¿de Antonio Vives, su secretario? ¿Se trataba de un aprovechado? ¿Alguien que, en efecto, había comprado el manuscrito a bajo precio, pese a asegurar lo contrario, o se lo había —¡quién sabe!— apropiado por las buenas o por las malas? ¿Y por qué si el manuscrito era tan importante como parecía no lo había dado a conocer nunca? ¿Se lo había ofrecido a los herederos del Archiduque ahora que se acercaba el centenario?

El misterio es siempre algo sugestivo y más cuando, como en este caso, tenía que ver con el también misterioso personaje de Luis Salvador de Habsburgo.

José Antonio López de Puga, el principal colaborador de Santiago Muñoz Machado, circunspecto y educadísimo, tenía un rictus en la cara que resultaba de lo más incómodo porque daba la impresión de que te miraba con una sonrisa condescendiente, dijeras lo que dijeras. Me bastaron cinco minutos de conversación para darme cuenta de que mis preguntas seguirían sin respuesta por siempre jamás. Aun así, salí de la entrevista satisfecha, con la sensación de que, a pesar del rictus de la permanente sonrisa inquietante, era persona seria, de esas a las que puedes comprar sin reservas una moto usada, en mi caso unos papeles, porque no te van a engañar.

A excepción de la identidad de su cliente, me clarificó con pelos y señales todo lo que consideré necesario saber sobre el texto. Y no tuvo inconveniente en mostrarme el manuscrito en cuanto yo se lo insinué y dejar que lo examinara con detenimiento. Con muchísimo cuidado y tras ponerme unos guantes que me proporcionaron en el propio despacho, abrí la carpeta, que contenía doscientas treinta y cinco hojas tamaño cuartilla, escritas por una sola cara, en lengua alemana, con letra clara y cuidadosísima, en las antípodas de la de Luis Salvador, prácticamente ininteligible, cosa que me sorprendió. Si, como me habían asegurado, se trataba de unas memorias, suponía que serían de puño y letra del Archiduque y no dictadas a un amanuense, algo que por otro lado, aunque no las invalidaba en absoluto, no dejaba de llamarme la atención. La letra del texto, como acabo de indicar, resultaba perfectamente legible, aunque

para mí cuantas palabras formaba, con alguna mínima excepción, eran del todo incomprensibles. No obstante, el mero examen visual sirvió para que me diera cuenta de que los trazos de la caligrafía se parecían mucho a los de las dos postales que había comprado. Sospeché que formaban parte de un mismo lote y que eran del mismo autor.

López de Puga, adelantándose a mi petición de dar a traducir unos párrafos, me ofreció también un par de muestras ya vertidas al castellano que me parecieron muy sugerentes. Imaginé que el propietario las habría escogido con cuidado a modo de cebo.

Por otro lado, Santiago Muñoz Machado me daba su palabra de que el manuscrito era auténtico. Una persona de su confianza se había encargado de comprobar si nos encontrábamos ante un texto genuino o falsificado y, para estar segura, había consultado con varios expertos de la Biblioteca Nacional que constataron por escrito que el papel no era actual sino centenario y que la fecha de la escritura podía ser, en efecto, 1915, como consta en el manuscrito. No obstante, los abogados aceptaron que cabía la posibilidad de que se hubiera escrito con papel de entonces, imitando a la perfección la letra del copista, cotejada con la de otros papeles, pero parecía demasiada molestia para tan poco fruto. López de Puga, con su sonrisa impenitente y la mayor amabilidad, me aconsejó que no lo comprara si consideraba que el manuscrito era fraudulento o tenía dudas sobre su autenticidad.

El consejo, como me suele ocurrir en estos casos, me animó a hacer todo lo contrario: a no perder la oportunidad que el azar ponía ante mí, convencida además de que el texto no constituía un fiasco.

A estas alturas no me cabe la menor duda de que el manuscrito explicita de manera clara las últimas voluntades del Archiduque, dictadas justo doce días antes de morir. Pero va más allá y en efecto puede entenderse como unas memorias o cuando menos como un descargo de conciencia. La justificación de por qué las dicta la encontramos en las primeras páginas, y la persona a quien las dicta, de la que únicamente se menciona el nombre, Erwin, no puede ser otra que Erwin Hubert, que acompañó al Archiduque durante sus últimos meses de vida en el castillo de Brandýs y que consta que era hombre de su confianza. Por mi parte, debo añadir que la letra del manuscrito no solo coincide con la de las postales que compré, como ya he apuntado, sino con otras muestras de la caligrafía de Hubert que se conservan.

Cuando salí del bufete de Muñoz Machado llevaba anotado el número de la

cuenta en la que debía hacer un primer ingreso, como paga y señal de la compra en firme del manuscrito.

Al día siguiente de buena mañana solicité una transferencia a la cuenta que me había dado el abogado y solicité un crédito hipotecario a mi entidad. En cuanto me lo concedieron pagué el manuscrito, que mandé traducir por entero al castellano.

Quiero agradecer desde estas páginas la ayuda que me ofreció Miguel Sáenz, autor de las mejores traducciones de Thomas Bernhard y de Günter Grass, al ponerme en contacto con Angela Munster, que ha realizado, al parecer, una traducción impecable de cuanto el Archiduque le dicta a Hubert. De este último creo conveniente dar algunas referencias que ayudarán a entender mejor su papel de amanuense.

Erwin Hubert, nacido en Viena en 1883, entró en contacto con el Archiduque cuando trabajaba en el taller de Eduard Hölzer, impresor de los libros de Luis Salvador. El hecho de que corrigiera con la mayor atención las pruebas de imprenta, fuera un excelente dibujante e interpretara fielmente la letra enrevesada y traviesa de Su Alteza Imperial motivó que este le propusiera en 1903 que trabajara para él como secretario, y por eso pasó largas temporadas en Mallorca. «La casualidad y la buena letra cambiaron mi vida», dicen que aseguraba.

Consta que junto con otros miembros de la pequeña corte de Luis Salvador le acompañó al castillo de Brandýs nad Labem, a unos veinte kilómetros de Praga, cuando el Archiduque se refugió allí por mandato del emperador Francisco José. Además, en los documentos relativos a la testamentaría se incluye a Hubert como persona de su séquito.

Erwin Hubert regresó a Mallorca cuando terminó la Primera Guerra Mundial junto a los otros miembros que por entonces integraban la corte archiducal: Aina Ripoll, la viuda de Antonio Vives, fallecido también en Brandýs en 1918; Antonietta Lanzerotto; su marido, Bartomeu Calafat, y las hijas de ambos. Igual que estos se estableció en Mallorca, de donde se marchó cuando estalló la guerra civil. Acabada esta, volvió a la isla, donde fijó su residencia. Muchas de sus bellísimas acuarelas dieron a conocer los paisajes mallorquines en el mundo entero y se convirtieron en imágenes para atraer el turismo internacional. Pese a realizar diversas exposiciones, siempre pasó estrecheces. Murió en Palma en 1963, a los ochenta años, atropellado por una motocicleta cuando iba a subir al tranvía que le hubiera llevado hasta la playa

donde se bañaba todos los días del año.

En 1963 aún vivían algunas de las personas a las que el manuscrito atañía de manera directa y eso explica que Hubert, fiel a su palabra, mantuviera en secreto la copia que guardaba y que al morir debió de quedar entre sus papeles.

Creo necesario advertir que los nietos de Erwin Hubert, que viven en Viena, desconocían la existencia del manuscrito y nunca oyeron hablar a nadie de su familia sobre el hecho de que el archiduque Luis Salvador dictara sus últimas voluntades a su abuelo. Quiero puntualizar desde aquí que tampoco pueden cobrar derechos de autor por el texto que hoy publicamos porque, en todo caso, los derechos no serían del amanuense sino del Archiduque, aunque a estas alturas ya han prescrito.

Hubert fue únicamente el encargado de recoger las palabras de Luis Salvador, transcribirlas y depositarlas en el despacho del notario Maschwitz, con otros documentos que el Archiduque, según consta en el texto, quiso adjuntar a sus últimas voluntades. Era el notario quien, llegado el momento, tenía que hacerlas públicas, lo que nunca sucedió. La guerra se encargó de mandar al diablo al notario y su notaría. Puedo certificarlo gracias a la ayuda de una amable funcionaria del ayuntamiento de Viena que me facilitó la información.

Hay que agradecer a Erwin Hubert que salvara una copia de su transcripción. Probablemente se trata de la primera hecha a partir de una versión taquigráfica, que, precisamente por eso, porque es solo una copia, no está firmada por Luis Salvador y contiene digresiones, llamadas de atención al copista, intervenciones de este y apartes que sin duda no encontraríamos en la firmada. ¿Le resta eso validez? Desde un punto de vista jurídico, no hay duda de que sí, pero mi intención al publicar el texto nada tiene que ver con cuestiones jurídicas. Lo que me mueve a divulgarlo es dar a conocer una versión inédita de la vida del Archiduque, ofrecida por él mismo pocos días antes de su muerte y por eso tal vez la más auténtica. No solo desvela una parte muy desconocida, la de su relación con el poder, sino que nos muestra hasta qué punto estaba al corriente de los acontecimientos que desencadenaron la Gran Guerra y la destrucción del Imperio austro-húngaro.

A pesar de que no tengo más pruebas de su autenticidad que las que el texto pone de manifiesto, creo —porque he verificado todos los aspectos de los sucesos de los que habla el Archiduque, sobre Mayerling o sobre Sarajevo—

que solo alguien que los conociera tan bien como Luis Salvador nos los podría transmitir de este modo. A veces incluso para ofrecernos puntos de vista diferentes, ocultos o estrictamente confidenciales, como sucede con la muerte del príncipe heredero Rodolfo.

Por otro lado, debo mencionar que en ninguna de las obras que he podido leer —en las pocas que incluyen datos sobre Erwin Hubert como pintor y destacado acuarelista, o en las muchas que lo hacen sobre el Archiduque y ofrecen algún apunte biográfico de Hubert— se encuentran referencias al manuscrito que editamos en este libro. Tampoco ninguno de los descendientes de los herederos del Archiduque tenía noticia de que existiera, pero alguno de ellos sí había oído que Erwin Hubert había escrito una biografía de Luis Salvador, perdida durante la guerra. ¿Se trata de este texto? ¿De otro? ¿Sirvió este de punto de partida para la biografía desaparecida? Nunca lo sabremos. Naturalmente, yo insisto en que el manuscrito es auténtico y no apócrifo, y por eso pagué la suma que el abogado me pidió, de parte de su cliente, después de que el banco me concediera un crédito que, con las ganancias de este libro, espero poder devolver.

Segunda parte

*Brandýs nad Labem,
30 de septiembre de 1915*

Los calmantes no consiguen aliviar el dolor de mis oxidadas articulaciones, ya ves, Erwin, casi no puedo moverlas. No sé cuánto tiempo podré soportarlo sin recurrir al opio, pero en mis condiciones no creo que sea mucho y sus efectos hipnóticos servirían, a la postre, para invalidar mis últimas voluntades. De manera que debemos darnos prisa, mucha prisa.

—No digáis estas cosas, Alteza, yo os veo bien, tenéis buena cara...

En la cara no tengo nada, es la misma fea cara de siempre. Pero no te he pedido opinión y no quiero que me la des. No. No me digas nada. No me interrumpas. Te lo ordeno.

He despedido a los médicos, a los que no quiero volver a ver. En vez de encontrar remedio a mi mal se han limitado a sermonearme con sus restricciones alimenticias, como si a estas alturas un poco más o menos de sal o cinco o seis copas de cerveza tuvieran alguna importancia. He podido comprobar que cuanto más prohíben menos aciertan en el diagnóstico, aunque el diagnóstico poco importa. Ya que no existe remedio posible al deterioro de la edad, cosa sabida desde siempre, por lo menos deberían conocer los paliativos y aplicarlos de manera generosa. Quizás hubiera sido preferible que me visitaran los médicos vieneses en vez de los de Praga. Aquellos, con la monserga de que hay que dejar obrar a la naturaleza —cuando se tiene un hospital general tan inmenso como el de Viena, donde lo único que se receta es aguardiente, se explica mejor semejante terapia—, no me hubieran prohibido nada...

Los de aquí aseguran que no saben cuánto puede durar esta agonía. No les creo. Les he ordenado, les he exigido conocer la verdad y se han negado.

Estoy seguro de que mis deteriorados pulmones y los accesos de fiebre, además de la desesperante inmovilidad, les permiten hacerse una composición de lugar para determinar el plazo, forzosamente breve. De eso no me cabe duda. En cambio, en vez de hablar claro, han apelado a Dios, a la Providencia, a los designios del Todopoderoso...

Uno de ellos, además —Braustein, el eminente profesor de la Universidad de Praga, a quien, sin mi consentimiento y en un exceso de celo intolerable, mi amigo Prazek se empeñó en llamar a consulta la semana pasada—, se refirió, en conclusión, a la posibilidad de un milagro. Escasa ciencia me ha parecido la suya, Erwin, si tiene que recurrir a un milagro para sanar a un enfermo. Aunque ya ni siquiera pretendo sanar sino pasar las últimas semanas, los últimos días, quizás horas, sin que el paralizante dolor me impida dictarte mis últimas voluntades.

Esta madrugada he tratado de ponerlas por escrito y apenas he podido garabatear unas palabras inteligibles. Como ves, he derramado el tintero sobre el escritorio y manchado de tinta las vendas que cubren mis dedos, que ya no pueden sostener la pluma. Al intentar levantarme para tirar del cordón de la campanilla y mandar que lo limpiaran, me he caído. Mi cuerpo ha chocado con la madera del piso, como si fuera un enorme y pesado saco de harina arrojado desde cualquier carro. El ruido ha alertado a Gabriele, que velaba en la antecámara, medio dormido, supongo, ya que eran algo más de las cinco de la mañana. Poco antes había entrado para abrir los postigos de las ventanas, encender los quinqués, porque todavía no había amanecido, y ayudarme a salir de la cama. No consigo quedarme acostado más allá de esta hora en la que siempre, cuando niño y también a estas alturas, viejo y enfermo, continúo despertándome. En la infancia, desde los seis años, obligado y con el sueño pegado a los párpados. De joven, espabilado por la autoimpuesta exigencia del trabajo, que ninguno de los cuerpos que durmieron a mi lado logró evitar.

Gabriele, pese a que es fuerte y joven, no ha podido con mi peso. He necesitado a tres de los sirvientes para que me devolvieran a la cama. Contraviniendo mis órdenes, han llamado al médico de Brandýs. Me ha examinado con una minuciosidad tan antipática como exhaustiva para asegurarse de que no tengo nada roto, solo magulladuras, cosa que ya suponía. Y yo, en cuanto se ha ido, he ordenado que te llamaran a ti.

Te he llamado, Erwin, para que seas tú mis manos y mi pluma. Necesito que transcribas con absoluta escrupulosidad cuanto te diga y des fe de mis

palabras en el papel. Debo poner en limpio algunas cosas que considero imprescindibles. No quiero morir llevándomelas conmigo. Si las he callado hasta ahora ha sido, en parte, por no disgustar a mi familia, en especial al Emperador, y en parte también por cobardía. Sí, Erwin, he sido cobarde. No, no digas nada. Te repito que no me interrumpas. Ya sé que, entre mis defectos, la cobardía era uno de los pocos que no se notaban... Sobresalía la ira. Mis ataques de furia, esos sí andaban en boca de todos y por eso nadie se atrevía a llevarme la contraria... Bien hecho, claro está, disimular con un «amén, amén, Alteza», era mejor que caer en desgracia.

Tener los días contados me impulsa, en gran medida, a ser valiente y sincero. Hablar de cuanto no me he atrevido a revelar a nadie me permitirá morir en paz. Sin embargo, sigo teniendo dudas que me llevan a preguntarme si hago bien. Si ahora que estamos en guerra se conociera mi punto de vista acerca de algunos de los hechos históricos que, en cierto modo, la han provocado, podrían tacharme de antipatriota con el consecuente disgusto del Emperador. Además, aun en el caso de que mis palabras no fueran consideradas perjudiciales para Austria, harían un daño terrible a algunas de las personas que más quiero, que me han sido fieles e incondicionales durante toda su vida, porque a los ojos de todos comprometería su moralidad.

No siempre la verdad dignifica a quien la dice si afecta negativamente a otros y los pone ante peligros que es mejor evitar, aunque, en mi caso, manifestándola me sentiría mejor, ya que aligeraría mi conciencia del peso que la agobia, a la vez que me permitiría no sentirme cobarde.

Podría confiárselo todo al capellán de Brandýs y es posible que todavía lo haga. La absolución siempre es beneficiosa y ayuda a morir en paz, pero el secreto de confesión le impediría revelar nada, de manera que esa sería una opción egoísta.

Habría otra posibilidad laica: quizás en el diván del doctor Freud se aliviaría mi carga. Pedirle que me atendiera habría de enorgullecerle. Estoy seguro de ser el primer miembro de la Casa Imperial en plantearse la posibilidad de acudir a su consulta. Entre los supervivientes soy el más extravagante. Claro que le ordenaría venir hasta aquí y le exigiría que fuera discreto. Arrogante y pagado de sí mismo, así me lo han descrito, lo más probable es que se excusara con alguna obligación ineludible —clases, alumnos, pacientes, aparte del miedo a la guerra, por más que el frente quede lejos— que le habría de impedir dejar Viena y llegar hasta aquí para

atenderme. Además, en el caso de que accediera, no podría evitar la tentación de divulgar lo que yo le refiriera en cualquiera de esos libros que tanto éxito tienen en el extranjero, sin atender a que cuanto habría de contarle no puede ser revelado de momento.

Freud no siente simpatía por los Habsburgo, estoy convencido, y sin embargo no es verdad que el Emperador no haya sido condescendiente con los judíos, en especial si lo comparamos con el alcalde de Viena, Lueger, que era mucho más pragmáticamente antisemita, pero capaz de asegurar: «Es judío aquel que yo considero judío». No lo son los Rothschild, ¡por supuesto! Los Rothschild son ricos, muy ricos.

No me refiero a las llamadas doscientas familias judías que han medrado a la sombra del Imperio, sino al resto, a los judíos pobres llegados a nuestras tierras desde tantos rincones de Europa. Incluso una vez, Erwin, le expuse al Emperador la necesidad de que los judíos encontraran un lugar donde asentarse definitivamente. Lo hice a petición de Theodor Herzl, ya sabes, el autor de *El Estado judío*. Su proyecto, el proyecto de volver a la tierra prometida, también había sido presentado al Zar, al Káiser y al Sultán de Turquía y ojalá en algún momento los Estados tomen conciencia de la cuestión. Quizá cuando se acabe esta maldita guerra...

Vi al Emperador muy interesado y casi te diría que indulgente con ellos, aunque muchos suelen culparle de sus males y los más inteligentes, como Freud, le disparen los dardos de sus ironías. Cuando el Emperador le nombró profesor extraordinario de la universidad, contó a sus amigos que Su Majestad Imperial había reconocido de repente el papel de la sexualidad. Siento curiosidad por saber cómo aplicaría a mi caso sus teorías sobre el pansexualismo y esos conceptos extravagantes que maneja: pulsión de la vida instintiva, clandestinidad del subconsciente, la sexualidad como principal instinto básico.

De sexualidad hablaríamos, claro está, o le hablaría yo, porque, al parecer, él deja que hables, como hago yo ahora, y se limita a escuchar atentamente, como haces tú, y luego cobra una cantidad sustanciosa. En eso no se te parece... No obstante, aunque sea por una sola vez, y sin que sirva de precedente, pagaré con puntualidad este último servicio tuyo. Además, según me han contado, el psicoanálisis requiere tiempo y yo ya no lo tengo.

Dicen que Freud llega a curar por las palabras, no las tuyas, puesto que él calla, sino las de sus propios pacientes, y no es el primero. De eso, de las

palabras salvadoras, ya hablaron los griegos. Espero que las mías, las que te dirijo a ti, hablando conmigo mismo, acaben por tranquilizar mi ánimo.

Creo que, en parte, aunque solo en parte, puedes imaginar a qué voy a referirme, pues incumbe a personas a quienes conoces. Pero hay otra parte, que en absoluto sospechas, que me hace sentir mucho más en falso y atormenta mi conciencia. Tú me conoces bien y sé que puedo confiar en ti. Naturalmente, te exijo silencio absoluto. Ni una palabra a nadie. Discreción total.

Mi fatídica enfermedad te ha convertido en el último testimonio de mis confidencias destinadas al papel, de mis palabras postreras, el único testigo mudo y, en compensación a esa mudez, todo oídos, pero en cuanto salgas de esta habitación serás igualmente sordo a cuanto hayas escuchado aquí. Antes de continuar debes jurármelo, por tu honor, Erwin. ¿Lo juras?

—Sí, Alteza, lo juro.

Entonces continuamos. Depositarás estas mis últimas voluntades ante el notario Maschwitz, de Viena, después de que, pasadas a limpio, eliminadas las digresiones, a las que ya ves soy proclive, yo las haya leído mañana, sin más tardanza, puesto que no quiero arriesgarme a no llegar a tiempo de poder firmarlas. Deberán guardarse en un sobre lacrado, en una caja fuerte, y dentro de veinticinco años, cuando se cumpla un cuarto de siglo de mi muerte, se entregarán a mis herederos. Para entonces, es casi seguro que todos aquellos a los que este escrito puede afectar negativamente habrán pasado a la condición de cadáver, de manera que nada podrán reprocharme aunque sea *in absentia mea*, ni maldecir mi recuerdo, pero si eso no hubiera ocurrido, si alguno de ellos viviera —las mujeres suelen ser mucho más longevas—, debe esperarse a su desaparición. Sus nombres irán surgiendo al dictado, aun así, mañana, cuando firme el escrito, añadirás una nota con la lista, que facilitará el cumplimiento de mis voluntades.

Para unos mis palabras ayudarán al restablecimiento de su dignidad, aunque espero que de eso se hayan encargado también algunos historiadores durante el próximo cuarto de siglo, tanto si ganamos la guerra como si la perdemos. Para otros, para aquellos a los que ahora la verdad habría de hundir en la miseria y en el escándalo, tanto en Viena, juzgados por mis parientes, como en Mallorca, juzgados por sus compatriotas, espero que veinticinco años ofrezcan la perspectiva suficiente para entender las razones de su conducta y considerar

que la opción escogida les fue impuesta. Hubieran podido negarse a aceptar tales exigencias, pero no se me escapa hasta qué punto mi condición de alteza imperial, las prerrogativas que emanan de mi persona influyan para que, en mi pequeña corte, mi voluntad se convierta en ley.

No negaré que me gustaría que los aspectos más oscuros y negativos sobre los que esta especie de confesión va a tratar, mis desgracias y miserias, no enturbiaran del todo los positivos, el deseo, también siempre presente en mi vida, de hacer un trabajo útil, de preservar la naturaleza, con la convicción de que el lugar donde se plantan árboles se convierte en un lugar feliz, y donde se talan, en desgraciado.

El hecho de tratar de conservar en mis colecciones y a través de mis libros los vestigios de un tiempo que se acaba y que ha sido mucho más mío que el actual quizá pueda considerarse merecedor de un poco de agradecimiento. Los materiales de mis colecciones y los libros que escribí siempre han estado al servicio de todos cuantos se han interesado por los mismos estudios que yo y así quiero que sea en adelante. Sin embargo, me pregunto si mis esfuerzos por reunir piezas raras o recopilar datos desconocidos podrán tener en el futuro algún interés. Quién sabe si también en eso me habré equivocado...

En fin, Erwin, intentaré no entretenerte demasiado. Bastarán unas horas, espero, para poderte contar de viva voz cuanto me veo imposibilitado a escribir. Trataré de ser ecuánime y lo más objetivo posible, algo muy difícil cuando se mezclan tantas sensaciones y tantos sentimientos contradictorios. Procuraré no caer en la tentación de los subterfugios ni de las evasivas. A estas alturas debo conseguir no engañarme. Siempre he preparado mis escritos con antelación, los he configurado primero en la cabeza desarrollándolos por extenso mentalmente antes de pasarlos al papel. Con este, que será el último, he procedido del mismo modo. Llevo tiempo haciéndolo de día y de noche, en mis insomnios y duermevelas, incluso en los delirios —¿eran delirios?— producto de la fiebre en los que, dicen, pronunciaba nombres de difuntos, llamándolos. Nombres que se vinculan a esa verdad que tan pesada resulta. Tal vez de tanto trajinarla arriba y abajo se ha resentido no solo mi alma sino también mi cuerpo. Al transmitirla habrá de aligerarse su peso.

Te agradezco que te prestes a que te dicte, sí, de verdad, te lo agradezco mucho, Erwin. Ya sé que he sido poco proclive a los agradecimientos. Tal vez debí daros las gracias mucho más a menudo a todos cuantos me habéis servido. A mí tampoco me las dio jamás, con una sola excepción, el

Emperador, a quien serví durante todos los años de mi vida, cumpliendo cuantas misiones me encomendó. Y aunque no me las encomendara traté siempre de actuar siguiendo sus órdenes, implícitas o explícitas, o lo que yo creía que podían serlo, cuando me veía obligado a tomar decisiones repentinas sin posibilidad de consultarle.

No me dio tiempo de hacer llegar a Viena, por un canal seguro, la información que había obtenido apenas poco antes del viaje a Sarajevo de Francisco Fernando y de su pobre mujer, la condesa Chotek... Debía de ser duro para ella que el Emperador no le permitiera sentarse junto a su marido en la corte ni acompañarle en los actos públicos en territorio austríaco porque no era de sangre real. Recuerdo que en las recepciones oficiales, nosotros, los parientes, primos segundos y terceros, pero descendientes de reyes por los cuatro costados, la precedíamos en el protocolo. Al Emperador le sentó muy mal la boda, a la que no asistió ni permitió que ninguno de nosotros asistiera. Te aseguro que a mí, tan poco dado a ese tipo de celebraciones, no me hubiera importado ir. Felicité, eso sí, al heredero lo más efusivamente que supe por su coraje, por haber puesto a su tío entre la espada y la pared: «O me caso con Sofía Chotek o renuncio al trono». No obstante lo hice en privado.

Jamás contravine orden alguna del Emperador, aunque pueda parecerle mentira. Mis costumbres no le hubieran gustado, es verdad, pero mi vida transcurría fuera de la corte, del protocolo y sus convencionalismos, casi siempre lejos o muy lejos. Además, por fortuna para mí, yo no tenía que heredar imperio alguno, no como Rodolfo ni como después Francisco Fernando.

Entendí a ambos, entendí sus razones para desobedecer, las dos ligadas, en cierto modo, al amor que habría de llevarlos también a la muerte. Pero, a la vez, entendí las del Emperador al negarse a aceptar el divorcio de su hijo de Estefanía de Bélgica porque se había enamorado de María Vetsera y después al no admitir el matrimonio de Francisco Fernando con una dama de honor de la archiduquesa Isabel. Por más que la aristocracia de su familia fuera rancia, Sofía solo era condesa y pobre. Su Majestad Imperial esgrimía, lo escuché de su boca en una de las audiencias que me concedió, que la consideración de nuestra superioridad implica unas obligaciones determinadas. No acatarlas lleva en sí el germen de nuestra destrucción como realeza. Mezclar la sangre con quien no provenga de condición real supone bajar varios peldaños de golpe cuando lo que hay que hacer, en todo caso, es subirlos. Cuanto más nos

parezcamos a los dioses, de los que emana nuestro poder, más cerca estaremos de perpetuarlo. Si somos distintos, si estamos por encima de la nobleza, la burguesía y el pueblo, es precisamente porque no podemos mezclarnos con ellos, aunque eso pueda suponernos la infelicidad. Nadie ha dicho que los monarcas debamos ser más felices que nuestros súbditos ni que tengamos la obligación de serlo. Se equivoca quien cree que de nuestra condición proviene la egoísta quimera de buscar la felicidad como si fuera un don que nos estuviera reservado. Todo lo contrario, los monarcas tenemos la obligación de sacrificarnos para que el conjunto de nuestro pueblo consiga mejoras que le permitan ser más feliz, aunque esto nos cueste renunciaciones personales difíciles de aceptar. ¡Buscar la felicidad! Buscarla aquí, en la tierra, donde sabemos que no se encuentra, es cosa de burgueses descreídos. Para nosotros la felicidad está en el cielo, junto a Dios, no en este mundo, no se aviene con el papel que nosotros representamos como Real e Imperial Majestad Católica y Apostólica.

Para él, tan reservado, era una muestra de afecto confiarme que todo eso se lo había dicho a Rodolfo cuando este le insinuó la posibilidad de pedirle al Papa que anulara su matrimonio con Estefanía...

Rodolfo murió en Mayerling, como sabes, Erwin, pocos meses después de mi conversación con su padre, con el que se llevaba tan mal. Corría enero de 1889. Volví a Viena en febrero de ese mismo año. Pedí en seguida audiencia con el Emperador para darle el pésame. Me recibió en su despacho, detrás de su mesa de trabajo, con la mano derecha apoyada en la mejilla, la izquierda sobre un cartapacio que el primer ministro, con quien me crucé en la antecámara, acababa de entregarle. Pese a que había ordenado que en cuanto llegara me anunciaran y le dejaran a solas conmigo, pareció no darse cuenta de que me habían hecho entrar. Siguió, ausente, abatido, sin levantar la vista, en silencio. Yo tuve que permanecer también en silencio, pues el protocolo de la corte prohíbe hablar si el Emperador no te dirige la palabra y ese protocolo también es válido para los parientes. Cuando por fin me habló fue para darme las gracias. Jamás me las había dado, ya te lo he dicho, y esta vez no tenía por qué. No iba a rendirle cuentas de una misión difícil, ni siquiera a ofrecerle alguno de mis libros dedicado especialmente a él. Esos libros, que aseguraba recibir con gusto pero que solo comenzó a leer, quizás a hojear —aseguran que durante toda su vida solo ha leído con cierto placer la *Gaceta Militar*—, cuando Rodolfo, según algunos a imitación mía, se aficionó a escribir y

empezó los veinticuatro volúmenes de *La historia de la monarquía austrohúngara por la palabra y por la imagen*. Antes había publicado otro libro que disgustó al Emperador; aunque lo hizo, como yo mismo en diversas ocasiones, de manera anónima, corrió por Viena lo que era un secreto a voces: el autor de *La nobleza austríaca y su vocación o profesión constitucional*, que tan mal dejaba a la vieja aristocracia, era el príncipe heredero en colaboración con su maestro, el economista Menger.

El inconformista Rodolfo, que tanto se parecía a su madre y tan poco a su padre, era mucho más amigo de mi pobre hermano Juan Nepomuceno Salvador que mío. Sin embargo, compartíamos muchos gustos, desde las ciencias naturales al dibujo, y, en especial, la preferencia por escapar de los encorsetados ambientes de la corte. No obstante, su osadía ante el Emperador era mayor que la mía y no le preocupaba enviar al diario *Neues Wiener Tagblatt* artículos que contravenían por su progresismo el que había sido el lema de su bisabuelo Francisco I y es el de su padre, Francisco José, al que Dios guarde: «No mover lo que está quieto, procurar por encima de todo la grandeza del Imperio o por lo menos la apariencia de grandeza sin cambios ni demasiada novedad». Algo que, en los tiempos convulsos en los que hemos vivido y en los más terribles en los que vivimos, no ha servido de nada, al contrario. Los cambios que querían impulsar tanto Rodolfo como Francisco Fernando probablemente solo hubieran retrasado el desastre que el Emperador no ha sabido, no ha podido o no ha querido tener en cuenta.

Veo que tomas nota de lo que te digo con tu lápiz de dibujo en uno de los cuadernos de campo que te regalé, en el que, seguro, habrás puesto, en primer lugar, la fecha.

¿Es 29 o 30 hoy?

—30, Alteza.

Sí, 30 ya, de septiembre de 1915, hace un año y dos meses que empezó la guerra. Guarda el cuaderno para tus apuntes del natural, querido Erwin. En el primer cajón del escritorio, a la derecha hay papel con membrete, una buena pluma todavía sin estrenar y en el tercer cajón de la izquierda un tintero. No obstante, si prefieres la estilográfica, también puedes utilizarla. ¿La ves? Está ahí, aunque ya sabes que no es objeto de mi devoción, como tampoco la máquina de escribir. No la he usado nunca. Detesto el ruido de las teclas, el martilleo con que los dedos empujan las letras y el más hostil aún del paso de una línea a otra. No me parece un buen invento. Otro mejor habrá de

sustituirlo, por más que las letras de imprenta ahorran tiempo a quienes tienen que interpretar manuscritos enrevesados, los míos, por ejemplo, como te ocurrió a ti.

Te escogí hace doce años, ¿lo recuerdas?, bien sé que sí. ¡Qué joven eras! Todavía lo eres. Tenías entonces veinte años, los mismos que yo cuando comencé a viajar de verdad, eligiendo por mí mismo los lugares a donde ir, sin imposiciones de mis padres, pese a que siempre, siempre, incluso antes de ayer, como quien dice, tuve que pedir permiso al Emperador para moverme de un lugar a otro y esperar el telegrama de aprobación o de rechazo. Podría ser tu padre, Erwin, te llevo treinta y seis años, te lo dije al proponerte que te vinieras conmigo, como un hijo ya crecido al que de pronto hubiera encontrado y reconocido.

Recuerdo que era primavera, una primavera retrasada, como todas las de Viena, donde los tulipanes se abren demasiado tarde, flores de finales de junio en vez de de abril. Fue en casa de Hölzer, el impresor, llevabas un chaleco azul y lucías un bigote prusiano para darle a tu cara de niño un poco de seriedad. En una mesita corregías pruebas. Hölzer te encomendó mi manuscrito sobre Ítaca y te recomendó: respetuoso, listo, paciente con los textos, capaz de transcribirlos sin error y buen dibujante.

Tu patrón estaba dispuesto a ponerte a prueba conmigo y tú aceptaste el envite. Me gustó tu sonrisa tímida, la expresión de tus ojos vivísimos y la confianza en ti mismo. Y acerté en el aprecio. Entre todos los copistas y taquígrafos a los que he tratado a lo largo de mi vida has sido tú quien mejor ha transcrito mi caligrafía enrevesada, sobre todo cuando tomaba notas de trabajo, tratando de recoger a vuelapluma cuantos datos me ofrecían mis colaboradores, o llenaba con mis reflexiones las páginas de los cuadernos de campo que siempre llevaba conmigo. Aunque no necesariamente mi caligrafía era tan incomprensible como aseguraban mis editores. Dependía del estado de ánimo, del humor y este, en gran parte, te lo confieso, de las gentes que estuvieran a mi lado y de los paisajes que en aquellos momentos contemplara. Cuanto me rodeaba influía, pues, en mi ánimo y en mi letra. En las cartas que escribí a quienes amaba, la caligrafía a veces era elegante, pausada, clarísima. La pluma, el simulacro de mi mano, de mis dedos demorándose sobre la piel deseada. Otras, mucho más difícil, cabalística o cifrada. La pluma fálica tratando de penetrar al amante, la pluma simulando una erección prolongadísima, infinita... ¡Ojalá!, ¡qué más hubiera deseado!

Siéntate donde mejor te parezca. ¿Estás cómodo frente al escritorio? ¿Se ha secado la tinta? Mandé limpiarla bien esta mañana. Antonietta quiso hacerlo personalmente. Me negué a que entrara, no quería que me viera con las vendas sucias, manchado de tinta, derrotado. Te parecerá raro. Durante toda mi vida he tenido fama de ir desarreglado, de descuidar mi aspecto, de no cambiarme de ropa, de llevar prendido un macarrón en la solapa o de lucir manchas en la pechera con el mismo orgullo que si fueran las condecoraciones que nunca gané por mí mismo, esas que aparecen en algún retrato, de los pocos que me hicieron con uniforme militar de gala, un débito del rango, igual que el grado de coronel que me otorgaron, imposiciones derivadas de mi apellido. De mí, ya lo sabes, se ha dicho que parecía un *clown*, el torpe payaso de las bofetadas, de rostro abotargado y nariz de patata. Y no han errado demasiado en la percepción.

Cuando llegamos aquí el pasado abril tuve la convicción de que pese a las respetuosas reverencias que me prodigaron los criados, algunos en su fuero interno se alegraban de que mi aspecto degradado fuera el mismo que el de cualquier campesino de la zona y yo, de ser uno de ellos, también me hubiera alegrado. El paso del tiempo no entiende de clases sociales y eso puede resultar consolador para los de abajo, pretendidamente consolador por lo menos.

Me consta que un viajero francés al que recibí en Miramar me ha descrito con la bragueta abierta y una lata de sardinas sobre la cabeza, rezumando aceite... No creas que me importa, al contrario, ha puesto una pincelada caricaturesca definitiva a mi retrato, que con tanto encomio otros han trazado buscando circunloquios para referirse a mi escaso interés por la vestimenta, considerándolo una virtud. No, no lo es, a no ser que el orgullo pertenezca a esa categoría. Jamás he necesitado que me aceptaran por la apariencia, siempre he sabido quién soy y por eso mismo no me ha hecho falta ni la ropa elegante y bien cortada ni menos todavía vestir a la moda; mi desaliño disgustaba a mi madre, a alguno de mis hermanos y a casi todos los parientes. Por estos últimos me importa poco, por mi madre, sí. A estas alturas pienso que debía haberle evitado disgustos tan fáciles de remediar como este, cuidando un poco más de mi atuendo. Mi madre, a la que tanto quise y con quien tan bien me llevé, y que casi nunca me reconvenía por mis defectos o

errores, sí lo hacía incluso por carta sobre mi vestimenta.

«Me han dicho que te vieron con una levita raída y un pantalón remendado, algo impropio de tu condición. Me han dicho que no cuidas de tu indumentaria, que fuiste a Madrid, a palacio, a saludar a la reina de España y no te dejaron pasar. Debieron de tomarte por un cochero de punto o tal vez peor, por un anarquista, ibas vestido de modo desaliñado por más chistera que llevaras. Ya sabes cuánto me disgusta que mis hijos no estén a la altura de quienes son, altezas imperiales y reales.»

¡Pobre madre mía!, que cifraba la altura de la condición en el aspecto externo, por el que reñía también a mi hermano, Juan Nepomuceno Salvador, él todavía muchísimo más proclive que yo a ponerse el mundo por montera.

Pero ahora que se acerca el adiós definitivo, ahora que ya no puedo valerme y no puedo prescindir de ayuda, no quiero que la última imagen ofrecida a los míos sea la de la más absoluta degradación.

Estoy seguro de que en Viena harán oídos sordos a mi deseo de diluirme en el mar que tanto amo. Aunque en realidad sería devorado por los peces, ahora lo prefiero a las arenas del desierto que escogí de joven para ser enterrado. Impondrán a mis restos la cripta de la iglesia de los Capuchinos, a donde me harán bajar con uniforme de gala. Más vale, en consecuencia, que vaya preparándome, adecentando, por lo que a la apariencia se refiere, este corpachón inmundo que me tiene cautivo y atormentado. Por eso he pedido que llamaran al mejor sastre de Praga para que me cortara las más elegantes camisas de dormir que, por cierto, solo ahora, solo desde que apenas puedo moverme, he comenzado a utilizar.

He dormido toda mi vida desnudo cuando lo hacía junto a otro cuerpo, o con la ropa interior mis noches sin compañía, acostado en el suelo, donde pedía a los criados que pusieran el colchón si estaba en tierra, y cuando navegaba en una cama de hierro atornillada al camarote, y yo, sujeto a ella por las correas, si había mala mar.

Cuando pases a limpio lo que te dicto, debes obviar esa larga digresión anterior. Está de más en los papeles que depositarás en la notaría.

Retomo el hilo de lo que te estaba diciendo. Me estaba refiriendo al hecho de que el Emperador me dio las gracias... Tal vez lo que quiso transmitirme con esas gracias que interrumpían su elocuente silencio apesadumbrado era, simplemente, que se daba cuenta de que yo compartía de verdad su dolor, aun desde la distancia prudente que implicaba el hecho de que él fuera el

Emperador y yo su primo, un archiduque, como tantos otros primos, él, el padre y yo, solo un tío en tercer grado del Príncipe, lo aceptaba. Su Majestad Imperial aceptaba el dolor de los otros, lo reconocía, admitía los sentimientos ajenos.

La muerte de Rodolfo me afectó mucho, en especial porque destrozó a su madre, mi queridísima prima, que a partir de aquel fatídico 30 de enero de 1889 ya no fue la misma. Siempre he llevado conmigo una carta que me escribió refiriéndose a la tragedia. Está en la cartera de cuero negro que encontrarás en el segundo cajón del escritorio. Ábrelo. ¿La ves? El sobre es azul, dámelo, quisiera dictarte algunos párrafos.

«Aquella mañana yo estaba en mi gabinete con Kristomanos, mi profesor de griego. Me sentía especialmente satisfecha porque, por fin, después de meses de esfuerzos, era capaz de traducir y comprender como nunca hasta entonces el misterio del comportamiento de Odysseus, su deseo de retornar a Ítaca, pero a la vez el temor a hacerlo. Leíamos juntos y comentábamos un pasaje precioso, cuando Odysseus llega a la tierra de los feacios, la isla de Esqueria, donde todo el mundo es feliz. Todos menos Nausícaa, desde el momento en que cree que aquel extranjero llegado de lejos, el náufrago al que encuentra en la playa, es el esposo que le mandan los dioses y nota por primera vez clavada en el corazón la saeta punzante pero dulce del amor, que, sin embargo, no será correspondido.

»Un sol benigno entraba a través de los cristales de las ventanas abiertas de par en par y, pese al frío del invierno y de la nieve que se amontonaba a ambos lados de los senderos del jardín, su dulce luz me pareció una amable invitación a la bonanza de la primavera y me sentí revivir, como en los primeros días de mi noviazgo, después de que el Emperador, que tanto me gustó, a pesar de que tuviera para mí el enorme defecto de ser quien era, se me declarara. Todavía no sabía que su madre y mis padres deseaban que escogiera a mi hermana mayor, con la que habían previsto que se casara. Mi alegría provocó la tristeza de la pobre Elena, que se sintió postergada, humillada y enormemente dolida por mi culpa, sin que, por otro lado, yo la tuviera.

»Ahora creo, recordando aquellos días tan lejanos, que a lo largo de mi vida la sensación de alegría y plenitud me ha abocado siempre a la pena o a lo

que es peor, mucho peor, a la desgracia. Cuando me avisaron de que el barón Nopcsa, el jefe de la Casa Civil del Emperador, quería darme una noticia, contesté que lo recibiría al acabar la lección de griego, porque de ninguna forma podía suponer que lo que tenía que decirme fuera lo peor, algo que jamás me hubiera atrevido ni siquiera a imaginar. Solo los ojos llorosos de mi dama de honor me hicieron cambiar de opinión.

»Mi vida ya no ha sido la misma desde el 30 de enero de 1889, del que acaban de cumplirse tres años. Tres años durante los que siempre he guardado riguroso luto, sin desear para mis vestidos otro color que el negro, aunque eso disguste a mi marido y a mi hija María Valeria, que piensan que si quisiera llevar ropa de otros colores, quizá me animaría un poco. No pueden figurarse lo que supone para una madre la muerte de un hijo, más si cabe cuando eso sucede de modo repentino, imprevisible, absurdo, y todavía más cuando, como en mi caso, los motivos de la muerte no han sido esclarecidos de manera suficiente, lo que lleva a aumentar con dudas y sospechas aún más el dolor por la pérdida.

»Es como si hubieran abierto mi cuerpo en canal para extirpar la mitad de mi carne y de mi sangre y me hubieran partido en dos el corazón y después me hubieran vuelto a coser, condenándome a vivir con la terrible carencia de una parte de mí misma, de la mejor parte de mí.

»No fui capaz de asistir a las exequias de Rodolfo, ya lo sabes. El Emperador, al que yo tuve que dar la noticia, anduvo solo detrás del féretro. Hasta entonces era una persona con fuerza, brioso, pero a partir de aquel momento se convirtió en un viejo.»

Leí muchas veces esta carta, que podría recitar de memoria, sin variar, creo, una sola palabra. La Emperatriz es una de las personas a las que más he querido, no solo porque teníamos gustos parecidos y el mismo deseo de huir lo más lejos posible, de zarpar y navegar sin cesar, sino también porque fue muy desgraciada. A partir de la muerte de su hijo, e incluso antes, cuando murió la pequeña Sofía, nadie tuvo ya ningún derecho a hablar mal de ella, a asegurar, como hacían algunos de mis parientes, que era una malcriada, una frívola caprichosa, alguien incapaz de estar a la altura de las circunstancias que le había tocado vivir y que, en lugar de dar gracias a Dios por todos los dones que le había concedido, se consideraba desafortunada. ¿Qué más puede pedir

si lo tiene todo?, se preguntaban en la corte de Viena. Eran injustos porque no la conocían en absoluto. No sabían hasta qué punto su costumbre de viajar, que tanto criticaban, era la única manera de huir de sus fantasmas y sobre todo de sí misma, igual que he hecho yo, con la ilusión de que un constante cambio de lugar podría, si no acabar con la terrible melancolía que implica para algunos el mero hecho de vivir, por lo menos diluirla.

Tú no puedes acordarte, porque eras demasiado pequeño, de la conmoción que en todo el Imperio causó la muerte de Rodolfo. Según la versión oficial, a consecuencia de una apoplejía, aunque pronto corrió la noticia de que se trataba de un suicidio que en la corte al principio se quiso ocultar incluso a los parientes.

Mi hermano Juan Nepomuceno Salvador, a quien la muerte de su íntimo amigo habría de perturbar tantísimo, tal vez precipitando la suya, me contó que el cadáver expuesto en el palacio de Hofburg había sido maquillado a la perfección para evitar que se vieran las heridas de bala. De esta manera trataban de escamotear a la opinión pública la violenta muerte del heredero, que la prensa extranjera —recuerdo bien las informaciones aparecidas en *Le Figaro* e incluso guardo todavía los recortes del diario— aireó a los cuatro vientos y que, finalmente, el Emperador acabó por aceptar si no de manera oficial, por lo menos en el círculo de sus allegados. Me consta, porque tiempo después me lo confirmó la Emperatriz, que la muerte del heredero le hizo reflexionar. Tal vez, ahora, se arrepentía de la educación espartana infligida a su hijo cuando niño. Desde los seis años el general Gondrecourt, su preceptor, le despertaba de madrugada con varios tiros de revólver que detonaban en su oído para que se acostumbrara al ruido de las armas y fuera adquiriendo valor, además de hacerle contemplar todos los días, a veces bajo la nieve, el cambio de guardia. Su madre me contó horrorizada que Gondrecourt llevó al Príncipe al zoo de Lainz y lo encerró en una jaula diciéndole que se preparara para luchar con un oso hambriento. El niño, muerto de miedo, comenzó a gritar y a llorar con un ataque de histeria producido por el pánico.

El hecho sirvió de pretexto a la Emperatriz para enfrentarse al Emperador: «O despidas a tu general o no volverás a verme nunca más. Dejaré la corte definitivamente».

El ultimátum surtió efecto. Gondrecourt fue sustituido por el conde Latour von Thurnburg, una persona culta y mucho más capacitada para educar a una criatura aunque esta fuera la heredera de la monarquía más antigua de Europa.

La influencia de Latour fue grande y se convirtió en un amigo para Rodolfo, y yo creo que las ideas liberales del Príncipe, su manera de entender que era necesario un imperio mucho más federal, con un poder central menos autoritario, tenían que ver con el segundo preceptor.

Quizás el Emperador llegó a preguntarse si no se había equivocado al no acceder a las propuestas políticas de cambios en Hungría que Rodolfo tantas veces le había pedido. Su Majestad Imperial, por el contrario, había acabado por dar crédito a quienes le aseguraban que su hijo conspiraba contra él para proclamarse rey de Hungría. Había preferido tomar en cuenta a la camarilla de espías y contraespías que le informaban de los movimientos del heredero en vez de preguntarle directamente. Los prejuicios se lo impedían, puesto que consideraba impropio de cualquier padre, y mucho más aún cuando además de padre era el Emperador, humillarse a tener que preguntar.

Parece ser que la última vez que se vieron a solas, apenas dos días antes de la muerte de Rodolfo, el Emperador lo trató con una enorme dureza e intentó obligarle a que rompiera con María Vetsera, a lo que su hijo se negó. Estaba dispuesto a desobedecerle. La entrevista, de una gran tensión, acabó como el rosario de la aurora. Tanto es así que el ayudante de campo de Su Majestad, al entrar en el gabinete justo después de que el heredero se marchara, se lo encontró desmayado en el suelo.

He oído contar —yo estaba fuera de Viena en aquellos días— que tal vez lo que precipitó el hipotético suicidio —el hipotético doble suicidio, puesto que Rodolfo presuntamente mató, antes de pegarse un tiro, a su amante, la baronesa Vetsera— fue que en la última recepción oficial a la que asistió el heredero, una recepción en la embajada alemana con motivo de la celebración del treinta cumpleaños del káiser Guillermo II, su padre le dio la espalda de modo ostensible para que todo el mundo en Viena supiera hasta qué punto lo despreciaba. Hacía solo unas horas que había recibido, remitida por León XIII, la carta en que el príncipe Rodolfo pedía al Papa la anulación de su matrimonio, a la que él se oponía rotundamente. Pedirle al Papa la anulación saltándose su autoridad imperial era la gota que hacía rebosar el vaso.

Mi hermano Juan Nepomuceno Salvador, a quien el Emperador también trató con dureza a consecuencia de las críticas públicas a nuestro ejército, que Su Majestad Imperial jamás estuvo dispuesto a admitir y por eso, creo yo, se negó a apoyar sus pretensiones al trono de Bulgaria, me dijo que en varias ocasiones le había confiado a Rodolfo su intención de suicidarse —mi

hermano era depresivo y a menudo pasaba por horas bajas— y que este se lo había quitado de la cabeza, asegurándole que a él ni siquiera las desavenencias con su padre y con su mujer, a la que detestaba, le habían impulsado nunca a acariciar la idea de vengarse de ellos con su propia muerte. Pero podía haber cambiado de opinión. Acababa de regalarle un anillo en el que había mandado grabar las iniciales de una frase heroica: *ILVBIDT: In Liebe vereint bis in den Tod* (unidos por el amor hasta la muerte). Si se mataba junto a ella, se reafirmaba en su burla a las leyes y las ordenanzas. Burlar con la muerte o, mejor dicho, más allá de la muerte leyes y ordenanzas, mandamientos y normas era algo que también tentaba a su madre, la Emperatriz, y en algunos momentos también me tentó a mí.

No conocí a María Vetsera; para la corte vienesa era la hija de una oscura baronesa húngara viuda, según malas lenguas, de origen judío, que no hacía mucho que había llegado a Viena. La vieja aristocracia la menospreciaba porque no la consideraba de su clase. Fueron muchos los que tomaron a los Vetsera por unos *parvenue*, aunque, por otro lado, no tuvieron más remedio que aceptar la belleza exultante de María, que entonces acababa de cumplir quince años.

No sé cómo conoció a Rodolfo, tal vez a través de María Larisch, amiga suya, que era prima del Príncipe, hija del hermano mayor de su madre, Luis de Baviera, casado en un matrimonio morganático con la actriz Henriette Mendel. Un hecho que le permitía vivir fuera del círculo cerrado y protocolario de la familia imperial y a la vez mantener contacto con la corte, especialmente con el heredero, a quien ayudaba en aquellas ocasiones en que sus asuntos sentimentales necesitaban de la complicidad de alguien que los pudiera encubrir y cobijar.

Lo cierto es que en el momento en que María Vetsera desapareció —y eso sucedió dos días antes de su muerte junto al heredero— estaba en una elegante tienda de Viena, de la que al parecer se volatilizó, tal y como María Larisch, con quien había salido de paseo, declaró a la policía después de que la baronesa Vetsera denunciara a las autoridades que su hija no había regresado a casa. Parece que el jefe de policía no le hizo demasiado caso, tal vez porque sabía dónde se encontraba María y con quién, puesto que seguían de cerca los pasos del Príncipe.

Yo no creo que María fuera una vulgar aventurera, como asegura mi familia, ni tampoco que tratara de aprovecharse de su amante imperial, pese a que él

sufragara algunos gastos de la casa de los Vetsera, que no tenían buena situación económica. Por el contrario, creo que con su amor hizo más felices los últimos meses de Rodolfo.

A Estefanía no la traté demasiado, pero mi hermano Juan Nepomuceno, que sí la conocía bastante, la encontraba rígida, desabrida, antipática, sin el más mínimo sentido del humor, que tan importante resulta en la vida, y la culpaba de no haber intentado ni siquiera un solo segundo apoyar a su marido. Yo la visité una vez en su barco cuando el Miramar y la Nixe estaban fondeados frente a Corfú. Fui a rendirle pleitesía. Tuve que ponerme el uniforme de gala que tan poco me gusta llevar y, aun así, lo único que se le ocurrió fue ir a contar a la parentela que mi aspecto era grotesco y lastimoso, aunque también aludiera a mis muchos saberes y publicaciones para paliar, supongo, la lamentable impresión que yo le había causado.

Lo que voy a contarte ahora, Erwin, forma parte de la penosa carga de la que quiero desembarazarme antes de morir, de esa parte más oscura de mi vida, aunque tampoco pueda decirse que la que tú conoces sea muy clara... Me refiero a la más escondida y secreta, a la que me insta, incluso creo que moralmente me obliga, a dejar escrito que Rodolfo no se suicidó, que la muerte de los amantes de Mayerling fue debida a un complot, que el heredero del Imperio y su amante murieron asesinados, como me aseguró mi hermano Juan Nepomuceno Salvador antes de abandonar Austria, cuando, convertido en un ciudadano cualquiera, un tal Juan Orth, decidió dejarlo todo, sus títulos, sus prerrogativas, sus bienes. A partir de aquel momento fue un hombre sin arraigo y sin patria, puesto que abominó de ella a consecuencia del horror que le había producido conocer la verdad. ¿Cómo había llegado a saberla? En primer lugar, a través de sus contactos con un confidente de la policía, que decía haber tenido tratos con los asesinos pagados por esta, con la aquiescencia de las instancias superiores del Imperio, con el sacrosanto fin de evitar su desmembración. Rodolfo era partidario de la independencia de Hungría, de la que se postulaba como rey frente a su padre, y sus ideas federalistas eran miradas con muy malos ojos por la cúpula militar, tan cercana al Emperador, que siempre, siempre, vistió de uniforme. En segundo lugar, gracias a la casualidad. Algunas veces mi hermano acompañaba a su amigo Rodolfo al castillo de Mayerling, aunque a Juan Nepomuceno Salvador la caza no le

atraía demasiado. Precisamente por eso, mientras Rodolfo cazaba, él se dedicaba a dar tranquilos paseos y a hablar con la gente humilde, como también a mí me ha gustado hacer siempre. En uno de estos paseos se fijó en una jovencita que apacentaba unas cabras y trabó conversación con ella. Resultó ser la hija del carpintero que solía hacer los arreglos del pabellón de caza. Desde entonces la visitó con alguna frecuencia. Mi hermano era enamorado, una característica que todos nosotros tenemos en común. Naturalmente, su interés por la muchacha cayó muy bien a la familia del carpintero, con la que siguió manteniendo relación incluso cuando la sustituyó por la bailarina Millie Stereubel, con la que se casó, ya como Juan Orth, en Londres en 1890. Pero su amorío con la pastora de Mayerling habría de resultarle muy útil por lo que su padre, el carpintero, le contó: al día siguiente de la muerte de Rodolfo le llamaron con urgencia del castillo para ordenarle que, de inmediato y en secreto, fuera al pabellón y restaurara los muebles de la habitación del Príncipe, agujereados por multitud de impactos de bala, lo que indicaba que quienes dispararon lo habían hecho varias veces. No se trataba, por tanto, de las dos balas esperables en un doble suicidio.

Como comprenderás, cuanto me contó Juan Nepomuceno Salvador me impresionó y durante años, en mis viajes anuales a Viena para visitar al Emperador, traté de esclarecer los hechos y me interesé por las autopsias: María recibió un tiro en la parte trasera del cráneo y la bala que presuntamente se disparó Rodolfo entró por la sien izquierda. ¡Rodolfo no era zurdo!, Erwin, nadie se dispara a sí mismo con la mano derecha en la sien izquierda.

Primero se dijo que el Príncipe había muerto a consecuencia de un accidente de caza. En portada, con la noticia enmarcada por una orla negra, lo publicó el *Neues Wiener Tagblatt*, periódico en el que Rodolfo había colaborado y donde tenía amigos. Pero el diario oficial de Viena lo desmintió de inmediato. Su Alteza Imperial y Real, el príncipe coronado Rodolfo, había muerto de manera repentina, de un ataque al corazón o de una apoplejía, mientras se encontraba cazando en Mayerling, naturalmente sin compañía femenina alguna.

Al día siguiente el *Neues Wiener Tagblatt* rectificaba, pero no a favor de la información oficial que procedía de la corte, sino señalando que Rodolfo, en un momento de ofuscación mental, se había suicidado. Tampoco esta vez se mencionaba a María Vetsera. La ofuscación mental era imprescindible para que pudiera ser enterrado en sagrado, porque la Iglesia lo prohíbe a los

suicidas y, en consecuencia, le hubiera sido vedada la cripta de los Capuchinos, que es el lugar postrero a donde los Habsburgo vamos a parar.

En el palacio de Hofburg se intentó que los médicos que hicieron la autopsia encontraran en el cráneo del pobre Rodolfo cualquier síntoma de locura, pero tampoco quisieron aceptar esta segunda falsificación, después de que, con un alto sentido de su profesionalidad, se negaran igualmente a firmar que el heredero había muerto de un ataque al corazón o de una apoplejía, tal y como se los conminó a hacer.

Por otro lado, la policía informó a la familia Vetsera de que María había envenenado al Príncipe con cianuro potásico y que después, utilizando el mismo veneno, se había suicidado. Como prueba se les entregó una breve nota dirigida a su madre, con un mensaje patético, de un romanticismo difícil de digerir: «Soy más feliz muerta que viva». Al mismo tiempo se advertía a la baronesa Vetsera que lo mejor que podía hacer era marcharse de Viena y mantener para siempre un total y absoluto silencio sobre la tragedia. Si era María la que había envenenado a Rodolfo, ya no había trabas para un buen entierro, pero a su vez el escándalo estaba servido. Además, tanto la burlada princesa Estefanía como los Habsburgo habrían quedado en ridículo, cosa que por todos los medios convenía evitar. En consecuencia, esta hipótesis, propiciada por el jefe de seguridad de la policía, no llegó a difundirse.

Finalmente, prevaleció la teoría de la enajenación mental del Príncipe y el Emperador también la aceptó y la mantuvo en conversaciones privadas, está claro que solo con los familiares más íntimos, los únicos con los que en contadísimas ocasiones se dignaba hablar de la desgracia.

El 2 de marzo de 1889 mi hermano Fernando me escribió una larga carta confidencialísima, fechada en Salzburgo un mes después de la tragedia, que he guardado celosamente y que, con otros papeles que te daré mañana, llevarás a casa del notario para que sea custodiada, igual que estas últimas voluntades, hasta dentro de veinticinco años. Me decía que Su Majestad había ordenado a la familia que, en caso de que alguien nos preguntara nuestra opinión sobre el drama, deploráramos el hecho, alabáramos al difunto y cambiáramos de conversación, sin entrar en ningún detalle y, aún más, sin propiciar otros puntos de vista sobre la muerte del heredero. Naturalmente, el Emperador obviaba mencionar a María Vetsera.

En esta misma carta, Fernando me aseguraba que, a su entender, la idea del suicidio era absurda. Rodolfo, al que también frecuentaba aunque no tanto

como Juan Nepomuceno Salvador, nunca le habló de acabar con su vida. Por el contrario, siempre afirmó que los suicidas eran unos cobardes y unos inmorales, ambas cosas bastante alejadas de su talante, porque, en efecto, el heredero no era ni cobarde ni inmoral. Además, según Fernando, había una serie de razones que hacían inviable el suicidio del Príncipe y me las enumeró y argumentó por a: poder, riqueza, buena salud, prestigio de escritor y científico, una mujer que molestaba poco porque miraba hacia otro lado, bellezas a las que conquistaba con la misma facilidad que a María Vetsera, la posibilidad de cacerías y viajes que tanto le gustaban con la excusa de las inspecciones militares en cualquier lugar de nuestros territorios. No estaba, pues, en absoluto cansado de la vida. Aspiraba a gobernar el Imperio cambiándolo y modernizándolo, consciente de sus obligaciones como futuro soberano. A pesar de que todos estos argumentos parecen de bastante peso, no dejan de ser opiniones subjetivas, uno lo puede tener todo, poder, riqueza, amor, y sentirse pobre, impotente, estéril y fracasado. Por eso mi hermano mayor añadía otras razones que eran más convincentes porque se trataba de pruebas objetivas que apuntaban hacia otro tipo de muerte, alejada del suicidio.

Fernando creía que la bala no la disparó el Príncipe. No solo porque la trayectoria indicaba que no lo pudo hacer él mismo, sino también porque el arma encontrada no era la suya. Además, le llamó mucho la atención saber que los médicos, el doctor Widerhofer y el doctor Kundrat, y una comisión de funcionarios de la funeraria salieran de Viena hacia Mayerling en el tren de las siete de la mañana del día 30, antes de la hora del suicidio, que, según la versión oficial, tuvo lugar a las siete y media. En consecuencia, alguien debió de dar la orden de que partieran, alguien que ya sabía lo que había pasado. Pero de verdad, ¿qué había pasado? Eso se pregunta también Fernando en su escrito y añade otro detalle aún más estremecedor si cabe: cuando el conde Hoyos, íntimo amigo de Rodolfo que había ido a Mayerling para cazar con él, regresó precipitadamente a Viena para dar la noticia de la tragedia a la corte, hacía más de dos horas que desde Hofburg había salido un furgón funerario hacia el pabellón de caza.

Hay otros detalles que yo desconocía y que mi hermano me cuenta en su carta. El día 29, Rodolfo no se encontró bien. Tenía fiebre alta y temblores y no fue a cazar con sus amigos, el conde Hoyos y su cuñado, Felipe de Sajonia Coburgo, casado con una hermana de su mujer, y pidió a este que lo excusara

por no ir a la cena a la que tenían que asistir juntos en Hofburg aquella misma noche. Felipe lo comunica, incluso añade de manera bastante imprudente, según mi hermano, que no le gusta el aspecto del enfermo. Sin embargo, nadie de su familia, nadie de la corte le hace caso ni le mandan a un médico para que lo visite. Parece que de este modo tratan de preparar la versión de la enfermedad repentina, ataque al corazón o apoplejía con desenlace fatal.

Pero hay todavía otra versión, la del accidente de caza con heridas de bala, a la que igualmente alude la carta de Fernando: yo creo, me escribió, que el martes alguien hirió a Rodolfo en el bajo vientre y en las manos. Según algunas personas de Mayerling, a la mano derecha le faltaban dos dedos. Por eso aquella misma noche se telegrafió a Hofburg diciendo que el heredero estaba grave, muy grave, lo que explicaría que a la mañana siguiente mandaran desde Viena a Mayerling a los médicos y el furgón funerario. Las manos del cadáver, perfectamente enguantadas, una sobre otra, impedían que se viera si le faltaban dos dedos. Y todavía sigue: quizá murió a consecuencia de las heridas o quizá le dispararon una vez muerto para hacer correr la versión del suicidio y no tener que remover nada ni tener que buscar quién, cómo y por qué le había herido.

Todo lo que sucedió, concluye la carta, es un misterio que solo Dios conoce. El recurso del suicidio me parece un camelo espantoso, insiste mi hermano. Dicen que Rodolfo y María dejaron unas cartas que justificarían su acción, pero nadie se ha molestado en saber si son de propia mano. Se investiga la muerte violenta de cualquier pobre diablo y, por el contrario, para conocer las causas de la del príncipe heredero del Imperio, el único hijo varón de Su Majestad, nadie mueve un dedo. Solo hay una razón para entender lo que no se quiere entender, dedúcelo tú mismo, acaba diciéndome Fernando, cuyas opiniones todo el mundo consideraba sensatas.

Cuanto pasó en Mayerling es terrible, pero quizá lo es más aún la vergonzosa inmoralidad que rodea los hechos. Escandalosas e indecentes las contradictorias versiones dadas por la corte, por los portavoces de palacio y por la policía. Menospreciables y deshonestas también las de los criados de Mayerling, a pesar de que debieron de ser obligados a decir, a desdecirse y a no decir. Aunque, en mi opinión, lo peor de todo es que desde Hofburg, en efecto, nadie hizo nada. Nada que no fuera encaminado a ocultar a toda costa

lo que de verdad había sucedido.

Por uno de los comisionados que de palacio habían enviado a Mayerling, supe también que el cuerpo de la pobre María, desnudo, con la sangre del cráneo ya seca, había sido trasladado dentro de un gran cesto, de los que se usan para trajinar leña, y abandonado, sin ningún miramiento, en una buhardilla del pabellón de caza, cerrada a cal y canto, a la espera de que su familia lo recogiera. Dos tíos suyos, ya que era huérfana de padre, se encargaron de vestirla con las ropas que llevaba cuando llegó a Mayerling. La metieron en un carruaje, donde la sentaron atada al respaldo para que pareciera que estaba viva, y desde allí, por unos caminos difíciles malogrados por la nieve, la condujeron hasta la abadía de Heiligenkreuz, en cuyo cementerio, entre tumbas de monjes, fue enterrada.

No me he atrevido hasta ahora a dar mi opinión sobre la muerte del heredero por no contravenir el mandato del Emperador, que exigió echar toda la tierra posible sobre el drama de Mayerling, aludiendo incluso, en conversaciones privadas, a la locura de su hijo, que, en un ataque de enajenación, había optado por el suicidio. Sin embargo, una vez muerto el Emperador, mi silencio cómplice ya no tendrá sentido y me parece un deber devolver el buen nombre al desgraciado Rodolfo.

En Mayerling, adonde fui antes de que el Emperador mandara destruir el pabellón de caza, escenario de la tragedia, los campesinos me contaron que el lugar estaba embrujado desde el día en que Rodolfo cazó una corza blanca sin saber que quien tal hace ha de morir al poco.

La leyenda tiene que ver con aquella otra de la dama vestida de blanco que merodea en torno a los Habsburgo justo antes de sus últimos momentos. Macabra prerrogativa familiar, por muy poética que pueda parecer, del anuncio de la muerte. Algunos criados del Príncipe aseguraron que habían visto a una mujer vestida de blanco vagando por el jardín la madrugada en que murió el heredero.

El drama de Rodolfo, su fracasado matrimonio, origen en gran parte de las desavenencias con su padre, motivó tal vez que el Emperador se planteara la necesidad de buscar una salida a la decisión de su sobrino, el nuevo heredero, de casarse con la mujer a la que amaba. El acuerdo al que se llegó, a instancias del Papa, pero también a ruegos del Káiser y especialmente del Zar —lo sé de muy buena fuente—, puesto que los tres temían que nuevas desavenencias entre el viejo Emperador y su heredero desestabilizaran la

monarquía no solo en Austria sino en toda Europa, fue el matrimonio morganático. Eso implicaba que los hijos de Francisco Fernando y de Sofía no pudieran reinar y que Sofía recibiera un trato protocolario acorde con su origen meramente aristocrático, no real, que sin duda habría de resultar humillante no solo para ella sino también para su marido. Todo eso tuvo que ver con el interés de Francisco Fernando por viajar a Bosnia para pasar revista a la tropa, en representación de su tío el Emperador.

En Bosnia el protocolo de Viena no regía y el heredero del Imperio y su mujer serían objeto de las mismas reverencias y recibirían idéntico tratamiento. ¡Pobre iluso! Lo que recibieron fue primero una bomba, que rebotó en el capó del coche e hirió a veinte personas, pero no a ellos, y una hora después las balas de Gavrilo Princip. Él, en la yugular, y ella, en el abdomen. El tiro que acabó con la vida de ella, al parecer, iba dirigido al gobernador Potiorek, que los acompañaba, aunque yo aseguraría que no fue así. Desgraciadamente me consta que desde hacía tiempo, desde los mismos despachos del palacio de Hofburg, se especulaba con la muerte de la condesa como un efecto colateral necesario o como un mal menor. E incluso se habían establecido conexiones con confidentes que pudieran a su vez encargarse del trabajo a alguna facción anarquista, cualquier grupúsculo revolucionario, los de la Mano Negra, y así acabar con la vida de la pobre Sofía.

¿Quién ordenaba la muerte de Sofía? ¿Por qué motivo? Podría decirte, hasta donde yo sé, qué personas movían los hilos e incluso aventurar nombres, pero prefiero no darlos. Las iniciales de sus primeros apellidos, T y K, podrán ayudar, cuando este escrito vea la luz, a retomar el cabo que yo dejo suelto para que otros tiren de él hasta comprobar que la posibilidad que apunto es del todo plausible. A veces la verdad debe tardar en darse a conocer y tal vez es mejor que sea así. En cuanto a la causa por la que la condesa Chotek sobraba, es muy fácil de entender: sin Sofía, el heredero volvería a casarse con una princesa, una mujer de sangre real de la que tendría descendencia que asegurase la continuidad en el trono aunque lo ocurrido en Sarajevo lo impidió.

A menudo me despierto oyendo la voz de Francisco Fernando. En nuestro último encuentro hablamos, primero, del mar, que tanto nos gustaba a los dos, y que a mí me sigue gustando todavía hoy cuando casi todas las demás

aficiones me han ido abandonando.

No sabes, Erwin, cuánto daría ahora mismo por volver a bordo de la Nixe, que, al parecer, sigue anclada en Porto Pi, donde, para mi desgracia, me espera en vano. Jamás volveré a navegar. Pero me alegro infinito de que la orden de requisar mi barco para incorporarlo al servicio marítimo mientras dure la guerra, enviada mediante telegrama de la Real e Imperial Dirección de Transportes Marítimos, no pudiera cumplirse. La mandaron a Trieste en vez de a Mallorca porque creían que la Nixe estaba allí. Suponían que habíamos viajado a Italia en el yate y no en barcos públicos, tras insoportables escalas que siempre he intentado evitar.

Francisco Fernando consideraba que el Emperador dedicaba apenas atención y escaso presupuesto a nuestra flota, que, a su juicio, era vital para mantener el Imperio. Si hubiera llegado a reinar, estoy seguro de que la habría mejorado. Su obsesión era que los austríacos y los húngaros dejaran de ser exclusivamente continentales.

«Asomarse al mar como hemos hecho tú y yo tantas veces los haría mucho más abiertos. Para mí el mar es una necesidad; aunque no he tenido la suerte de tener mi propio barco, como te ha ocurrido a ti, algunos de los días más felices de mi vida los pasé cuando di la vuelta al mundo. En eso me parezco más a vosotros, los toscanos, tal vez los únicos de los Habsburgo que se han dado cuenta de lo que supone el mar.»

Ya ves, lo recuerdo textualmente, mi memoria es lo único que se tiene todavía en pie.

Hablamos también de Dalmacia, era tema recurrente en nuestros encuentros, otro punto de unión porque nos apasionaba a ambos por la belleza de su costa. Yo le conté que fue un brote de cólera lo que impidió que visitara Croacia en el remoto verano de 1867. Cambié esa visita por las Baleares, un viaje que tan decisivo iba a resultar para mí, pues allí habría de fundar, en el más bello lugar del mundo, tú, que has estado, lo sabes, un pequeño principado, un diminuto reino afortunado que a veces logró que me sintiera feliz como un monarca de cuento.

Hablamos de todas estas cosas largo rato, tal vez porque yo no sabía cómo convencerle de que no fuera a Sarajevo. Dudaba sobre la manera de enfocar la conversación para llevarla hacia mi terreno y encontrar argumentos para disuadirle. Pero no fui lo suficientemente hábil y fracasé. Francisco Fernando se cerró en banda: «No me pidas que no vaya a Sarajevo porque voy con

Sofía. Allí podrá estar a mi lado, durante todo el viaje, en todas las recepciones, y no como en Viena, donde no nos está permitido. Además el 28, el último día que estaremos en Bosnia, se cumplirán catorce años de la firma que tuve que estampar en el documento en que aceptaba que mi matrimonio sería morganático. Fue para mí, quizá más que para Sofía, tan comprensiva, una humillación terrible. En Bosnia no nos humillarán, la tratarán igual que a mí como Alteza Imperial y Real. Se lo debo. Se lo merece».

Así zanjó la discusión, sin dar importancia al hecho de que si yo había ido a su encuentro en Trieste no era simplemente para saludarle sino para rogarle de manera encarecida que desistiera del viaje, puesto que me habían llegado noticias, no solo desde los Balcanes sino de mucho más lejos, de América, de que trataban de atentar contra él. Un confidente mío me telegrafió desde Chicago para contarme que un grupo de resistentes serbios exigía en las páginas de un periódico la libertad de Serbia, y esa libertad pasaba por la muerte de los Habsburgo. Desde diversos lugares del mundo se instigaba a los patriotas serbios a acabar con la vida del heredero del Imperio.

Fui a ver a Francisco Fernando, Erwin, con grandísimo esfuerzo, ya aquejado por la enfermedad que me devora y la dificultad de movimientos que me tiene casi paralizado, para suplicarle que aplazara la visita, pero fue en vano. Me repitió cien veces que llevar a Sofía del brazo o pasearse con ella en el mismo coche descubierto era suficiente compensación por las posibles consecuencias imprevisibles. Además, no era necesario ir a Bosnia para que alguien tratara de asesinarle... ¿No habían matado a la Emperatriz, a su tía Sisí, en Ginebra, una ciudad pacífica, junto a un lago tranquilo y exenta de peligros?

Desde entonces, desde aquel fatídico 28 de junio del año pasado, no he dejado de darle vueltas a mi incapacidad de disuadirle y me siento culpable. Tenía que haber insistido todavía más. Pero no podía descubrir mis cartas. Consideré que no debía ponerlas del todo boca arriba porque eso hubiera supuesto revelar ante el heredero los contactos que tanto me había costado establecer y mantener. No obstante ahora me digo que tal vez hice mal. ¿Debí decirle la verdad sobre cuanto sabía acerca de los intereses de quienes eran capaces de mandar atentar contra Sofía, aun a riesgo de enfrentar todavía más a Francisco Fernando con el Emperador? ¿Debí hablar a solas con Sofía? Quizás ese fue mi error. Tendría que haberle pedido a Sofía que intentara por todos los medios impedir el viaje y aventurar que ella podía ser un blanco

codiciado, aunque eso no hubiera hecho otra cosa que ahondar en la herida que para ella suponía el rechazo de la corte... Una corte que ni siquiera después de que muriera fue capaz de tener un mínimo gesto de elegante condescendencia con ella, aceptando que fuera enterrada en la cripta de los Capuchinos.

¿Cómo podían mezclarse los huesos de Sofía Chotek con los huesos reales e imperiales de los Habsburgo? ¿Acaso estos no se removerían en sus sepulturas ante tamaña afrenta?, se preguntaban con cansada insistencia algunas archiduquesas. Para evitar tanto rechazo se dieron órdenes de que los féretros de Francisco Fernando y de Sofía fueran trasladados lejos de Viena, con la excusa, que finalmente se sacaron de la manga, de que el heredero había dejado por escrito, cosa no probada, que deseaba ser enterrado en la capilla de su castillo de Artstetten.

Ahora que ya nada puede evitarse, me pregunto si es que acaso no estaba escrito en algún lugar, en alguna de las páginas donde el azar escribe nuestro destino con letras de molde, que la vida de Francisco Fernando se tenía que acabar un 28 de junio; casualmente, o no tan casualmente, un fatídico día 28, de enero de 1889, Rodolfo se fue de Viena a Mayerling, donde habría de morir también de manera violenta. Con la muerte a tiros de los dos herederos empezaba la desintegración de mi familia y la del Imperio, que se desmorona, casi a pasos tan agigantados como mi propia vida, por mucho que en Viena traten de no enterarse y piensen que vamos a ganar la guerra.

La guerra ya la hemos perdido, Erwin. No solo porque desde mi punto de vista —tú ya lo conoces— cualquier guerra es una pérdida por mucho que los estamentos militares consideren que es un hecho político al servicio de los intereses nacionales y no les importe el horror que comporta el sacrificio de millones de vidas humanas, sino porque en el caso de Austria nada será como antes. Si ganamos, no seremos nosotros sino Alemania la que se considerará vencedora y nos hará pagar cara la alianza que mantenemos con ellos. Una alianza que más que para ayudarnos sirve para ir a favor de las ideas anexionistas del Káiser y del fervor bélico de sus generales, a los que los conflictos armados les permiten ganar medallas y títulos nobiliarios sin mucho esfuerzo. Por otro lado, el envío de tropas al frente y la movilización general decretada por el gobierno de Guillermo II, que su corte celebró con champán, han servido también de muro de contención de los obreros, cuya lucha por sus justas demandas sociales tanto preocupaba a los burgueses. Ahora los

proletarios, convertidos obligatoriamente en soldados, han sido enviados a los campos de batalla, de donde pocos volverán.

Desde hace tiempo Alemania desea la guerra. Nosotros le hemos proporcionado la posibilidad. El hoy fracasado Helmuth von Moltke, jefe del Estado Mayor, estaba ansioso de poder utilizar el armamento acumulado contra Rusia, y cuando el Zar envió tropas a los Balcanes, tres días después de que Austria atacara Serbia y bombardeara Belgrado, le pareció que había llegado el tan esperado momento. Me contaron que no cabía en sí de satisfacción. Eso sucedió apenas un mes después del atentado, también otro día 28, en julio del año pasado, y justificó que Alemania entrara en guerra para respetar su pacto con nosotros.

Nunca tendríamos que haber ocupado Bosnia ni haber intentado extender el Imperio hacia el oriente otomano. El Tratado de Berlín, que con tantas esperanzas se firmó, hubo a la postre de salirnos muy caro, y mucho más todavía las pretensiones serbias. Te parecerá extraño que hable de este modo, pero lo hago después de dar muchas vueltas a lo que te digo y especialmente a lo que ahora te diré.

Desde 1870 he sido agente secreto del Emperador, he obtenido y pasado información de cuanto se me ha solicitado, yendo en mi barco a determinados puertos que tenían que ver con enclaves importantes para el envío de datos útiles a Viena. He viajado por el Mediterráneo no solo porque mis estudios así lo requerían, lo ansiaba mi curiosidad o el deseo constante, obsesivo, desapoderado de surcar el mar e ir lejos, muy lejos, sino también por mi condición de espía.

Mis obras sobre tantos lugares del Mediterráneo me permitían a la vez, sin levantar sospechas de nadie, trazar planos minuciosos que, acompañados de las descripciones más exhaustivas, según cuando en escritura cifrada, enviaba durante los primeros tiempos directamente al Emperador y en los últimos, a partir del comienzo de siglo, a quien dirigía y dirige todavía hoy las cloacas de Hofburg.

Ya sé que puede causarte asombro, incluso una cierta incredulidad, la misma que les va a causar a mis herederos cuando este escrito llegue a sus manos, aunque también les descubrirá que todo aquello que atribuían a un capricho mío —como a veces la orden de llegar con la mayor celeridad posible, a pesar del mal tiempo y la fuerte marejada, a un determinado lugar— no era debido a mi voluntad sino a una imposición imperial, porque en el

último puerto donde habíamos tocado un telegrama cifrado me había marcado un rumbo de estricto cumplimiento, conminándome a zarpar de inmediato.

Todos los Habsburgo desde que llegamos al uso de razón, aunque el uso de razón no nos haya llegado a todos, hemos sido obligados a servir al Imperio, según nuestras capacidades. Por eso hemos sido instruidos como militares y en el desarrollo de funciones administrativas. Yo cumplí con ambas sin que ninguna de las dos ocupaciones me atrajera en absoluto, especialmente la militar, aunque fui nombrado coronel titular del regimiento número 58 de infantería con base en Budapest. Por eso, cuando en la corte se me propuso que sirviera a la corona imperial de otro modo, no pude negarme. La tarea se avenía mucho más con mi espíritu inquieto de observador científico, y más aún con mi interés por hacer preguntas y conocer la realidad de primera mano. Las encuestas de mis *Tabulae Ludovicianae*, inventadas por mí, con preguntas de diversa índole, no solo sirvieron de base material para mis libros, sino también para extraer las conclusiones geopolíticas y estratégicas que comunicaba a Viena con la mayor celeridad posible, mediante detallados informes. Así que a partir de mi segundo viaje a España, cumplí con esa misión que me llevó de nuevo a las Baleares, un enclave geopolítico de importancia estratégica en el Mediterráneo, donde también había unos curiosos escarabajos autóctonos que habrían de completar mi colección e incluso permitir que publicara un libro.

No he sido yo el primer viajero interesado en las islas Baleares que aprovechaba su estancia para informar a su gobierno, ni seré el último. Antes que yo, en 1801, llegó a Mallorca, enviado por Napoleón, André Grasset de Saint-Sauveur, que en su *Voyage dans les îles Baléares et Pithiuses*, dedicado a Talleyrand, describe los aspectos logísticos más destacados, con vistas a una posible invasión de las tropas francesas. Después de mi segundo viaje, el cónsul británico en las Baleares publicó *The Balearic Islands*, con descripciones minuciosas de todo aquello que podía ser de utilidad a la hora de facilitar los intereses expansionistas de su país, que, en el pasado, ya había dominado Menorca.

No sé si alguna vez mis informes secretos han servido para matar a alguien

o han causado de manera colateral la muerte de inocentes. Si ha sido así, quisiera pedir perdón, aunque sea inútil. Los muertos no perdonan y en cuanto a sus familiares, ¿puede perdonar una madre a la que se le ha arrebatado un hijo? Y sin embargo, estoy dispuesto a jurar que nada he deseado tanto como la paz, la sigo deseando ahora que ya es imposible. También la ha deseado el Emperador, pese a que pueda parecer contradictorio, por eso me pidió que le representara en el XIX Congreso Universal de la Paz, de cuyo comité de honor formé parte, y tengo a gala haber sido amigo de nuestra premio Nobel de la Paz Bertha Sophie von Suttner, que murió el año pasado, pocos días antes del atentado de Sarajevo. En el palacio que su familia tiene en Praga viví de joven días muy felices. El Emperador me dio a elegir entre las ciudades del Imperio para completar mi formación burocrática en tareas administrativas como miembro de la Casa Imperial, y escogí Praga. Hablé con Bertha a menudo y te aseguro que no tuvo que hacer muchos esfuerzos para convencerme de su interés por la paz, por la Paz Perpetua, sobre la que escribió Kant. Una idea, me decía, que muchas culturas han hecho suya, muchas más de las que imaginamos, y se refería a la India y a la China e incluso a lo que los cristianos llamaron la *Tregua Dei*. Y sin embargo, ¡qué lejos me parece ahora el triunfo de esa posibilidad!

Pobre Bertha, tuvo la suerte de abandonar este mundo antes de que estallase la guerra y pudiese comprobar hasta qué punto las potencias europeas habrían de reírse de sus utópicos ideales. En cambio yo, pese a comulgar con ellos y encarecerlos, por paradójico que parezca, con el fin de vengar el atentado contra el heredero del Imperio he estado de acuerdo en que declarásemos la guerra a Serbia. Así lo manifesté abiertamente, en público, el año pasado, con la convicción de que íbamos a ganarla en seguida. No podía oponerme sin ser declarado traidor por antipatriota. Además, por otro lado, yo mismo había tenido en mis manos informaciones cifradas que aseguraban que el jefe del Servicio de la Inteligencia Militar serbia, que ya había sido involucrado en el asesinato de los reyes serbios, era el que movía los hilos de la conspiración contra Francisco Fernando, no solo porque era un Habsburgo, por lo tanto un enemigo, sino porque sus ideas federalistas le hubieran llevado a crear un Estado eslavo autónomo, lo que hubiera apaciguado las aspiraciones de los nacionalistas serbios de anexionarse Bosnia y Herzegovina.

Yo habría preferido, como el mismo Emperador, que el gobierno serbio aceptara el ultimátum que se le presentó, en lugar de retirar al embajador y

abrir la puerta de par en par a las hostilidades que de inmediato aprovecharon los partidarios de la guerra, con Von Hötzendorf al frente.

Sin embargo, ahora, tras más de un año de guerra, renunciaría a la venganza, renunciaría a atacar Serbia. Cuando pienso en las consecuencias, que no fui capaz de sospechar en julio de 1914, me horrorizo. No solo por nuestras bajas, te lo confieso, también por las de todos nuestros contrincantes, cuyos ejércitos, como el nuestro, están formados por hombres inocentes, hombres enviados a morir solo porque los poderosos de cada Estado son absolutamente incapaces de buscar la paz de una manera que no implique el sacrificio de su gente, una gente de la que se sirven sin miramientos para emplearla como carne de cañón.

A ti, Erwin, que has navegado conmigo y has conocido a las personas de mi séquito y a la tripulación de la Nixe, mallorquines, italianos, croatas, checos, ingleses, árabes o austríacos, como tú mismo, no te parecerá extraño que te diga que más que toscano o austríaco me siento aquello que se denominaba antes de la guerra de una manera positiva un ciudadano del mundo. Por eso, para mí, la pertenencia de los hombres a una nación determinada no suponía ni un plus ni una carencia. Ahora, no obstante, hablar bien de los ingleses o de los franceses, y ya no te digo de los rusos, es considerado por muchos austríacos un síntoma de vergonzosa traición que yo, de ninguna forma, puedo aceptar. Creo que aquellos que tal cosa fomentan se equivocan. Me parece bochornosa su manera de inyectar patriotismo, tratando de reafirmar el amor a Austria con el odio al enemigo.

El káiser Guillermo II aseguraba, a comienzos de la guerra, que los franceses, afeminados, indolentes y cobardes, están hechos de una argamasa más impura y débil que los alemanes y por eso se negarían a luchar y aceptarían la imposición de la Alianza de entregar las armas para hacer valer su neutralidad. Naturalmente se equivocó. Francia no aceptó una propuesta tan humillante y entró en guerra. Pero sus cuantiosas pérdidas humanas, ya en agosto del año pasado pregonadas por todos los confines del Imperio como propaganda bélica, sirvieron para que el Káiser se afanzara en su teoría de la debilidad, blandenguería y afeminamiento franceses y brindara de nuevo por el triunfo prusiano.

Yo, por el contrario, sentí una pena enorme por las vidas echadas a perder y

pensé que tal vez entre los soldados muertos estaban los cuatro hijos de los guardeses de mi casa cercana a Niza. François, el padre, me había escrito no hacía demasiado, apenas empezada la guerra: «Alteza, no es nada contra vos, a quien tanto afecto tenemos todos en casa, pero mis cuatro hijos se han alistado en seguida para defender a Francia. Yo creo que sobre todo los ha ilusionado lucir el uniforme del ejército, los pantalones rojos y las casacas azules. Mi mujer y yo los hemos visto partir contentos, con otros jóvenes de las cercanías, cantando alegres *La Marsellesa*, mientras nosotros quedábamos tristes y, aunque suene raro, como si fuéramos huérfanos, absolutamente desamparados»...

No he vuelto a tener más noticias de François. Prefiero pensar que cualquier correspondencia procedente de los enemigos es interceptada que suponer que el dolor del padre por la muerte de Claude, Gaston, Antoine o François, o quizá de todos ellos en Virton o en cualquier otro campo de batalla, le ha impedido escribirme dos líneas siquiera. El dolor y tal vez el odio que también debe de sentir hacia mí, porque pertenezco al bando opuesto, al bando que con su artillería masacró a sus hijos, jóvenes, llenos de vida como tantos y tantos campesinos pobres, ilusionados por el uniforme y la posibilidad de que la lucha los convirtiera en héroes y les proporcionara un futuro mejor.

No fui capaz de imaginar ni sospechar siquiera hasta qué punto las alianzas europeas habrían de motivar que nuestra guerra con Serbia derivara en una confrontación espantosa cuyo final te confieso que prefiero no ver, porque será el hundimiento de Austria. Cuando me lo figuro me doy cuenta de que es mejor morir antes de que eso suceda. En mi mano estuvo evitar el magnicidio que nos llevará al desastre y no pude, no supe. No siempre la muerte es negativa, a veces como ahora puede resultar un alivio para el remordimiento y la culpa.

A menudo pienso que cuanto me sucede no es solo fruto de la edad sino un castigo por mis muchas culpas, las pasadas y las presentes, a las que acabo de aludir. El cuerpo pecador lleva en sí su penitencia. ¿Me sentiría igual de mal si me hubiera comportado de otro modo? Es probable que no. Si hubiera llevado una vida ascética como la de los ermitaños de la Trinitat, a los que como sabes protegí, estoy seguro de que moriría sin sufrimiento, amojamado, con la piel pegada a los huesos y feliz de dejar la tierra para subir al cielo. Así vi morir al ermitaño Tomeu. No voy a plantear en este escrito mis dudas sobre la trascendencia y el más allá. Carezco de la fe inquebrantable en la consoladora salvación que iluminaba el rostro de mi amigo el ermitaño, él sí

destinado a la gloria eterna. Me gustaría estar seguro de que existe otra vida después, por supuesto, aunque de ser así, en mi caso tal vez merezca más el infierno que el cielo.

No me adules con tu gesto y tu sonrisa, al cielo directo no iré, por descontado. Aunque a ratos me pregunto a qué llamamos cielo y cómo será si existe, algo que nunca antes me había interesado, ni siquiera cuando indagaba sobre las creencias religiosas de la gente. Ahora pienso que debí preguntarlo, debí añadir a las *Tabulae Ludovicianae* qué opinión tenían del cielo, porque el cielo está hecho a la medida de nuestros deseos confesables o no, un cielo en consonancia con los de cada uno...

El profeta acertó en el Corán con las huríes danzantes porque se dirigía a los hombres del desierto necesitados de mujeres. En nuestros textos sagrados apenas hay referencias celestiales. En el Antiguo Testamento se alude al cielo como nombre de Dios y hasta allí subieron Enoc y Elías. En el Nuevo Testamento, Jesús asegura que los buenos tendrán la recompensa del cielo, pero el cielo supone un estado y no un lugar, y los humanos necesitamos la precisión de un lugar que podamos tocar con los pies, aunque estos sean los pies del alma, que carece de ellos...

He hablado con pocas personas acerca del cielo, quizá solo con dos y las dos, mujeres: mi madre y Catalina. A mi madre le bastaba saber que estaría junto a Dios y le parecía consolador tener la certeza de que sus padres la esperaban allí, acogidos por la divinidad, quizá durmiendo beatíficamente. Allí se encontraría con su marido y con los hijos que murieron siendo niños, María Teresa, María Cristina, María Ana, Raniero Salvador..., y se le iluminaba la cara cuando aseguraba que los hallaría en la misma edad en que murieron. Tal vez pensaba que en el cielo los vería crecer como nos había visto crecer a nosotros. En cambio, cuando alguien le insinuaba que Juan Nepomuceno Salvador —para ella nunca fue Juan Orth— también estaba en el cielo lo negaba rotundamente porque jamás aceptó su muerte. Por más que no tuviera noticias suyas durante ocho años, negaba que hubiera desaparecido para siempre, de ahí que testara también a su favor.

Para Catalina, el cielo estaba lleno de malvasía y de turrónes. Me lo describió un día en que se sentía especialmente feliz. Nuestros vinos, los vinos de s'Estaca, acababan de ser premiados en la Exposición Universal de Barcelona, a donde fuimos juntos. ¡Era tanta su emoción! ¡Malvasía deliciosa!, puntualizó, que sabría, claro está, a gloria divina y por muchas copas que

apuraras jamás llegarías a emborracharte, y turronec almendrados que tampoco empacharían... Un cielo de golosinas, un cielo repleto de viandas exquisitas y frutos ubérrimos como el que imaginaron y pintaron los indígenas de Santa María de Tonantzintla, en Cholula, cerca de la mexicana Puebla, cuando los jesuitas les dejaron la bóveda del templo para que pudieran mostrar cómo veían el paraíso, según le escribió a mi madre en su última carta mi primo, el desgraciado emperador Maximiliano, poco antes de ser fusilado en Querétaro.

¡Delicioso cielo de los hambrientos! Así también lo describían algunos curas de pueblo ante los campesinos pobres, de frugal y rudimentaria alimentación, en muchos lugares del Mediterráneo, y quizás atinasen. Un cielo hecho a la medida de los deseos y las carencias de las gentes. Ese cielo podía conquistar más adeptos para una buena causa que el cielo musical de los ángeles cantores de los retablos sacros.

No, al cielo no iré, Erwin, no lo merezco. Tampoco al infierno, donde se pena para siempre en compañía de los grandes malvados, y yo no lo he sido o por lo menos creo que no tanto como ellos, aunque tal vez sí, tal vez de intención y de pensamiento sí y eso es lo que solo Dios conoce y juzga. También de eso quiero hablarte, Erwin, para descargo de mi conciencia.

Quizá mi destino sea el purgatorio, un largo purgatorio. Mi madre nos hacía rezar por las almas que aún penaban sus culpas allí antes de subir a la gloria. Deberé purgar por mucho tiempo los pecados cometidos, pero te confieso, Erwin, que de la mayoría nunca me arrepentí: los practiqué con gusto, con voluptuosidad y regodeo. Incluso me pareció que muchos de ellos confirmaban una victoria. La victoria de los impulsos, la derrota de las convenciones, y constituían una extraordinaria conquista de libertad.

Veó que escribes sin descanso y sin apenas levantar la cabeza, espero que cuando termines no tengan que vendarte la mano dolorida. Aprecio mucho tus conocimientos de taquigrafía, Erwin, imprescindibles ahora para mí, porque me permiten seguir devanando al hilo de mi pensamiento todo cuanto hubiera querido contar yo por mí mismo. Aunque bien mirado por mí mismo lo hago, pues tú escribes lo que te dicto, sin variar —espero— ni una palabra de cuanto te confío.

Pero antes de seguir, te ruego que avives el fuego de la chimenea. Me gusta

mirar las llamas y además ya hace frío y yo detesto el frío, tal vez porque en la infancia pasé mucho. Te parecerá raro, impropio, a lo mejor creerás que exagero o que recuerdo lo que no es. La memoria, lo sé bien, por buena que sea y la mía lo sigue siendo, puede convertirse en arbitraria, tornadiza por imposiciones de la voluntad que la rige. A menudo incluso de manera imperceptible, sin que nos demos cuenta y siempre a nuestro favor. Los recuerdos se falsean, cierto, pero los de las sensaciones suelen permanecer con mucha mayor nitidez, en especial aquellas sensaciones primigenias y en mayor medida las que provienen de la niñez.

Alguna vez me levanté tiritando. Las sábanas, que al acostarnos estaban tibias después de que la servidumbre las hubiera calentado, pasándoles las grandes planchas llenas de brasas, se habían quedado heladas, porque solía destaparme sin querer. Además, mi cuerpo enclenque, flaco, no debía irradiar suficiente calor. Fui desde pequeño un niño débil, pero en el fondo fuerte, porque sobreviví a todas las enfermedades que me aquejaron —difteria, paperas, viruelas y sarampiones—, aunque tal vez las secuelas que me dejaron llegaron a ser tan importantes como para cambiarme la vida. Un niño débil y poco agraciado sobre todo en comparación con los fuertes y guapos hermanos mayores, con los que siempre solían medirnos tanto a mí como a Juan Nepomuceno Salvador, los pequeños, los últimos intempestivos frutos del matrimonio de mi padre con su segunda esposa, mucho más joven.

Quizás habrás oído contar —como tantas otras habladurías sobre mi vida, ha hecho fortuna— que entre los insultos que la multitud nos dedicó el día que salimos de Florencia, donde yo había nacido doce años antes, el 4 de agosto de 1847, camino del exilio, tras abandonar el *palazzo* Pitti, para no regresar jamás, había uno especialmente dirigido a mí: «Mirad al príncipe Luis, feo como un mono... ¡Un mono! Adiós, mono, mal rayo te parta y os parta a todos los Habsburgo»...

A pesar de que mi padre había dado órdenes a los cocheros de que los caballos salieran a galope y de que las ventanas de los coches estaban cerradas, los gritos de la multitud, furiosa contra nosotros —ansiosa de que otros gobernantes, quizás incluso peores que nosotros, mucho menos benévolo pero no austríacos, nos sustituyeran—, nos acompañaron hasta que dejamos la ciudad.

Yo viajaba en uno de los coches que cerraban la comitiva junto a mis hermanos Luisa y Juan Nepomuceno Salvador, nuestros preceptores y la

institutriz de Luisa, que lloraba y rezaba en voz queda. Cuando empezaron a llovernos piedras trató de protegerla con su cuerpo, igual que hicieron Sforza y Prezi con nosotros. Las piedras, pese a la posibilidad de que nos descalabrarán, no me asustaron tanto como los insultos. La alusión a los monos me ofendió. No me gustaba que me consideraran feo. Me habían educado para que las opiniones del pueblo, de la plebe, me tuvieran sin cuidado, como tenían desde siglos atrás a mi familia, y sin embargo me afectaron. Tal vez porque de manera inconsciente me acababa de dar cuenta de que los tiempos habían cambiado. Estaban equivocados quienes, como mi familia, creían pertenecer a una estirpe superior, pues no en vano consideraban, según creencia entronizada desde hace siglos, que el poder de nuestra casa, por imperial y real, emana del cielo y, en consecuencia, nosotros somos —mejor escribe éramos— los representantes en la tierra del omnímodo poder de Dios. Intuí que ya no éramos los amos absolutos del mundo, habíamos dejado de tener súbditos y podíamos ser insultados y humillados como cualquier hijo de vecino.

El «parece un mono» aún supuso más que ofenderme y afligirme, puesto que me desconcertó y me hizo pensar que en Florencia todos conocían mis secretos más íntimos. Había monos en los jardines de Boboli, que eran los de nuestro palacio, adonde, en cuanto podía, aprovechando cualquier descuido de mi aya —especialmente sus cabezaditas, pues siempre andaba con sueño atrasado—, me escapaba a jugar. Me subía a los árboles y trataba de colgarme de las ramas como había visto hacer a los monos, sin conseguir, por supuesto, emular sus habilidades que tanto me llamaban la atención, igual que me la llamaba verlos copular.

Quizá mi despertar sexual se relaciona con ellos porque ante aquella visión sentí las primeras turbaciones provocadas por ese instinto todopoderoso que con tanto afán la religión y la sociedad tratan de condenar. Y así lo hizo Laura de Brandy —dama de compañía de mi madre—, que al nacer yo se convirtió en mi aya, alarmada, reprendiéndome por las consecuencias de lo que con tanta dedicación e interés había contemplado.

Desde entonces he sentido simpatía por los monos e incluso cierta envidia: se parecen a nosotros pero no han adquirido todavía nuestra consciencia —eso parece solo ventaja o desventaja de los humanos— y desconocen que están condenados a vivir sin saber que existir implica poder elegir entre el bien y el mal, el egoísmo y el altruismo. No obstante —ya conoces mi gran admiración

por Darwin—, me parecen dignos antecesores de nuestra especie. No dudo de que hombre y mono descendemos de un tronco común. Quizá por eso no me importó que Hasán, el mono que embarcó en la Nixe en el puerto de la Goleta, regalo de un amigo tunecino, campara por el barco mucho más a sus anchas que otros animales que también llevamos a bordo.

Ya sabes, Erwin, la Nixe, aunque pudiera navegar a vapor, era una hermosa goleta y así en femenino la llamábamos, aunque la Nixe, según malas lenguas, más que un barco pareciese el arca de Noé.

Feo como un mono, lúbrico como un mono... ¿Más leyenda? A mí también me ha llegado lo que cuentan de mis apetencias sexuales los campesinos de mis tierras, los de aquí, pero en especial los de Mallorca, donde la fama de mi vida disoluta se antepone a la de mi trabajosa vida de estudioso, de naturalista, botánico, zoólogo, antropólogo y geógrafo.

Te aseguro, Erwin, que siempre he preferido seducir a obligar, aunque en mi caso la seducción pudiera haber sido igualmente forzada. Para muchos, mi persona podía llegar a ser celebrada no como la de un antiguo señor de horca y cuchillo al que rendir vasallaje, con derecho de pernada, por supuesto, sino como alguien que podría librarlos de una existencia paupérrima, de una alimentación casi siempre precaria e incluso de la tiranía de unos padres que descargaban en sus hijos, más aún si eran hijas, un cúmulo de imposiciones cercanas a las de la esclavitud. ¿Cómo negarse entonces al mínimo requiebro? Una insinuación mía era suficiente, a veces incluso por persona interpuesta. A menudo ni siquiera tenía que ser yo el que directamente indagara la posibilidad de que alguna de las jovencitas campesinas que trabajaban en mis tierras no volviera a su casa aquella noche. He dicho indagara la posibilidad porque jamás de antemano impuse nada ni dejé que quien me representaba lo impusiese de palabra, aunque, como te acabo de confesar, nunca fui tan tonto para no saber que si yo no hubiera sido quien soy, lo probable es que todas las que se quedaron después de mandar recado a su familia para avisar de que un inaplazable trabajo añadido requería su pernoctación forzosa en alguna de mis casas lo hubieran hecho. ¿Desperté el deseo en alguna? ¿Alguna me amó? Al principio poco me importaba. No me importaban nada sus pulsiones ni sus sentimientos, solo su ductilidad, la aceptación de nuestras imposiciones, más y a veces de otros invitados, a participar de los juegos a los que las

hubiéramos destinado, sus capacidades eróticas y, más aún, su excitante virginidad. Pero debo confesarte que de madrugada, cuando daba ya por excluido cualquier capricho porque me sentía exhausto, porque me sentía terriblemente fracasado, quizá lo hubiera dado todo por que alguna de aquellas criaturas sintiera por mí, poderoso pero desgraciado, una brizna siquiera de algo parecido al amor, parecido al deseo que lo hace posible... Conseguí que mintieran. Conseguí que fingieran pero siempre lo supe. Siempre supe que mentían por necesidad o tal vez, en algún instante, incluso por piedad, como Antonietta, y no sabes cuánto puede llegar a humillar esa piedad femenina cuando uno se siente indigno de ser amado pese a ser poderoso y pese a amar...

Te agradezco que no levantes ni un segundo la cabeza, te agradezco que trates solo de transcribir cuanto te digo sin apartar la vista del papel. Tú, Erwin, eres solo —no hace falta que te lo recuerde— la mano que mueve mi pluma, aunque entiendo hasta qué punto esa excesiva intimidad puede incomodarte y me hago cargo de lo penoso que puede resultar para ti, en estos momentos, mi abuso de confianza. La familiaridad impuesta, y yo te la impongo, tiene mucho de obscena pero me resulta absolutamente necesaria, puesto que todos esos detalles que te voy dando, por muy vergonzosos que sean, me parecen imprescindibles para entender cuanto trataré de contarte. Amé y me amaron, me gustaría que pudieras escribir, sin embargo no fue así. Amé, pero no fui correspondido o lo fui cuando ya había dejado de importarme. Quizá solo una mujer, entre todas cuantas pasaron por mis brazos, me quiso.

Quizá, Catalina me quiso, aunque a destiempo, cuando ya era demasiado tarde. Me vengué no acudiendo a su lado cuando me reclamaba y me juraba amor. Me negué a volver a verla. Contesté a sus cartas con despego, tratándola solo como a una hábil administradora de una de mis fincas predilectas, la que yo diseñé trazando los planos a la manera de las de Lípari, blanca, con adornos de crestería, a dos pasos del mar, junto a Na Foradada, en el lugar más paradisíaco de la tierra. Sin embargo, pese a mi distanciamiento, durante los años pasados sin volver a verla, a menudo me sentí unido a ella por una extraña ligazón, aunque nunca se lo confesara. De ninguna manera quería mostrarle que, a pesar de todo, a pesar de haberla compartido con otras mujeres, la añoraba, y por eso, por el vínculo especial que me unía a ella, presentí su muerte.

Yo estaba en Ramleh. Aunque era primavera, el viento soplaba con inclemencia, casi huracanado, los troncos de las palmeras se doblaban amenazantes y las olas de la fuerte marejada golpeaban con un ritmo monótono y triste contra los farallones de la playa cercana. De repente me encontré en su habitación de s'Estaca. La vi amortajada, cubierta la cabeza con la mantilla negra, la cruz sobre el pecho, las facciones rígidas. Después de aquella primera vez, la he vuelto a ver otras veces. Del mismo modo que la Emperatriz me contó que veía al rey Luis II y hablaba con él, Catalina comparecía ante mí, precedida por el rumor de las olas y la melodía melancólica de su canción. Me sonreía dulcemente y se sentaba a mi lado en silencio. Antes de irse hacía la señal de la cruz sobre mi frente y me decía que me esperaba en el reino de los muertos, desde donde había llegado para hacerme un rato de compañía. Yo le pedía que me perdonara por el castigo que le había infligido y ella me aseguraba que sí, que ya antes de morir me había perdonado.

La castigué, castigué a Catalina porque sentí que me había traicionado. Traicionó mi confianza, traicionó mi dedicación, la educación que le di, el trato con que la distinguí convirtiéndola en una dama. Me la llevé a Viena. Se la presenté a mi familia, a quienes más me importaban, a mi madre, en primer lugar. También a la Emperatriz cuando nos visitó en Miramar, y las dos congeniaron. No hablaban la misma lengua pero sí el mismo idioma. Las dos eran buenas e inadaptadas, en las dos anidaba un deseo de belleza y perfección. Lo escribí en el libro que le dediqué a Catalina. Escribí que al contemplarlas juntas, frente a la costa, en la hora mágica del atardecer que tanto me gusta, en el momento en que el sol se hunde en el mar y el horizonte se tiñe de colores imposibles, me pareció que sobre sus cabezas se extendía un halo brillante, como en una transfiguración. Sabía que en la corte de Viena no iba a gustar tal comparación, que les iba a parecer un atrevimiento indigno de un miembro de la familia imperial que tantas veces, y de manera tan probada, había pregonado su lealtad y su afecto enorme a la Emperatriz, y por eso equipararla a una vulgar campesina que, como cualquier otra de mis tierras, se suponía que era mi amante, fue considerado una vileza que hubiera disgustado a mi prima Isabel. Pero yo sé que no, que por el contrario le hubiera gustado.

Ella escogía a las personas no por la pertenencia a una determinada clase o estirpe, sino por los méritos propios, por su valía personal, y Catalina le pareció generosa y humilde. Se dio cuenta de hasta qué punto también la belleza de la naturaleza y especialmente la del mar la emocionaban y me dijo que le parecía que en otra vida habían coincidido cielo allá, volando, cuando las dos eran gaviotas.

En Viena no entendieron o prefirieron no entender que las cualidades y virtudes, también los defectos, nos igualan. Del mismo modo que, del Emperador abajo, nuestros cuerpos constan de idénticas vísceras, hígado, corazón o pulmones destinados también por igual a la muerte, y ellas, además, Isabel y Catalina, ya habían muerto. Antes la Emperatriz que la *madona de s'Estaca*, aquella muchacha, casi una niña cuya voz me enterneció antes de verla.

Estaba yo sentado en una roca, tomando notas en mi cuaderno de campo, cuando de repente me llegó una voz dulce e infantil que cantaba. La canción hablaba del mar en la lengua de la isla: «*Oh mar blava que ets de trista, / en mirar-te ploraré, / tu que has tret de sa meva vista, / aquell que era tot es meu bé*». Tal vez por eso, porque se refería al mar, me gustó todavía más.

Dejé de escribir y me concentré en escuchar, tratando de ver a quién pertenecía la voz que parecía surgir directamente del agua, como si fuera la de una sirena, y como la de las sirenas me cautivó de inmediato... La sirena, mi sirena de aquella tarde, estaba, en efecto, junto a las olas que rompían en las rocas, recogiendo la sal que aquellas habían dejado allí, mientras contaba a esa mar, triste y azulísima, sus melancolías infantiles. Me acerqué a ella, procurando no asustarla:

—¿Sabes quién soy? —le pregunté.

—No, no, señor —me contestó mientras trataba de alejarse saltando entre las rocas con enorme agilidad, y añadió una disculpa—: No estoy haciendo nada malo...

—Claro que no —puntalicé yo para que mis palabras le sonaran lo más amigables posible.

—Mi madre me ha mandado a recoger sal...

—¿Cómo te llamas?

—Catalina, Catalina Homar, para servir a Dios y a usted, señor...

—Me gusta mucho la canción que cantas. Me gustaría escucharla otra vez.

La cantó de nuevo mientras se alejaba triscando como las cabras peñas

arriba hasta alcanzar el camino que utilizaban los pescadores de Valldemossa para bajar hasta el mar. Yo la seguí con la vista, absorto en su figura graciosa, la cabeza cubierta con un sombrero que dejaba entrever unos rizos abundantes y negros y del que sobresalía, por la parte de atrás, una gruesa trenza que se bamboleaba igual que la falda larga y listada con que suelen vestir las campesinas de Mallorca.

Al sentirse a salvo —mucho tiempo después habría de confesarme que la asusté muchísimo; pensó que yo podía ser el hombre del saco que se lleva a los niños o el gigante que se los come, porque mi metro ochenta y cinco de estatura sobrepasaba con creces la de los lugareños—, me dijo adiós con la mano mientras me hacía una reverencia. Porque justo en aquel instante cayó en la cuenta de que yo era yo. Yo, el poderoso llegado de lejos, el príncipe excéntrico, cuyas maneras e indumentaria en nada se parecían a lo que ellos esperaban de una alteza imperial, a la que en su imaginación habían revestido de mantos de púrpura y armiño, rodeado de boato y fanfarria. Mi empeño en comprar tierras en aquel lugar de secano, poco productivo, porque su belleza me había robado el corazón y necesitaba sentirla mía, se les antojaba una insensatez, o peor aún, un síntoma de locura.

Recuerdo con qué mirada de perplejidad contemplaron los payeses mi propuesta de compra de la ruinosa casa de Miramar, preguntándose qué interés podría tener en la contemplación de una costa escarpada, abrupta, de un paisaje desasosegado de olivos furiosamente retorcidos, de formas monstruosas y pinos casi malabaristas cuyas raíces se hundían en el roquedal de un precipicio. Ellos, por el contrario, valoraban los suaves campos del llano sembrados de trigo; la copiosa nevada de los almendros floridos, alineados y productivos; las dulces curvas de los valles, como el ya por entonces renombrado de Sóller, belleza oficial de la isla. De Sóller me habían hablado algunos amigos mallorquines ya en mi primer viaje a las Baleares. Además, todos cuantos habían escrito sobre Mallorca lo habían considerado un lugar comparable al mítico Jardín de las Hespérides. A mí, en cambio, no me interesó demasiado. Quizá porque la armonía monótona de valles y llanos se aviene mal con mi espíritu inquieto, digamos que también atormentado, he deseado siempre la proximidad del mar, impredecible, cambiante, voluble, caprichoso, al que creo que, en efecto, me parezco, como solía decirme Wladislaw al principio de nuestra amistad, cuando casi siempre acertaba en sus apreciaciones sobre mi persona.

Esa atracción irresistible por un determinado sitio, que conlleva en mi caso la necesidad de poseerlo, me ha pasado, como sabes, también con otros lugares, siempre de la costa, en Trieste o en Alejandría. Tal vez porque mis ojos necesitan posarse en un horizonte de cambiantes azules para saber que están abiertos, que ven, que no han perdido las ansias de mirar, pero nunca la he sentido con la misma intensidad que en Mallorca.

Los lugares no te abandonan, Erwin, los lugares siguen allí, esperándonos con el reclamo de su atractivo; las personas sí, Vyborny, Catalina...

¡Catalina! Cuando la perdí de vista, en la última curva del camino, me apresuré a anotar su canción en mi cuaderno... «*Oh mar blava que ets de trista, / en mirar-te ploraré, / tu que has tret de sa meva vista, / aquell que era tot es meu bé.*» Y en la primera página de mi voluntad apunté también que deseaba volver a verla cuanto antes. Al llegar a casa pregunté a los criados si la conocían, si sabían quién era. Todos lo sabían, conocían de sobra a su familia. Su padre, Pere Miquel, era el carpintero de Son Moragues, la finca que yo deseaba comprar. Su madre trabajaba como lavandera en el pueblo de Valldemossa. Tenían un montón de hijos a los que sacar adelante. Catalina era la tercera, la más vivaracha y graciosa. Solía ser la encargada de llevarle a su padre la comida al predio que tanto me gustaba. Me contaron que esperaba cantando a que terminara de comer para recoger la escudilla y los mendrugos —si acaso dejaba alguno— que servirían para que cundiera un poco más la sopa de ajo familiar de la noche. Me dijeron que solía sentarse siempre en el mismo pretil de la *clastra*, y que no paraba de entonar canciones en voz baja.

Como me había ocurrido a mí, al dueño de Son Moragues le llamó la atención su voz y quiso conocerla. A veces en verano él se sentaba a su lado y ella, que nunca había salido de su pueblo, le pedía que le contase qué ocurría en otros lugares. Algo que don Antonio Moragues, gran viajero, hacía con sumo gusto.

Ordené que al día siguiente fueran a buscarla y me la trajeran. No necesité pedirle que volviera a cantar porque la oí cruzar el jardín entonando la canción de la víspera. No sé si antes de llegar a Miramar ensayó por el camino la reverencia con que me saludó. Con una enorme gracia se cogió la punta de la falda, la levantó un poco e inició una genuflexión. Entonces me di cuenta de que sus alpargatas estaban agujereadas y de que debía de tener los pies helados, pues había llegado desde su casa, en Valldemossa, andando bajo una persistente lluvia.

Lo primero que le regalé fueron unos zapatos. Antes de ponérselos los besó embelesada, luego me besó la mano. Mandé que le enseñaran a leer y a escribir, que le pusieran un profesor de canto, que aprendiera a manejar los cubiertos, aunque a mí me gustaba verla comer con los dedos, ver cómo se los chupaba. Recuerdo todavía la minuciosidad con que se los limpió con la lengua, igual que una gatita, la primera vez que devoró, a dentelladas rápidas y precisas, en cuestión de segundos, un muslo de pollo. Como tantos otros lugareños apenas había probado la carne, tan solo dos o tres veces al año, en Navidad, en Pascua o cuando algún pariente o vecino que tenía una mejor posición invitaba a la matanza del cerdo.

Educarla fue fácil, tenía una gran inteligencia natural, una bondad extraordinaria y era enormemente receptiva. Iba a resultar sencillo convertirla en una dama. Tutelé, pues, su crecimiento a veces de cerca, otras de lejos, cuando desde Viena me mandaban a alguna misión o los reclamos del mar eran demasiado persistentes y yo necesitaba huir de la tierra para navegar. Pero en cuanto regresaba, lo hacía con la ilusión de verla y calibrar sus progresos mientras la esperaba. Esperaba sus quince años, esperaba el susurro de su canción en mi oído, una noche de luna, a solas.

—Mandaré recado a mi madre para que no sufra si Su Alteza quiere que me quede a dormir...

Fue ella la que escogió el momento, con la gran luna de agosto rielando en el mar, ella la que se me ofreció aquella primera noche, y yo pensé que me amaba... A partir de entonces la convertí en la virreina de s'Estaca, me pareció que era el mejor lugar que podía ofrecerle puesto que había mandado levantar la casa a escasos metros de donde la vi por primera vez, y le di plenos poderes para que la gobernara a su antojo. Lo hizo con una capacidad extraordinaria, un gran sentido de la justicia y cumpliendo y haciendo cumplir a todos con sus obligaciones. Las viñas que plantamos dieron unas cosechas espléndidas durante aquellos días luminosos. Trajimos cepas de Banyalbufar y la malvasía se adaptó a la perfección a los bancales que yo había hecho construir para preservar la tierra con paredes secas.

Me encantaba verla desenvolverse entre sus paisanos, me encantaba su mano izquierda, su capacidad para mediar en las desavenencias, su sentido del trabajo y su absoluta disponibilidad... Nunca perdió la costumbre de llamarme alteza ni de saludarme con la reverencia de la genuflexión, la cortesía francesa que le enseñó una de las hijas del dueño de Son Moragues, al

tiempo que me besaba la mano.

Pensé que me amaba, Erwin, que sentía por mí mucho más que agradecimiento y cariño de hija, puesto que hubiera podido serlo, yo le llevaba veintidós años. Estaba seguro de que si se plegaba con sumisión a mis apetencias no era por no disgustarme o no solo por eso, sino porque me quería, e incluso que me habría querido igual si yo no hubiera sido quien fui. Ya no me atrevo a decir quien soy...

Fervorosa creyente, con la fe del carbonero, sin fisuras ni vacilaciones, la fe de los elegidos por los dioses pues solo la otorgan a los más inocentes, dirigía todas las tardes el rosario, que me enseñó a rezar en su lengua, que en sus labios tenía una musicalidad maravillosa que en otros se perdía. Ella fue la primera con quien comencé a hablar en mallorquín y quizá por eso la lengua de los habitantes de la isla tiene para mí todavía hoy cadencias de ternura.

Un día, después del rosario, me pidió que les contara a los reunidos en torno al fuego de la cocina de s'Estaca cómo era Tierra Santa, y aquella misma noche le prometí que la llevaría conmigo hasta allí. Y así lo hice después de un largo viaje por Europa, tras recalar en Viena, donde mandé que la retratara el mejor fotógrafo de la ciudad con su elegante vestido isleño, una tarde, antes de llevarla a la ópera. No hace falta que mencione el revuelo que se organizó en la corte a propósito de mi pequeño séquito estrafalario en el que ella sobresalía, con su aire oriental, sus grandes ojos oscuros siempre muy abiertos y el rebocillo, la fina tela acabada en punta con que cubría su cabeza, un tocado muy diferente a los sombreros que lucían por entonces las señoras de Viena. No obstante, temía que el Emperador me reconviniere por el atrevimiento de que mi presunta amante campesina apareciera conmigo en público, pero no fue así. En la audiencia que me concedió ni siquiera mencionó nada que tuviera que ver con Catalina, cuya presencia a mi lado tan mal parecía a otros miembros de la Casa Imperial. Pienso que si no lo hizo fue porque de ese modo mis excentricidades, a las que contribuía el abigarrado séquito que solía acompañarme en mis viajes y que tú has conocido en gran parte, gentes en su mayoría humildes, mallorquines, venecianos, croatas, egipcios —una especie de circo ambulante del que yo aparentaba ser el dueño y director, que ha dado pie a tantísimas anécdotas—, enmascaraban muy bien la circunstancia de que yo fuera un espía del Emperador que se movía de aquí para allá por el Mediterráneo o por donde más necesario pareciese. Un espía desconocido por los espías de Viena, que en aquel tiempo comenzaron a

proliferar de manera desmesurada.

De Viena fuimos a Trieste y desde allí embarcamos hacia Tierra Santa. Veía feliz a Catalina porque había cumplido uno de sus deseos más íntimos: recorrer los lugares sagrados de nuestra religión y que yo se los mostrara. Yo también era feliz, aunque solo a ratos, porque la felicidad, Erwin, no es un estado sino una sensación y como tal, efímera, producto de un instante de plenitud, de serenidad. Pero a la vuelta, a la vuelta de Jerusalén, rumbo a Venecia, en la Nixe, fue cuando me di cuenta de mi error: comprobé que la felicidad de Catalina nada tenía que ver conmigo, y sin embargo nunca me había parecido tan bella, con tanto poder de seducción. Había un fuego nuevo en sus ojos, un fuego que yo desconocía porque no eran mis ojos en los suyos los que lo producían ni mi persona la que provocaba su interés en acicalarse como nunca hasta entonces lo había hecho, en ponerse las joyas que yo le había regalado y que casi nunca solía usar —para no perderlas o evitar que se las robaran porque si las perdía o si se las robaban se moriría de pena, me decía—, en cambio durante aquellos días las lucía a todas horas. Pronto comprendí que no era a mí a quien intentaba atraer sino a otro hombre, alguien cercano, que convivía con nosotros en el barco y pertenecía a mi servicio. En seguida me di cuenta de que se trataba de Juan Singala, el capitán de la Nixe.

Cuando justo antes de llegar a Venecia se lo pregunté, le pregunté si era verdad lo que me parecía, se echó a llorar a mis pies y abrazándose a mis rodillas me confesó lo que jamás hubiera deseado oír y que tenía que escuchar de nuevo, por segunda vez en mi vida: finalmente había conocido el amor en toda su plenitud y contra ese sentimiento nada podía hacer, había intentado resistirse, había intentado luchar para rechazarlo, pero no lo había conseguido.

Furioso le crucé la cara, mis manos se posaron por un segundo en su cuello y vi su mirada de terror. Por fortuna reaccioné a tiempo de aflojarlas. En toda la noche no permití que saliera de mi camarote. Su llanto me enervaba y le ordené que se callara. A punto estuve de amordazarla porque sus súplicas, pidiéndome que la dejara irse, aumentaban mi rencor y me exacerbaban. Me sentí traicionado y la consideré culpable. Ahora, Erwin, a estas alturas, creo que la juzgué con demasiado rigor, puesto que no tenía derecho a calificarla así. Al día siguiente, desde Venecia, sin consentir que se despidiera que hablara con nadie, sin permitirle despedirse de nadie y menos aún de Singala, en un barco que tras diversas escalas llegaba a Barcelona, la mandé de vuelta a Mallorca.

Pasé unos días atroces, abandoné la Nixe porque no quería que nadie me viera en tal estado de furor y me instalé en una fonda, como si fuera un marinero cualquiera de los que llegan continuamente a Venecia, y llamé a un amigo. Le conocía de tiempo atrás y a él solía acudir, a él y a sus camaradas, cuando tocaban fondo mis angustias y me parecía que el amparo canalla de la sordidez podía servirme de estímulo y me permitiría aceptar la vida con una nueva y furiosa exaltación.

¡Venecia! ¡Cuánto he amado esa ciudad hecha de agua, a menudo pútrida, pese a las horas bajas que pasé allí, a la tristeza atenazante de aquellos días miserables!... Venecia fue uno de mis lugares predilectos, escribí sobre ella mi primer libro en francés, y allí pasé con mi hermano Juan Nepomuceno Salvador dos años, porque mi madre consideró que el frío de Brandýs sería excesivo para nosotros dos, acostumbrados tan solo al frío de Florencia. A Venecia llevé a Wladislaw, al principio de nuestra amistad. Deseaba compartir con él aquella ciudad que, como pocas en el mundo, sentía como mía. Me apetecía enseñarle, a él con mayor motivo que a nadie, a él por encima de cualquier otro, los rincones más bellos o los que más me atraían para que fueran igualmente suyos, nuestros.

De Venecia era también Luisa Venezze, la pobre Luisa, que moriría lejos de su tierra, en Mallorca, a consecuencia del parto de otro Luis, el cuarto de sus hijos. La vi por primera vez en la iglesia de Santa Maria Assunta una mañana de primavera. Yo había ido con Antonio, mi secretario, a visitar ese magnífico nocturno de Tiziano que es el *Martirio de san Lorenzo*. Ella llevaba el devocionario en una mano mientras que con la otra se sujetaba la mantilla que cubría su cabeza. Nos cruzamos en la nave principal, andaba con pasos de jilguero hacia la capilla de su devoción y al pasar junto a mí, por uno de esos azares que desde siempre han marcado mi existencia, se tambaleó ligeramente. Al parecer, lo supe después, se acababa de torcer un tobillo. Traté de ayudarla, pero me rechazó. Rechazó mi contacto, pero me miró con timidez mientras susurraba *grazie tante, signore*.

Durante toda mi vida he retenido la imagen de aquella primera vez. Era muy bella, parecía muy dulce y tenía unos ojos enormes y un talle que cabía entre mis dos manos enlazadas. Antonio y yo la contemplamos largo rato mientras rezaba con gran devoción.

Podría decirte que era un Viernes Santo, pero no, no lo era, aunque me acordaba del Viernes Santo de 1327 en que Petrarca ve por primera vez a

Laura en Aviñón, también en una iglesia, y entra en el laberinto. Porque algo de eso me ocurrió a mí. Pensé que su pureza, la ingenuidad sencilla que emanaba de su persona, podrían salvarme. Me sentí absolutamente necesitado de su candor y tuve la certeza de que si me había tropezado con ella era porque alguien me la enviaba como el ángel que, tras consolarme, me habría de guiar hacia el paraíso.

Cuando salió de la iglesia la seguimos. Ella lo notó pero no volvió ni un segundo la cabeza y me pareció que reprendió a la vieja que la acompañaba cuando esta sí lo hizo sin disimulo alguno. Tal vez porque trataba de que no supiéramos dónde vivía cruzó varios puentes en direcciones opuestas, anduvo y desanduvo por una maraña de callejas largo rato sin entrar en portal alguno. Intentaba correr y hacía correr a la vieja para sacarnos ventaja y darnos esquinazo en cuanto le fuera posible.

Para que no sufriera, puesto que me acordaba de su tropezón, desaceleramos el paso aunque sin perderla de vista. Finalmente, supongo que cansada y dolorida, pero dándose cuenta de que nosotros persistíamos en no abandonar la presa que tratábamos de cobrar, tras un recorrido a todas luces absurdo, volvió de nuevo a la iglesia de la que había salido y se acercó al grupo de bultos negros que hacían cola junto a un confesonario para esperar turno. Le dije a Antonio que nos fuéramos. Por mucho que tratara de ocultar su identidad, no resultaría difícil conocerla. Las beatas suelen ser de lengua suelta y de costumbres fijas, y más de dos la habían saludado. Bastaba que preguntáramos a cualquiera de ellas o incluso que yo, al día siguiente, con la excusa de ver de nuevo el cuadro de Tiziano o contemplar el de Tintoretto y conocer detalles sobre las pinturas, hiciera averiguaciones con el confesor y sus penitentes.

No hizo falta esperar tantas horas. Por la tarde, cerca del *ponte* de Rialto, la vieja que la acompañaba se hizo la encontradiza con Antonio, al que la belleza y el candor de la muchacha también habían impresionado. Unas cuantas liras fueron suficientes para saber su nombre. También que la vieja no la servía de continuo, solo por horas, porque su pobreza, pese a la apariencia distinguida y a la elegancia con que vestía, le impedía tener más servicio. Se llamaba igual que yo, algo que me pareció un muy buen augurio. Su dirección era la de un viejo palacio ruinoso a una manzana de la iglesia de Santa Maria Assunta, donde el azar había hecho posible que nos encontráramos.

Pronto supimos que además de pobre, su origen familiar era un tanto

confuso, pese a lo que hayas podido oír, Erwin, magnificado y edulcorado. Al contrario de incomodarme, que su nacimiento fuera fruto de los amores entre un viejo aristócrata muy venido a menos, aunque descendiente de los Barbarigo, y un ama de llaves ayudaba a mis planes. Facilitaba que aceptara la propuesta que yo le formalicé por carta pocos días después de nuestro encuentro: la invité a formar parte de mi séquito, le propuse cuidar de ella para siempre porque imaginé que sin dote y a cargo de una madre viuda, pese a su belleza, no encontraría marido ni convento que la aceptara. Pero ella lo desestimó. Algo que aún la hacía mucho más deseable para mí. Para venirse conmigo, para formar parte de mi séquito, me contestó, antes tenía que pasar por la sacristía. No sé si con el requisito exigido deseaba imitar a Eugenia de Montijo, que respondió del mismo modo a Napoleón III, o si intuía que la mejor opción para ganar consistía en arriesgarlo todo. De manera que con su sonrisa más dulce me repitió una y otra vez que solo casada se embarcaría en la Nixe. Me gustó su determinación y aprobé el precio puesto al honor de formar parte de mi pequeña corte, que otras hubieran aceptado sin reclamar nada a cambio. Pero como yo ni podía ni debía casarme con ella, le pedí a Antonio, con quien tantas cosas he de compartir, como sabes, Erwin, que fuera él el novio. Aceptó muy gustoso y con las bendiciones del párroco y por descontado las mías, Luisa se casó con él ante el altar mayor de Santa Maria Assunta, la iglesia de los jesuitas, como la llaman allí. Después de la boda, para que la luna de miel tuviera lugar en el mar, abandonamos Venecia rumbo a Mallorca.

Venecia, como ves, ha sido un lugar clave en mi vida y, como todas las cosas claves de mi vida, de agridulce sabor. Allí conocí a Luisa, que iba a llevar la paz a mi alma desasosegada tras la muerte de Wladislaw, allí Catalina... Iba a repetirme que me traicionó, pero no, a estas alturas tengo que ser justo, no fue exactamente así. Si me esfuerzo por escribir, o mejor por dictarte lo que tú escribes, es porque quiero llegar a la verdad. Decir la verdad es lo que me lleva a esta confesión, Erwin, aunque esta verdad no pueda ser conocida por aquellos a quienes en gran medida incumbe hasta mucho después de mi muerte.

Venecia es, también para mí, Wladislaw, aunque a él no le gustara demasiado. Detestaba el hedor nauseabundo de algunos canales e incluso decía que era siempre pútrido el de la laguna, cuando eso no es siempre así, solo cuando sopla el siroco. Su olfato se imponía sobre los demás sentidos y

no le dejaba gozar del de la vista, de la maravilla tornasolada de los campaniles bajo la cambiante luz, ni del del oído, de las campanas, la brisa, los pájaros, las voces de los gondoleros, que a mí tanto me atraían. No le gustaba Venecia porque tampoco le gustaba el mar.

Wladislaw era persona de tierra adentro. Le gustaban los bosques de Bohemia, los árboles de frondosas ramas y la vegetación lujuriente. Le gustaban los jardines floridos de Praga y los parques de Viena, y de todo eso, solía decirme cuando nos conocimos, irónico y encantador, carece el mar. Y tenía razón, claro está, aunque en nuestra vuelta al mundo tuve ocasión de mostrarle los manglares, que en parte, en una pequeña parte, contravenían su afirmación.

Fui injusto con Wladislaw Vyborny, quizás incluso más que con Catalina, porque le quise más y soporté peor que me dejara. Soporté peor que ninguna otra su muerte. Una muerte prematura y estúpida. Una muerte de la que tal vez yo deba culparme también, porque aunque no le matara con mis manos —como traté de hacer con Catalina, a la que maté, a la postre, de otro modo— la deseé. Invoqué la muerte de Vyborny, la induje, la provoqué. Preferí su muerte a su abandono, su muerte antes de que me dejara.

En Praga, uno de mis profesores de lenguas clásicas solía utilizar las *Bucólicas* de Virgilio para familiarizarme con la cultura de los antiguos y con los grandes mitos que, como el del amor, han llegado hasta hoy, hasta el siglo XX, aunque no sé si pervivirán por mucho tiempo... Precisamente un fragmento de Virgilio o tal vez de Teócrito, que comentamos, me llamó la atención: planteaba la pregunta de qué pastor es más desgraciado, aquel a quien su amado le abandona porque se enamora de otro o aquel que es abandonado porque su amado muere. Yo entonces ya consideré que peor que la muerte del amado es su abandono, pero no acerté a imaginar el dolor que ambas cosas juntas podían llegar a causarme.

Fue más que dolor, por eso dicen que aullaba como una bestia, que arañaba con las uñas las paredes de la habitación en que me encerré y en la que estuve tres días enloquecido por la pena sin comer ni beber, solo, gritando el nombre tan amado y odiado a la vez. Llamándole para que volviera, ordenándole que regresara, echándole en cara su abandono y su desobediencia. Nunca amé tanto a nadie como a él. Nunca nadie llamó mi atención tanto ni me pareció tan bello, tan atractivo, tan seductor.

Le conocí en Praga una noche, de manera casual, como siempre me ha ocurrido con quienes hubieron de marcar mi vida. Parecía un príncipe de leyenda infantil, o de cuento de los hermanos Grimm, que leí cuando niño; eso es muy distinto a como somos nosotros los príncipes verdaderos, con excepciones, naturalmente, en las que no me incluyo. Ya sabes que yo era y soy —en eso sí he progresado de manera adecuada— más feo que un mono. Él, en cambio, parecía, en efecto, un príncipe de leyenda por la finura de sus rasgos y la delicadeza de su piel. Wladislaw tenía una belleza ambigua, vestido de mujer no necesitaba afeitado alguno para parecer una jovencita, y con túnica le hubiera podido confundir con un efebo de cualquier coro de tragedia griega.

Cuando le vi por primera vez en la taberna de Praga, con otros amigos, me llamó tanto la atención que pensé que ya le conocía, que le había encontrado con anterioridad, aunque no sabía cuándo ni dónde. Lo descubrí pronto, aquella misma noche al regresar a casa. Me di cuenta al recordarme a mí mismo de niño en el *palazzo* Pitti, cuando todavía pasábamos allí los inviernos, antes del exilio, cuando no imaginaba que pudiéramos ir a vivir lejos de la Toscana, que yo consideraba mi verdadera patria. En el salón verde del primer piso había una estatua que, pese a que yo era aún muy niño, me había llamado la atención por la armonía de sus proporciones y la belleza de su rostro. Representaba a Antinoo, ya sabes, el guapo Antinoo, el amado del emperador Adriano. Wladislaw era su vivo retrato, su reencarnación. La misma elegancia e igual aire melancólico, los rizos cayéndole sobre la frente y ese halo misterioso clave, creo, del enigma de la atracción de ambos.

La noche de nuestro encuentro quedamos en volver a vernos al cabo de dos días. Yo le había sido presentado como conde de Neudorf, título que el Emperador y mi madre preferían que usara en vez del de Alteza Imperial, porque les parecía que me preservaba de posibles atentados o de complots terribles, mucho más que si hubiera utilizado el de archiduque, aunque tal vez se equivocaban. También la Emperatriz, mi querida prima Isabel, usaba en sus viajes el de condesa de Hohenems y eso no la libró de ser asesinada en Ginebra. Aunque en Praga yo era muy conocido, ya que mi familia acabó por tener que establecerse en Brandýs nad Labem, creo que eso a Wladislaw le traía sin cuidado. Ni siquiera se acordaba de mí ni de mi nombre cuando a la mañana siguiente de nuestro encuentro me lo crucé en la plaza, justo enfrente del ayuntamiento. Le invité a almorzar y aceptó de inmediato. A pesar de mi voraz apetito apenas probé bocado, tal era la turbación que Vyborný me

producía. Él, en cambio, dio buena cuenta de cuanto nos sirvieron.

Por la manera de coger los cubiertos y comerse el pan a mordiscos y dejarlo después en el borde del plato, como si así quisiera evitar que alguien se lo quitara, supuse que su condición era más bien humilde y me alegré. Y aún me alegré más cuando me dijo que era pobre, que su familia vivía en el pueblo de Kuttenberg y que había llegado a Praga para buscar trabajo como dependiente de alguna tienda elegante, de guantes o sombreros de señora, precisó, con una seductora sonrisa, de las muchas que se estaban abriendo en la ciudad.

Wladislaw tenía entonces diecinueve años, cinco menos que yo. No hacía mucho que yo había regresado de Mallorca, donde había comprado Miramar, la primera finca que allí poseí... Era el último sábado de octubre de 1871. Le dije que necesitaba a alguien que ordenara mis notas, las pasara a limpio y me ayudara a preparar mis libros para mandarlos al editor. Podía ofrecerle un puesto como escribano.

—¿Qué tal se te da la caligrafía? —le pregunté.

Soltó una carcajada sonora y golpeó con el puño la mesa del restorán. La pregunta debió de parecerle chocante y pensé que aquellas risas y aquel gesto eran síntoma de que quizá le había incomodado, y pensando que rechazaría el empleo por impropio inmediatamente subí la categoría de mi pretensión. Le dije que también me convendría un secretario y le ofrecí una cantidad mensual mucho más que razonable, que solo le pagué el primer mes, como hice con la mayoría de las personas de mi servicio, aunque cubrí con enorme generosidad todos sus gastos por más dispendiosos y absurdos que fueran. No lo pensó dos veces. Accedió en seguida. Brindamos por su nuevo trabajo y aquella misma tarde, una de las más felices de mi vida, mandé que recogieran su escaso equipaje de la modesta pensión en que estaba alojado.

Quizás ese lugar, el pequeño cuarto de una pensión vulgar de donde saqué a Vyborny, le había sido otorgado como algo apropiado por quienes trazan nuestros destinos, porque habría de morir en otra pensión, en Mallorca, hace ahora treinta y ocho años, pero esa vez no estaba allí para ir hacia mí sino para huir de mí, de cuanto yo representaba, de nuestra vida en común.

Con él descubrí el amor, Erwin, el deseo de fundirte en otro, el deseo de recuperar la mitad perdida, ya sabes, la que cortaron los dioses cuando pensaron que el amor nos haría poderosos, transgresores, desobedientes y llegaríamos a ser como ellos... Se lo decía bromeando porque, en nuestro

caso, una mitad era bella y la otra fea, como ves, deforme. Él era mi mitad perdida, le reconocí en seguida y no le dejé escapar. Por eso el primer libro que le regalé fue *El banquete* platónico. Puse un marcapáginas de oro con sus iniciales para señalarle el fragmento en que Aristófanes se refiere al amor como el íntimo anhelo de restitución del andrógino y le leí el fragmento pidiéndole que se tendiera a mi lado. Se lo leí, en realidad se lo recité, porque me lo sabía y me lo sé de memoria, tratando de mirarle a los ojos para ver el efecto que le causaban mis palabras: «Los hombres no se dan en absoluto cuenta del poder del amor, ya que, si se la dieran, le hubieran construido los más espléndidos templos y altares y harían en su honor los más solemnes sacrificios. Ahora, por el contrario, nada de esto se hace por más que debiera hacerse antes que cosa alguna; pues es el amor el más filántropo de los dioses, en su calidad de aliado de los hombres y médico de males cuya curación aportará la mayor felicidad al género humano...». Pensé que me comprendía, que entendía hasta qué punto no solo me atraía sino que deseaba instruirle, formarle. De Aristófanes pasé a Pausanias para hablarle del amor celeste, del amor que proviene de Afrodita sin madre, de aquella que nace cuando caen los genitales de Urano al mar, la Afrodita que tutela el amor de los hombres por los hombres.

Habrás oído contar que mi primer amor fue mi prima Matilde, la desgraciada Matilde, sobre la que pesó, y de qué modo, la maldición familiar de la que apenas ninguno de nosotros se ha librado; yo, por descontado, tampoco, aunque pueda parecerle lo contrario. Cuando termine de dictarte y tú de escribir, estoy seguro de que te convencerás de lo que te digo. Cierto que mi vida errabunda no puede ser comparada con la locura de una antepasada que aseguraba haberse tragado un piano, ni mis excentricidades, soy consciente de ellas, tienen parangón con las de mi primo el devoto, cuya agua predilecta era en exclusiva la del río Jordán, donde fue bautizado Cristo, aunque por negarse a beber otra perdiera la vida, envenenado por su putridez...

Matilde murió a consecuencia de horribles quemaduras. Durante más de una semana sobrevivió con dolores terribles. Su cuerpo en carne viva, pura llaga. Un cigarrillo que fumaba a escondidas prendió su vestido de gasa. Según pudo saber mi madre, para que mantuviera el apresto y no se arrugara, al plancharlo le habían aplicado un producto que contenía glicerina, lo que contribuyó todavía más a la voracidad del fuego. O tal vez fue la colilla de ese mismo

cigarrillo al ser pisada, aunque se dijo que la causa había sido un candelabro. La llama de un candelabro al rozar un volante de su falda mientras bajaba la escalera. Una versión que no podía escandalizar a nadie. Además, el Emperador no hubiera permitido bajo ningún concepto que se supiera la verdad: ¡una archiduquesa fumando como una *cocotte*...! Inaceptable y en consecuencia, imposible.

Matilde ardió como una pira. Estaba en su cuarto sola, a punto de salir para ir a un concierto con su padre, el archiduque Alberto. A sus gritos acudieron los criados, que apagaron el fuego cuando ya las llamas habían devorado más de la mitad de su piel.

Lloré al saberlo pero no quise pedir que me dejaran verla, ni siquiera fui a su casa, quedé de acuerdo con una de sus damas para que me informara a diario de su evolución, que seguí con verdadera ansiedad aunque no fuera mi prometida. No, no lo era, nunca le hablé de amor y menos de matrimonio. Matilde era solo mi prima predilecta, la más transgresora. Quizá por eso congeniábamos y nos teníamos afecto...

Matilde y su muerte, su terrible muerte, de la que tantas veces me he acordado, se han utilizado como el elemento justificativo de mi soltería. La excusa perfecta para no tener que indagar sobre qué otros aspectos la han motivado.

No, Matilde no me inspiró pasión alguna, cariño sí, camaradería, como la que de pequeño me inspiraba mi hermana Luisa, a la que sigo en edad y con la que jugaba, cuando no estaba intentando trepar por los árboles para perseguir inútilmente a los monos. Jugábamos a construir capillitas con piedras, troncos y hojarasca en los jardines de Boboli. Capillitas que dedicábamos a los santos de nuestra devoción. La que mandé levantar en honor de Ramon Llull en Miramar es probable que tuviera su origen en aquellas capillitas infantiles, como le escribí a mi madre, no para que contribuyera aquella vez en la financiación, como tantas otras —como sabes, sin su ayuda monetaria no hubiera podido pagar muchas de las tierras que compré—, sino porque supuse que le alegraría comprobar que mi deseo de honrar a Ramon Llull tenía que ver con las costumbres devotas que tanto le gustó inculcarnos cuando niños.

Todo proviene de la infancia, Erwin, todo se cuece en aquel fuego lento. Según tengo entendido, parece que también lo asegura el doctor Freud, tan reputado, y ahí sí que creo que tiene toda la razón. Somos lo que fuimos de niños. Jamás he dejado de rezar aunque he dudado sobre la existencia del más

allá y sigo dudando ahora que me falta ya poco para saber si, en efecto, hay algo después de la muerte. Nunca, ni un solo día, he dejado de ir a misa o he mandado que se celebrara en la Nixe. Por esto en muchas travesías llevábamos un sacerdote a bordo, y cuando no buscaba, en cuanto desembarcaba, la iglesia más cercana al puerto.

Sé que algunos podrían suponer que esa devoción mía, esas prácticas religiosas a las que nunca falté no estaban en consonancia con mi conducta, y otros las considerarán escandalosas sin paliativos. Alguna vez Wladislaw, en el último año de su vida, me lo echó en cara sin comprender que la religión, la misa diaria, incluso el rosario que rezaba con los campesinos de mis tierras, me servía de amarre y era uno de los pocos nexos que me devolvían a la edad de la inocencia, al tiempo en que creía de verdad que junto a mi cama velaba media docena de ángeles, como deduje de las palabras de mi aya un día que me reprendió advirtiéndome que yo, como archiduque, como príncipe, debía comportarme mejor que los demás niños porque era superior a ellos y eso implicaba también muchas más obligaciones. En consecuencia, si todos tenían un ángel de la guarda que velaba por ellos, a mí, dada la diferencia que establecía Laura de Brandy, me corresponderían unos cuantos más. Eso me parecía justo y en el fondo, además de equitativo, consolador.

Los ángeles..., el ángel, mi ángel particular, Wladislaw Vyborny. Le dediqué el libro de *Los Ángeles de California*, a donde habíamos viajado juntos. Mandé esculpir un ángel en su estatua funeraria, un ángel con una trompeta en la mano, un ángel que acaba de tocar las notas de júbilo que llaman a la resurrección. Por esto Vyborny se está incorporando y tras quitarse el sudario le mira... Contaron que la cara del ángel era la de la muchacha de la que se enamoró Wladislaw. Nada más alejado de la realidad. ¿Tú crees que yo hubiera sido tan idiota para pedirle a Tantardini que retratara a quien me había robado a Vyborny? O quizá no fue ella la que me lo quitó, quizás ella solo fue el pretexto para que él me dejara. Le ordené eso sí a Tantardini que el rostro del ángel fuera muy bello, ambigualmente bello, como deben de ser los ángeles. No le fue difícil complacerme porque estaba acostumbrado a esculpirlos en estatuas funerarias. Bello como el rostro de mi amado, del que le hice llegar una fotografía para que lo tallara con la mayor exactitud.

El encargo molestó a algunas personas de mi familia porque Tantardini había colaborado con Odoardo Tabacchi en el monumento a Cavour de Milán. Era el autor de la figura que representa la historia. Cavour, enemigo de

Austria, no era santo de la particular devoción de los Habsburgo de Toscana, como comprenderás; aunque Tantardini se hubiera limitado a realizar un encargo, los incomodaba que yo hubiera acudido a él. Lo hice porque me gustaba su trabajo, sin reparar en nada más. Mandé que enviara la estatua funeraria a Mallorca y que fuera instalada en Miramar, la casa de la isla en la que más felices habíamos sido, y espero que allí mis herederos la conserven por los siglos de los siglos, como también la de Catalina en Son Moragues, que encargué a Giulio Monteverde.

Es un mérito de la piedra ser insensible y, como insensible, mucho más persistente, duradera, frente a la carne, tan frágil, efímera, caduca. Quien vea sus esculturas los recordará, recordará a ambos y a través de ellos también, quizá, me recuerde a mí. Decidí dedicarles esos monumentos con la intención de perpetuarlos, de ofrecerles siquiera una pizca de inmortalidad.

Has levantado los ojos del papel, tal vez te has preguntado si yo sentí alguna vez esa necesidad. Uno no se erige a sí mismo estatuas aunque sí puede hacerlo por persona interpuesta, mientras las pague, naturalmente, o se las haga pagar a los demás, por suscripción popular, como ha ocurrido con muchas de las que se encuentran en las calles y plazas de Europa, dedicadas a los padres de la patria o a los personajes ilustres, escritores, pintores, músicos de cada nación. Tampoco creo que después de muerto me las erijan. ¿Quiénes? ¿Dónde? ¿Por qué? ¿Las merezco acaso? Además, ¿qué importa?

Cuando el ayuntamiento de Palma de Mallorca me nombró hijo ilustre, mandó al pintor Fuster para que me retratara. Me negué. No tenía ningún interés en perder horas posando ante un caballete. ¿Qué significaba para mí aparecer en la galería de retratos del ayuntamiento mallorquín, junto a santos, beatas, escritores, aristócratas o políticos locales?... Pero el pintor para convencerme me dijo que andaba mal de dinero, que si yo no aceptaba, él no cobraría, que ya contaba con aquella cantidad para algo, no recuerdo qué, algo que le resultaba imprescindible: pagar una deuda, comprar medicinas, no sé, algo fundamental para el pobre hombre... Mientras pensaba en cómo podía arreglar el asunto sin perjuicio para ninguno de los dos, pasó por delante de mí el aparcero de Son Moragues. Retrátelo a él, le dije, y así lo solucionamos. Y sí, así se hizo, con gran satisfacción del aparcero.

Siempre pensé que la posteridad no me preocupaba aunque ahora creo que también en eso me engañé, porque desde hace unos meses, al borde ya de la muerte, debo confesar que me preocupa. No me refiero a la posteridad de las

estatuas ni a la de los monumentos ni a la de los retratos de los museos, no me refiero a esa, sino a la otra, a la que me lleva a escribir, mejor dicho a dictarte para dejar constancia de mi paso por la vida, tratando de enmendar, aunque sea al final, mis errores ante otros, para que otros los tengan en cuenta. Pensé siempre que lo que de verdad me preocupaba no era el futuro sino el presente. El precioso instante que se va, fugaz, inasequible, para apresarlos, preservarlos, inmovilizarlos en mi memoria, e incluso pensaba que los instantes de plenitud vivida eran un antídoto, el mejor, el único contra el paso del tiempo y la degradación. Durante los últimos meses, a pesar de que he insistido en continuar con la corrección de pruebas del libro sobre las torres y atalayas mallorquinas, que seguramente ya no veré impreso, he podido trabajar menos y he pasado muchos ratos acostado, inmóvil, intentando que la memoria me devolviera a esos instantes de plenitud, y no puedes figurarte hasta qué punto casi todos tenían que ver con Vyborny. Y antes, mucho antes, en los años que siguieron a su desaparición, no sabes con qué absoluta nitidez, con qué victoriosa belleza recobraba su imagen en los momentos menos pensados y la suya se fundía con la de Antinoo, al que tanto me recordó desde el primer instante en que le vi, como ya te he contado. A ambos la muerte los arrebató antes de tiempo, preservándoles de sus estragos, permitiendo que se les recordara jóvenes, en la plenitud de su fuerza y su belleza.

Pese a la pérdida de Antinoo, Adriano tuvo mucha más suerte que yo, pues la muerte de su amado nada tuvo que ver con su desamor, como la de Vyborny, al contrario. Quizás el suicidio de Antinoo fuera debido al inmenso amor que sentía por el emperador y a la convicción de que pronto, en cuanto su juventud y su belleza mermaran, Adriano habría de sustituirle. No sabemos si se equivocaba o no. Ambos vivieron en el siglo II después de Cristo, de manera que los datos que tenemos no son, precisamente, de primera mano. También he leído en alguna parte que Antinoo llegó a un trueque con los dioses e inmoló su vida para que la del Emperador fuera más larga. No me imagino a Wladislaw haciéndole a Zeus o a Apolo una propuesta semejante, aunque ignoremos si fue cierta tanta generosidad por parte de Antinoo. Hay también una tercera posibilidad, insinuada en la *Historia de los emperadores*: la de que Antinoo se suicidara huyendo de las acometidas sexuales de su mentor. Su muerte, como ves, está rodeada de cábalas y de misterio. Algunos apuntan a que pudo deberse a un accidente, otros, que fue provocada por quienes

consideraban que su influencia sobre Adriano era muy negativa para sus intereses... No sabemos qué hay de verdadero o falso en tales noticias. Lo único cierto es que se ahogó en el Nilo, dicen que en presencia de Adriano, que nada hizo para socorrerle. ¿Por qué? ¿Qué había pasado entre los dos? ¿Adriano se había cansado de él? ¿Había escogido ya a otro efebo?

Le había conocido cuando le salvó la vida, matando con una jabalina el león que estaba a punto de atacar al muchacho en el desierto de Libia. Pero ahora, quizás arrepentido por cuanto para él había supuesto Antinoo, por todo lo que había despertado en él, porque le había mostrado que era frágil y estaba inerme ante su poder de seducción, ya que el amor que sentía por él le apartaba de las obligaciones del gobierno, que ya no le interesaba, puesto que su única y exclusiva obsesión era la de tenerle, contemplarle y poseerle, le dejaba morir para salvarse. ¿Salvarse de la pasión devoradora? No lo sabremos jamás pero mi intuición me dice que algo de eso tuvo que haber si es verdad que Adriano dejó morir a Antinoo. Luego mandó levantar una ciudad en la orilla del Nilo, frente a las aguas en que se había ahogado su amado, y la llamó Antinoópolis, y en el centro encargó erigir un monumento funerario en su honor.

No pude dedicarle una ciudad a Vyborny pero sí quise levantarle un monumento. Pedí además del cenotafio un busto, el busto que durante muchos años hice que trasladasen conmigo en mis viajes mandando que lo colocaran en mi habitación, para que me acompañara y, en cierto modo, fuera testigo de mi vida deshabitada... ¿Recuerdas lo que dice la dedicatoria del libro *Los Ángeles de California*? No tienes por qué, además te he prohibido que hablaras: «*Piis manibus optimis amici Wladislawi Vyborny*». Utilicé *manes* no con el significado estricto de «dioses tutelares» sino con el más amplio y connotativo de «espíritu»... «Al espíritu pío, al espíritu benéfico de Wladislaw.» Pero ese espíritu, al que yo imploraba compañía, ¿me la otorgó? Me temo que no, que mi dedicatoria, que cerraba el ciclo de mis invocaciones a Vyborny, habría de ser tan inútil como mis recitativos y lecturas platónicas con los que tantas veces le atormenté.

Ahora ya con un pie en el estribo de la muerte me gusta entretenerme en mover el calidoscopio de mis recuerdos, en el que van componiéndose y descomponiéndose imágenes de personas y paisajes. A veces se superponen de una manera tan rápida que no consigo apresarlas con la necesaria nitidez, mientras que otras comparecen perfectamente perfiladas, con contornos

precisos y exactitud fotográfica, como me ocurre con Wladislaw. Curiosamente mi memoria no me trae las imágenes de plenitud, de alegría. Las del principio, cuando, por ejemplo, pletórico estrenaba trajes, las levitas tan bien cortadas del sastre de Londres, que pronto encargó a mi nombre sin consultarme siquiera, algo que le perdoné de inmediato al ver que le sentaban como a nadie, sino otras muy diferentes, las de sus horas bajas, sus ensimismamientos, las de sus tristezas, de las que solo me habló al final, ya próximo a la muerte, que quizá de extraña manera y pese a su juventud percibía cercana.

Me confesó que ya no podía aceptar por más tiempo su relación conmigo, que no me soportaba, que se sentía incómodo, avergonzado. Aunque me temo que eso no era nuevo, que desde el principio mi atracción por él le había resultado gravosa, aunque le reportara beneficios a los que se acostumbró en seguida y a los que no le apetecía renunciar. Durante mucho tiempo viví engañado, puesto que supuse que mi devoción por él, el deslumbramiento que me producía contemplar la maravilla de su cuerpo perfecto, la generosidad con que me apresuraba a atender el menor de sus caprichos habían generado en Vyborny si no una pasión semejante a la mía, la absoluta correspondencia a la que yo aspiraba, sí, por lo menos, afecto. Pero me equivoqué por completo porque, según me dijo, su rechazo provenía del principio. Aunque, matizó, no de los primeros días ni de las primeras semanas, que pasó conmigo en el palacio Kinsky de Praga, el lugar en que yo vivía durante mis estancias en la ciudad, que tanto le gustaba. No era para menos, puesto que su fachada rococó en tonos rosas se ajustaba a lo que Wladislaw, educado en la sobriedad de la pobreza, identificaba con el lujo máximo, un lujo sin fisuras, al que de repente, por el golpe de suerte de mi amistad, había accedido. Reconoció que aquellos primeros habían sido los días más felices que pasó a mi lado. Por las mañanas, se incorporaba a mi gabinete mucho más tarde que el resto de mis ayudantes, y aunque yo trabajara con ellos desde muy temprano, no me molestaba en absoluto que Wladislaw se comportara como le apeteciera, porque en la cuestión del trabajo tenía carta blanca. Por las tardes, seguía frecuentando las tertulias de amigos a las que yo casi siempre le acompañaba. Por las noches, íbamos a la ópera o a los conciertos, pues le gustaba mucho la música, mucho más que a mí, que tengo un oído algo duro, pero no me importaba complacerle e incluso prestarle mis tarjetas estampadas con la corona y el título de conde de Neudorf para que enviara durante semanas

enormes ramos de rosas, que, por supuesto, también pagaba yo, a una cantante que, según decía, era la mejor Reina de la Noche que jamás había escuchado.

Fue después, cuando embarcamos en la Nixe, que nos esperaba en Trieste, cuando las cosas se torcieron. Yo había fantaseado con el hecho de que nuestro primer encuentro amoroso tuviera lugar en el mar, una noche de luna llena. Aquel mes anterior de convivencia y complicidad me parecía suficiente preámbulo para la aceptación implícita de su papel, pero me equivoqué. En nuestra última conversación, de sabor tan amargo, me confesó que aquella misma noche rumbo a las Eólicas empezó su rechazo. Hasta entonces, al parecer, no había caído en la cuenta de hasta qué punto lo de su trabajo como secretario era una excusa, puesto que yo, en realidad, no le necesitaba específicamente para esa labor, que hacían otros de mis colaboradores mucho mejor que él. Le necesitaba para dormir al lado, para acariciar su cuerpo en la madrugada mientras él ni siquiera lo notara, le necesitaba para poder contemplarle desnudo en cualquier momento que me apeteciera. En su fuero interno, aunque se mostrara complacido, me rechazó desde el principio incluso de manera inconsciente, quizá porque era demasiado puritano, estaba demasiado apegado a la mentalidad campesina de los suyos, a las tradiciones católicas de culpa, pecado y penitencia, de horror al goce del cuerpo y a todo cuanto implicara sexualidad no reprimida, sexualidad libre, aunque me engañó permitiendo que yo pensara que podía amar a los hombres, pese a que tal vez no me amara a mí.

«Me compraste, eso fue lo que pasó. Su Alteza Real e Imperial el archiduque de Austria me compró. Necesitaba un juguete nuevo, no le bastaban los que ya tenía, los que ya había utilizado, y el juguete fui yo. Demasiado barato, Alteza... Demasiados años de sumisión, demasiadas prohibiciones, encierros, cadenas, demasiadas humillaciones», me gritó la última vez, en una larga noche de horror, a bordo de la Nixe, anclada en la dársena de Na Foradada, frente a s'Estaca. Al día siguiente yo partía hacia Viena para entrevistarme con el Emperador. No podía dejar de ir. No podía telegrafiar tratando siquiera de aplazar la cita ya concedida y confirmada aquella misma mañana por telégrafo. Tenía que salir de inmediato en el barco correo y desde Barcelona seguir viaje en tren hasta Viena. Le ordené que viniera conmigo, se lo pedí por lo que más quisiera y acabé por suplicárselo, humillándome ante él como nunca lo había hecho ante nadie. Pero no conseguí ablandarle, todo lo contrario. Fue contraproducente: no solo no accedió sino que me dijo que su

decisión era irrevocable, que se marchaba, que no le vería más, que detestaba los años pasados conmigo. El fatal séptimo año de nuestra relación se acercaba y yo temía la maldición espantosa que ese séptimo año implica en las parejas y no me equivoqué. Me aseguró que aborrecía mi forma de vida, mis celos, mi sentido de la posesión, se ahogaba, le faltaba el aire, aún matizó, como una damisela cursi a punto de desmayarse... Le insulté, le recordé que era un mantenido, una *demi-mondaine*, un zángano de colmena, un inútil que vivía a mi costa, y le maldije y me maldije por haberle amado, por haberme prestado a tan innoble servidumbre...

Sí, ciertamente fui celoso y posesivo como nunca con nadie, porque siempre tuve miedo de perderle y cuando les sonreía a los demás, fueran hombres o mujeres, cuando notaba cómo los atraía, cuando percibía hasta qué punto su belleza terrible de ángel rebelde era capaz de exterminar las voluntades y engendrar el deseo, me enervaba y hubiera estado dispuesto a cualquier cosa. No se marchaba con otro hombre, a él no le interesaban, no le atraían, volvió a jurármelo. Había tenido que pasar por mi culpa por esas horcas caudinas. Detestaba esa basura, detestaba mi inmoralidad... Había encontrado, por fin, a una mujer, una mallorquina, de la que se había enamorado, una joven inocente, con quien contraería matrimonio en breve. A mis espaldas ya había hablado con su padre, que además le había ofrecido trabajo en su negocio bodeguero.

Fue una noche larga y tormentosa. Ambos dijimos cosas que hubiera sido mejor que calláramos. No sabes cómo me arrepiento ahora, cómo lo lamento. Perdí los estribos, me comporté ya no en desacuerdo con mi rango ni con la obligación de estar a la altura de las circunstancias que, con tanto ahínco, me inculcaron, sino como el peor, el más vulgar, el más grosero de los o de las amantes despechados, ya que tales escenas suelen atribuirse a mujeres o a homosexuales.

En cuanto amaneció decidimos dejar la Nixe. Por fortuna no había nadie en la tripulación de guardia que supiera checo, que era la lengua que hablaba con Wladislaw, aunque por supuesto debieron de darse cuenta de la gran trifulca. Se rompieron vasos y botellas, se empujaron muebles... pero estaban acostumbrados a callar. No pedí a ningún marinero que nos llevara en el bote que usábamos para ir desde la Nixe hasta la diminuta caleta de s'Estaca, donde siempre desembarcábamos, porque él, algo más calmado, me dijo que tomaría los remos. La distancia era además muy corta. El sol de finales de

julio apuntaba con una intensidad que anunciaba que iba a caer a plomo, inmisericorde. Desembarqué yo primero y Wladislaw, en vez de saltar después, remó con enorme celeridad para alejarse en seguida de la orilla.

«Adiós, Alteza Imperial. Me voy a verla», me gritó. Fueron sus últimas palabras y se quitó el sombrero para decirme adiós con un gesto teatral, burlesco, que me pareció ofensivo...

Que se muera, pensé, ojalá se muera, me repetí, porque sentí que le odiaba. Justo en aquel instante el sombrero cayó al agua. No mandé que le retuvieran, no le grité que sin sombrero se moriría de una insolación. En aquel momento no me importaba su muerte, la deseaba, sí, Erwin. Y de ello debo arrepentirme porque no estoy seguro de si ese deseo, el deseo irrenunciable de querer que alguien muera, la obsesión por matar a alguien no es en el fondo tan condenable como si lo hubiera ejecutado materialmente, pese a lo mucho que le había amado, pese a lo mucho que entonces también le amaba. Llegó a Palma, donde vivía su novia, al cabo de doce horas de remar, exhausto, y murió de una insolación en la fonda Barnils de aquella ciudad al día siguiente, sin haber podido ir a verla ni felicitarla por su santo. Se llamaba, se llama, porque vive aún, Magdalena... Murió sin despedirse, sin contarle la decisión que había tomado de dejarme, de apartarse de mi lado para siempre.

Un telegrama de mi administrador, don Francisco Manuel de los Herreros, que en Mallorca se comportó como si fuera mi segundo padre, me daba escueta noticia de la gravedad de Vyborny sin atreverse a decirme que había muerto. Pero hay cosas, Erwin, que no es necesario que te las digan para saberlas y yo lo sabía. Sabía de antemano que habría de morir y no hice nada, como Adriano con Antinoos en las aguas del Nilo, nada para evitarlo.

No regresé a Mallorca, seguí desde Barcelona viaje a Viena y luego vine a Brandýs, me encerré aquí, en esta misma habitación. Antes di órdenes de que el cadáver de Vyborny fuera embalsamado, se le hicieran en la catedral de Palma los funerales más solemnes que jamás se hubieran visto en la isla y que, tras pintar la Nixe de negro, el cadáver fuera transportado hasta el barco con enorme pompa, acompañamiento de carrozas, coronas de flores, música, curas, autoridades, y embarcado rumbo a Trieste. No podía permitir que nadie, y mucho menos la muchacha que me lo quitaba, fuera a rezar y a llorar sobre su tumba. También compré los muebles de la habitación de la pensión en la que había muerto e hice que los transportaran a Can Caleu, una casita cercana a Miramar, y ordené que la cerraran con llave.

El 8 de agosto de 1877 el cadáver de Vyborny llegó a Trieste. Comprobé que el maestro carpintero había hecho un buen trabajo cuando construyó el ataúd más lujoso que nadie nunca le había encargado y en el que mandé poner esta inscripción: «*Amicus Fidelis Medicamentum Vitae et Immortalitatis*», una sentencia del Eclesiastés que expresaba el deseo de fidelidad que Wladislaw no me había demostrado y en la que yo creía, ya que él, pese a todo, había sido el mejor medicamento de mi vida, el único que me ha proporcionado horas de calma mediante la sensación de que por fin el anhelo de plenitud se había colmado porque la herida abierta, la herida que nos produce haber sido seccionados en dos mitades, había podido cerrarse, una vez cicatrizada para siempre.

Gracias a Wladislaw entendí hasta qué punto los clásicos tenían razón: Eros, hijo de Poros, el recurso, y de Penía, la pobreza, tiene una doble condición heredada de sus padres, divina y humana, mortal e inmortal, y por ello engendra en nosotros un deseo de inmortalidad y de divinidad que cuando amamos nos parece poder alcanzar... Amamos porque nos damos cuenta de que únicamente amando podremos volver a la plenitud de nuestro ser originario, como si solo en el amor se encontrara la fórmula de nuestra restitución.

Comprenderás, Erwin, lo terrible que fue para mí notar que con el abandono de Vyborny se iba al traste todo cuanto había creído, percibido y sentido. Que la herida que yo suponía cicatrizada para siempre se había vuelto a abrir con un dolor infinito y que tal vez, como la de Amfortas, no se habría de cerrar jamás. Escribí a mi madre, que había conocido a Vyborny —el Vyborny de los primeros tiempos, amable, gratificante, pletórico de alegría, feliz, al parecer, de estar a mi lado—, para darle la noticia de su muerte y contarle mi pena infinita. Le escribí que el día que lo enterramos en el cementerio de Kuttenberg, el lugar donde había nacido y donde vivían sus padres, había sido el día más triste de mi vida. Era verdad. Ninguna otra muerte me había afectado tanto como la suya. La de mi padre, acaecida siete años antes, en 1870, no me había causado una pena tan honda, la había considerado natural, ley de vida, como suele decirse. Pensé que mi madre se molestaría por mi sinceridad, capaz de anteponer a Vyborny a mi propio padre, pero no fue así. Estoy seguro de que en ningún momento pensó que mi relación con Wladislaw fuera otra cosa que una relación amistosa. Me conocía y sabía con cuánta pasión podía entregarme a los amigos, pero ignoraba o tal vez se esforzaba en

ignorar, católica hasta la médula como era, que yo pudiera sentir por Wladislaw algo más. Algo que ella sin lugar a dudas jamás hubiera estado dispuesta a admitir.

No hablé con nadie de nuestra ruptura ni me referí nunca a la infausta noche anterior a su partida. Ni hablé mal de él jamás. Todo lo contrario, le alabé como al más fiel, al más constante y al más entregado de los amigos, aunque sospeché que él sí le había contado a Antonio Vives, mi secretario mallorquín, que quería dejarme, harto de lo que consideraba mis abusos.

No te he hablado casi nada de Antonio Vives, apenas he aludido a él, pese a haber sido tan fundamental en mi vida. Entró a mi servicio a los diecisiete años, de manera casual. Recorría yo Mallorca en mi segundo viaje a la isla y me perdí por la montaña cercana a Deià, un atardecer en que paseaba solo. Pregunté a unos carboneros que, por señas, suponiendo que lo que deseaba era ir hacia la zona poblada y no adentrarme en el bosque, me indicaron un sendero de cabras que conducía a unos bancales sembrados de olivos, donde, desde lejos, pude ver que faenaban unos cuantos hombres. Me acerqué a ellos, pero igual que los carboneros tampoco me entendieron cuando les pregunté en italiano y en francés, puesto que yo por entonces todavía desconocía su lengua, hacia dónde debía dirigirme para regresar a Miramar.

De pronto apareció un muchacho alto y fuerte que me indicó en latín, el único idioma que por entonces compartíamos, porque él había sido seminarista y yo lo había estudiado de niño, el camino más corto para reencontrarme con Sforza, que me estaba esperando seguramente inquieto por mi tardanza. Me gustó su corpulencia, su espontaneidad, su aire saludable. Le propuse que trabajara conmigo y desde entonces me ha seguido, él sí, con fidelidad absoluta. A veces incluso como mi *alter ego*, ese otro yo que nos gustaría utilizar en las misiones peligrosas o en aquellas que nos parecen aburridas o poco honorables... En estos últimos tiempos he llegado a pensar que, en efecto, Antonio es una especie de doble mío. Tal vez todos tengamos uno, no solo en las antípodas, como algunos creen, sino esparcidos por el mundo, en muchos otros lugares, sin que nunca nos los hayamos encontrado, excepción hecha de mi caso. Supongo que tú mismo has observado nuestro parecido, que se ha acentuado todavía más en esta última época. Tal vez los años de convivencia, más de cuarenta, lo han reforzado. Sea de uno u otro

modo, lo cierto es que Antonio y yo nos parecemos. No solo nuestros gestos son semejantes, saludamos los dos levantando el brazo derecho y a menudo utilizamos una sombrilla blanca, sino que nuestros rasgos han ido acoplándose a un mismo modelo. Sí, ciertamente, es mi doble.

Lo casé con Luisa Venezze y después él se casó con Aineta, la pequeña Aineta, queridísima, que parecía una muñequita de porcelana..., bellísima y quebradiza y aún me lo parece, pese a que ha envejecido aunque no tanto como mi Antonio.

Todos los míos han envejecido de manera acelerada, como si el tiempo transcurrido desde que el Emperador me pidió que dejara Mallorca se hubiera cuadruplicado... Volvimos a ser nómadas por imposición imperial, primero fuimos a Zindis, después a Ramleh, de nuevo a Zindis, más tarde a Görz, hasta llegar aquí, a Brandýs. Como si estos dos últimos años de vida más errante que nunca se hubieran multiplicado y hubieran caído a plomo sobre nuestras espaldas, con excepción de las niñas de Antonietta, que han crecido, sí, pero aún parecen inmunes al zarpazo del tiempo, que de modo tan cruel se ha ensañado conmigo y con los míos.

He dicho los míos intencionadamente. En realidad ellos, que no llevan mi sangre, son a estas alturas mi única y verdadera familia... La mía, la legítima, la consanguínea casi no existe ya. No me refiero a la caterva de imperiales parientes, archiduquesas y archiduques a los que no conozco más que por sus títulos. Si excluyo a mi hermana Luisa y a alguno de mis sobrinos, a los que veo de tarde en tarde, no me trato con nadie más, excepto, claro está, con el Emperador, aunque sea un trato mucho más protocolario que con cualquier otro miembro de mi casa. Juan Nepomuceno Salvador, mi querido hermano, con el que compartí la infancia, desapareció en el mar, probablemente en el cabo de Hornos, en 1890, con Millie, su amada bailarina, y toda la tripulación, mucho más inexperta que la que ocasionó el naufragio de mi primera Nixe en Caxine, por culpa de los bajos que Vich, el capitán, zoquete, inepto, ignoraba. Aunque en mi naufragio nadie pereció y en cambio en el del Saint Margaret murieron todos, pese a que jamás fue encontrado vestigio alguno de que el hundimiento hubiera ocurrido. El misterio de Juan Orth llenó las páginas de los periódicos y se le dedicaron libros... El ciudadano Juan se hizo mucho más famoso que el príncipe Juan Nepomuceno Salvador de la casa de los Habsburgo de Toscana. A mí me costó mucho llegar a aceptar que hubiese desaparecido. Solo al cabo de los años de no tener noticias suyas, después de

esperar inútilmente que diera señales de vida, admití su muerte, que hasta 1911 no se hizo oficial.

Corrió la voz, en la que yo quise creer con todas mis fuerzas, de que Juan había querido hundir el barco o simular su hundimiento para poder desaparecer a su gusto, dejar también ese nombre plebeyo —que, por otro lado, le ataba a nuestra madre, que vivía en Schloss Ort in Gmunden— y comenzar de nuevo, lejos también de la posibilidad de que los servicios secretos austríacos llegaran hasta él para asesinarle. Tras la muerte de Rodolfo, pensó que él correría la misma suerte y, como la de Rodolfo, la suya está llena de misterio. A partir de su desaparición en 1890 comenzaron a surgir impostores. Uno de ellos se puso en contacto conmigo por carta. Fue muy fácil desenmascararle. Me bastó con comprobar que la letra no era la de mi hermano ni su estilo tampoco. Además, me pedía dinero y Juan sabía que mis finanzas estaban siempre sumamente maltrechas y nunca tenía liquidez; si no hubiera sido porque mi madre acababa siempre por proveer, las deudas de las hipotecas y los créditos concedidos por los bancos, me habrían llevado a la ruina total... Por otro lado, un presunto agente de seguros o quizás un enviado de la policía vienesa pasó por Miramar en su busca. ¿Dónde podía refugiarse mejor que en casa de su estrafalario hermano, casi tan estrafalario como él?

Desde la primera vez que me escribió mi madre, apesadumbrada porque había dejado de recibir los telegramas que Juan le ponía al tocar puerto, cuando veía pasar un barco frente a la costa o me cruzaba con otro en el mar no podía evitar pensar en el de mi hermano. Varias veces, entre la bruma de algún amanecer, a lo lejos me pareció vislumbrar las hermosas velas desplegadas del Saint Margaret, cuyas fotografías me había remitido Juan desde Londres antes de iniciar la travesía. Desde allí puso rumbo a América del Sur, para dedicarse a exportar carbón inglés e importar nitrato de Chile. Un negocio del que pretendía vivir después de renunciar a todos los títulos y prebendas imperiales y ser borrado de la lista de la corte austríaca, como si no perteneciera ya a la familia Habsburgo y hubiera dejado de existir como tal.

Lo último que supimos de él fue que en Puerto de La Plata despidió a la tripulación europea de croatas e italianos y con otra americana zarpó rumbo a Valparaíso, pero jamás llegó a ese destino o si llegó lo hizo utilizando un nombre distinto al de Juan Orth. Algunos de los marineros croatas que

volvieron a Dalmacia, así como el primer oficial, que fue a ver a nuestro hermano Fernando en Salzburgo, dijeron que estaban seguros de que Su Alteza Real e Imperial —por más que hubiera decidido ser plebeyo, a bordo le seguían tratando así— no había embarcado en el Saint Margaret, que no transportaba carga alguna para vender sino arena gruesa que nadie habría de comprar.

Tampoco yo quise admitir la muerte de mi hermano e incluso ahora, cuando ya se le ha dado por desaparecido legalmente, mi vena romántica inextinguible —¿quién que *es* no es romántico?— me permite suponer a ratos que Juan sigue para siempre pilotando su barco, y que por fin en el mar se siente seguro, libre y feliz. Así algunas veces recalca en mis mejores sueños.

Mi familia, la que yo considero mi familia, está aquí conmigo, los llamaré junto a mi cama a la hora de la muerte, que ya no puede tardar, y moriré acompañado. Echaré de menos a Luisa Venezze, la dulce veneciana que murió en Son Marroig de tristeza y en cierto modo de abandono. Por entonces yo ya prefería a Catalina y me encontraba con ella, lejos, navegando. También me había llevado conmigo a sus hijos, a los que ella echaba tanto de menos y yo echo de menos ahora. No debí permitir que se quedaran en Mallorca, debí exigirles que vinieran conmigo, como cuando eran pequeños. Fui egoísta porque necesitaba verlos, necesitaba acariciar sus cabezas, oír sus risas, los necesitaba cerca para poder seguir viviendo. Cada noche, antes de acostarme, entraba en sus camarotes sin hacer ruido para no despertarlos y me quedaba un rato mirándolos. Al poco me marchaba, mucho más reconfortado por su inocencia.

Luisa dejó escapar la vida, no luchó, las fiebres puerperales acabaron con ella después de que naciera el cuarto de nuestros hijos, otro Luis que tampoco la sobrevivió.

Mis hijos, nuestros hijos. Los hijos de Antonio y de Luisa, la hija de Antonio y Aina, debes escribir con mayor razón, porque en las leyes españolas, también en las austríacas, los niños concebidos por una mujer casada son de su marido mientras no se demuestre lo contrario. Antonio y sus hijos... Los cuatro se llaman como yo, Luis o Luisa de primer nombre, pero llevan su apellido. Son herederos de todo cuanto tengo, los predios de Miramar en Mallorca, la casa de Zindis en Muggia, junto a Trieste, Ramleh en Alejandría, la casita de Niza, la Nixe, este castillo, con Prerow, las tierras que lo rodean, la destilería, muebles, ajuar... Antonio lo sabe, ese fue el trato al

que llegamos, aunque él en ningún momento me lo sugiriese siquiera. Fue a mí a quien se le ocurrió. Me pareció en cierto modo equitativo, a partir del momento en que, para tener cerca a Luisa, le había ordenado que se casara con ella. Lo que pasó después entre los tres es algo que tendría que quedar entre nosotros si no fuera por las consecuencias derivadas de nuestras relaciones, y lo mismo sucedió más adelante cuando se casó con Aina. Le he querido y le quiero como a un hermano. Cuando naufragamos en Argel fue el primero al que telegrafíé, el primero en quien pensé, con quien necesité hablar para darle cuenta de todo cuanto me había ocurrido. No le traté nunca como a un mero servidor, sino como a mi doble, como ya te he dicho, una prolongación de mí mismo, una especie de adelfos.

El viejo y achacoso Antonio, que ha acabado por parecerse físicamente tanto a mí, anda ahora por los corredores fríos de este castillo como un alma en pena, añoradizo de Mallorca y triste porque sabe que se acerca mi final, que es también el suyo. No creas que le quedará demasiado tiempo cuando yo me muera, ya verás, le llevo siete años pero no me sobrevivirá ni la mitad. Ha vivido, bebido, comido, follado hasta la extenuación, me consta, ha vivido, bebido, comido, follado a menudo en mi nombre, cuando yo no podía hacer otra cosa que participar de manera pasiva, no podía hacer otra cosa que mirar cómo él poseía en mi nombre lo que era mío. No fue así siempre. No quizás al principio, no quizá todas las noches, aquellas que, lo sé, fueron tildadas de orgías por algunos marineros a los que despedí de inmediato. No eran exactamente eso, no era la exaltación indiscriminada del placer carnal, promiscuo, exultante de las orgías en las que, siendo muy joven, antes de embarcarme hacia Mallorca por primera vez, participé con elegantes prostitutas y no menos elegantes primos archiducuales.

No, no era eso, Erwin, era diferente. No me podía casar con Luisa no solo porque no era hija de reyes, sino por otras razones que me impedían desde mi punto de vista casarme con nadie. No hubiera sido ni justo ni decente que lo hiciera. En primer lugar, por ella, por mi futura esposa, privada de tener relaciones sexuales como las tienen los hombres y las mujeres. En segundo lugar, por mí, humillado, por no poder ofrecerle el débito matrimonial y más humillado todavía si ella lo andaba contando por ahí. Matilde fue el pretexto perfecto para amparar la anomalía que impedía que me casara. Algunos —Von Parâsek, primero, con mi aquiescencia, y mi amigo el gran adúlador Gaston Vuillier, después— han divulgado como cosa cierta y segura que el desengaño

por su muerte y mi fidelidad a su amor eran una hermosa excusa para mantenerme de por vida soltero y yo, naturalmente, no lo he negado. Al contrario. De manera que mi disoluta vida, la lista de mis amantes plebeyas, constituían réditos a mi favor. Nadie de mi familia, del Emperador abajo, sospechó que eran el subterfugio perfecto para enmascarar mi virilidad maltrecha.

Te preguntarás, Erwin, qué necesidad tengo de pasar a la posteridad, una posteridad relativa pese a cuantos libros he escrito, contando estas miserias que podrían permanecer perfectamente ocultas si yo no las revelara, pero hay dos razones importantes para ello.

La primera, lo injusto que fui con Catalina. ¿Podía recriminarle yo que buscara en otro lo que yo no podía darle?

La segunda tiene que ver con mis herederos, los que en la corte de Viena, cuando se abra mi testamento, tomarán por mis hijos ilegítimos, no reconocidos, bastardos, pero hijos, porque de lo contrario no les hubiera dejado mis bienes ni me hubiera ocupado de que tuvieran una educación esmeradísima, con institutrices, preceptores, profesores de idiomas, toda clase de cuidados, vestidos encargados en Londres, ni los hubiera llevado siempre conmigo en el barco. No lo son, Erwin, no los engendré yo directamente, de eso se encargó Antonio, pero no niego que yo tuviera algo que ver también en cada concepción. Quizás en una de esas raras noches en que mi organismo obedeció a mi deseo, puedo decir que alguno procede de mí. Pero no voy a revelar quién creo que es: Gigi, Gigetta, Gino o Luigina. Los quiero por igual, y no deseo desatar entre ellos ni envidias ni rivalidades destructivas. Además, si he de ser sincero, prefiero que cada uno pueda imaginar que es él o ella un o una Habsburgo, aunque puede que no les arriende la ganancia de serlo, tanta pasada consanguinidad, tantos obligados matrimonios principescos nos han hecho proclives a las taras, a la locura, a la impotencia... Además, nuestras prerrogativas tal vez por entonces, cuando ellos tengan acceso a este escrito, hayan sido anuladas y nos hayamos convertido, como quiso Juan Orth anticipándose, en simples ciudadanos, comunes y corrientes... La guerra, que no ganaremos, puede acabar con una monarquía que ha durado setecientos años y hacer de Austria una república en la que los privilegios imperiales de nada sirvan.

Solo me falta, Erwin, referirme a otra persona antes de dejarte marchar, con lo que te diga de ella habrá concluido tu trabajo y el mío. Estarás fatigado,

aunque no tanto como yo. Sin embargo, estoy contento, no pensaba que podría dictarte de un tirón, como lo he hecho... Aún tengo la cabeza clara.

Quiero hablarte de Antonietta. A mi edad, enfermo como estoy, todo el mundo —eso es el reducido mundo de mi pequeña corte, este circo particular que todavía me acompaña aunque ya no tengamos ni siquiera carpa y seamos incapaces del menor malabarismo— sabe que las niñas Antonietta y Terese, hijas de Antonietta Lanzerotto, casada con el marinero Calafat, no son más, pese a que, crecidos ya Gigi, Gigetta, Gino y Luigina, ellas han ocupado los puestos vacantes que dejaron los cuatro al hacerse mayores, e igual que ellos no me llaman Alteza, como todos, sino Teoto. Ese apelativo cariñoso y familiar que me permite pensar a ratos que en la vejez la ternura de los niños puede resultar un bálsamo consolador.

Después de la muerte de Catalina, Antonietta era la mujer más joven de mi séquito, la más atractiva también, si quito a Aina. Desde que entró a mi servicio, muy niña aún, a petición de Luisa Venezze, pues era también veneciana y conocida suya, me regalaba por mi santo el dibujo de un corazón adornado con guirnaldas de flores, un detalle infantil —apenas contaba doce años cuando embarcó con nosotros— al que yo no daba demasiada importancia, hasta el día en que me di cuenta de que la muchacha que había sido la niñera de Gigi, luego de Gigetta y finalmente de Gino se había convertido en una mujer muy hermosa. Una veneciana rubia, de ojos de un gris azulado, diferente a cuantas mujeres iban a bordo. También aquel año por mi santo, el 25 de agosto, me ofreció el dibujo de un corazón, esta vez mucho mayor que las anteriores, pues llenaba toda la cartulina. Aquella misma tarde la llamé a mi gabinete. Trabajaba yo entonces sobre las islas Lípari, lo recuerdo bien, y le regalé un prendedor de oro en forma de corazón, que era parte de un lote de pequeñas joyas que había comprado en un anticuario de Leipzig, para corresponder a los siete corazones que desde que entró a mi servicio me había ido regalando todos los años y que yo, que lo guardo todo, guardaba en uno de los cajones de mi escritorio. Me di cuenta de con cuánta emoción lo recibía cuando lo besó y me besó la mano, en un gesto de agradecimiento que me recordó el de Catalina, entonces ya desterrada en s'Estaca, cuando le regalé los primeros zapatos.

A partir de aquel momento Antonietta recibió un trato especial y algunas noches en que el frío de mi alma era atroz, en que el recuerdo del desprecio de Wladislaw y lo que yo consideraba traición de Catalina se me hacían más

persistentes, la mandaba llamar para que el calor de su cuerpo joven calentara no mi cuerpo viejo sino mi alma.

A Antonietta no la engañé, supo desde el principio de mis anomalías sexuales, de mi impotencia, y precisamente porque lo sabía, porque era conocedora de mis desgracias y fracasos, le pedí que se casara conmigo en secreto. Supongo que su negativa exacerbó mi incipiente enamoramiento, porque desde entonces hasta ahora ella ha sido mi punto de referencia fundamental. Ella es la depositaria, porque así lo quise, de la llave de la caja fuerte del Banco de Austria donde guardo las joyas familiares, aunque no estoy muy seguro de que la maldita guerra no las haya anexionado a su causa, sin ni siquiera pedir mi permiso o mi patriótico consentimiento.

Cuando andaba por Mallorca en mi segundo viaje, tomando notas y apuntes del natural, un muchacho se me acercó al verme dibujar unas montañas. Miró mi cuaderno con atención y después fijó la vista de nuevo en las montañas que tenía delante y me dijo:

—Ahora lo entiendo: usted las llama y ellas vienen a su cuaderno.

No, no te rías, Erwin, no... El muchacho tenía razón.

Yo había llamado a las montañas, dibujándolas para llevármelas conmigo, para poderlas contemplar cuando estuviera lejos del paisaje bellísimo que se ofrecía ante mis ojos... Y aunque ya sabes que preferí siempre la imagen a la palabra, y me esforcé en que prevaleciera, mucho más asequible, más fácil de comprender por todo el mundo, hoy, en estas páginas, fio mi vida, cuanto yo he sido, a las palabras...

Igual que mandé escribir en mi testamento la maldición caiga sobre quienes no lo cumplan, también te mando escribir que la maldición caiga sobre quienes den a la luz este escrito antes de tiempo. Para que pueda llegar a mis herederos o a los hijos de mis herederos, Antonio, Aina, Antonietta y Calafat tienen que haber muerto y así lo firmo en Brandýs... Lo firmaré mañana cuando lo pases a limpio.

Ahora, antes de marcharte, cierra los postigos de la ventana, se va haciendo de noche, pero aún queda un poco de luz. Si se asoma, prefiero no verla hasta haber firmado los papeles... Después la recibiré cuando ella quiera.

Antonietta me dijo ayer que las niñas se habían cruzado al entrar en el jardín del castillo con una señora muy guapa vestida de blanco a la que

saludaron cortésmente y ella las bendijo, algo que me tranquilizó. Su bendición significa que no habrá de hacerles ningún daño. También el jardinero la vio desde lejos moviéndose entre los setos, pero cuando llegó donde creía que estaba ya no la encontró. Había desaparecido.

¿Espera Su Alteza a alguien?, me preguntó Antonietta, con una sonrisa algo pícaro, como si quisiera aludir a un encuentro amoroso con la dama de blanco. ¡Imagínate! ¡Menudo encuentro amoroso a estas alturas!...

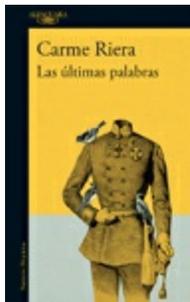
Le pedí que se sentara a mi lado y se dejara de burlas y le conté lo que tú ya sabes, porque antes te he hablado de ello, a propósito de la muerte de Rodolfo.

Dicen que, desde hace siglos, como prerrogativa de los Habsburgo, al final de nuestras vidas, una dama de blanco se acerca quedamente a nosotros. Mi prima Isabel, la Emperatriz, la reconoció en Montreux pocos días antes de ser asesinada. Vaporosa, casi etérea, cubierta por un velo de tul, la había visto por primera vez entrar en la habitación de su hija y acercarse a la cuna de Sofía, que al poco habría de morir de tifus. Al parecer los encuentros entre ambas se repitieron en otras ocasiones como presagio de diversas muertes familiares. Yo, por el contrario, ni siquiera me he cruzado con ella. Saber que está cerca no me suscita temor. Me sirve para encarecerte, para ordenarte que te des prisa en tu cometido, cuanto te he dictado nada valdrá sin mi firma. Me gusta saber que merodea por el jardín todavía sin atreverse a entrar. No es la muerte, es su aviso, el dulce aviso que nos prepara para su llegada.

*Cala Mayor, Palma - Sitges, Barcelona, mayo de 2015 -
enero de 2016*

La nueva novela de Carme Riera, Premio Nacional de las Letras y miembro de la Real Academia Española, relata la historia nunca contada de un personaje fascinante: el archiduque Luis Salvador de Austria.

Novela galardonada con el premio Sant Joan 2016.



«Lo que voy a contarte ahora pertenece a la parte más oscura de mi vida...»

Primo de la emperatriz Sisí, cosmopolita y de gran cultura, ajeno a todo convencionalismo, el archiduque Luis Salvador de Austria perteneció a la casa imperial más importante de Europa. Rodeado de un aura misteriosa, llevó una vida secreta solo desvelada en estas memorias de ficción, dictadas a su secretario poco antes de morir y descubiertas en un manuscrito olvidado.

Ecologista *avant la lettre* y viajero incansable, Luis Salvador se enamoró de la isla de Mallorca, donde creó un pequeño reino afortunado. En *Las últimas palabras* Carme Riera se apropia de su voz para narrar en primera persona los servicios que prestó a la corte de Viena, las relaciones familiares, sus ideas sobre algunos de los acontecimientos que desencadenaron la Gran Guerra, que tal vez él pudo evitar y sus múltiples y controvertidos amores, algunos de ellos trágicos.

Historia, política, amor y leyenda se entremezclan en esta novela apasionante en la que se muestra la distancia que se establece entre la vida pública y la privada, los hilos que unen la Historia con nuestra existencia y la necesidad íntima de contar la verdad cuando todo se acaba y ya nada puede dañarnos.

Reseñas:

«Con ligereza y admirable maestría, Carme Riera va atrapando personajes memorables como quien atrapa escarabajos para clavarlos con alfileres dentro de una caja.»

El País

«Riera es autora de una obra polifacética de repercusión universal.»

Del acta del Jurado del Premio Nacional de las Letras

«Una de nuestras primeras espadas, eso es Carme Riera, una narradora de fuste que ha construido libro a libro una de las trayectorias más sólidas de nuestra literatura.»

La Vanguardia

«La autora debuta en el género negro con personajes cercanos y situaciones cotidianas para crear un suspense que engancha.»

El País (sobre *Naturaleza casi muerta*)

«Para amantes de las sorpresas y de la buena literatura.»

El Mundo (sobre *La mitad del alma*)

«*En el último azul* es una ajustada y bien construida novela contra los horrores de la intolerancia.»

El País

«Memorias de niñez escritas con esa maravillosa elegancia y esa madurez expresiva que son el sello distintivo de la autora. Un libro con amor y humor, envuelto en un punzante aroma de nostalgia.»

Rosa Montero, *El País* (sobre *Tiempo de inocencia*)

Sobre el autor

Carme Riera, catedrática de la Universidad Autónoma de Barcelona, es una de las autoras más queridas por la crítica y los lectores. Es Premio Nacional de las Letras 2015 y Premio Nacional de Cultura 2001 por su doble vertiente de creadora y profesora. Además, en 2012 fue elegida miembro de la Real Academia Española. Se dio a conocer en 1975 con *Te deixo, amor, en prenda el mar* (*Te deix, amor, la mar com a penyora*). De entre sus novelas, destacan *En el último azul* (*Dins el darrer blau*, 1994, premios Josep Pla, Nacional de Narrativa, Crexells, Lletra d'Or y premio Vittorini a la mejor novela extranjera publicada en Italia en el año 2000), *Por el cielo y más allá* (*Cap al cel obert*, 2000, Premio de la Crítica Serra d'Or), *La mitad del alma* (*La meitat de l'ànima*, 2003, Premio Sant Jordi), *El verano del inglés* (*L'estiu de l'anglès*, 2006), *Con ojos americanos* (*Amb ulls americans*, 2009), *Naturaleza casi muerta* (*Natura quasi morta*, 2011), *Tiempo de inocencia* (*Temps d'innocència*, 2013) y *La voz de la sirena* (2015). Su obra ha sido traducida a numerosas lenguas.

© 2017, Carme Riera
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3036-2
Imagen de cubierta: © Jesús Acevedo
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Índice

Las últimas palabras

Dedicatoria

Cita

Primera parte

Segunda parte

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos